

Valdepero, leyenda y mito Pedro Sevylla de Juana

Preámbulo

A los nacidos en Valdepero, a los asentados en su término y a los potenciales visitantes, les vendrá bien leer estos relatos: figuraciones literarias emplazadas en sus correspondientes dimensiones de espacio y tiempo. Ayudará lo leído a quienes, pasando bajo el Arco de la muralla, recorran las calles, mezcla de lo viejo y lo nuevo; y a los interesados por el castillo, la iglesia parroquial y la ermita. Será de utilidad para aquellos que vayan a Taragudo o a la Fuente de la Atalaya, y para cuantos, más allá del pago de las Brujas, se acerquen a la Cuesta de Husillos o a la de Monzón. El mismo provecho proporcionarán estas páginas a los interesados por la mina de plata, las yeseras y canteras, o por el origen de dichos, hechos y costumbres.

Índice de relatos

Los remotos inicios: “La deriva del hombre”

Valdepero en tiempo de vacceos y romanos: “El legado del rey”

Alta Edad Media en Valdepero: “Leyenda de Bernardo del Carpio”

En el siglo XVIII: “El oro escondido de las Brujas”

Valdepero, 1808: “Navajas, leyenda de la Guerra de Independencia”

Alrededor de 1828: “El desvelado misterio de la Casa de las Ánimas”

Mediado el siglo XX: “Sueños de un niño malo”

Lo que va de 1946 a 1962 en Valdepero: “La deriva del hombre”

Segunda mitad del siglo XX: “La carretera de Valdeolmillos

Ayer: “El alcance de la mirada”

Hoy: “De los centauros y sus modos”

Mañana: “A propósito del Juicio Final”

1-Los remotos inicios Poemas entresacados del libro “La deriva del hombre”

UNO

En su propio final inalcanzable, se enraíza el imposible principio del tiempo; y los bordes del espacio se alejan a la velocidad de la luz, siguiendo los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos.

La eternidad es el tiempo que tarda la luz en recorrer el espacio infinito; la infinitud es el extremo espacio que la luz alcanza en su eterno recorrido. Se explican juntas ambas, la una sin la otra no son nada.

TRES

Sístoles y diástoles agitan un corazón desmesurado, invariables impulsos del íntegro Universo, que hacen y deshacen sin tregua ni descanso.

En el incierto maremagno de los atardeceres rojizos, de los amaneceres exentos de impurezas, los mundos se alejan unos de otros presurosos y la energía desemboca en la materia.

La razonable lógica marca a las leyes naturales la andadura, y por sus carriles definidos serena va la evolución, dedicada a la mejora permanente de todo lo anterior.

CUATRO

El día y la noche, las frías nieves y el carbón ardiente, el bien y el mal estaban en los inicios muy unidos, lo superfluo y lo esencial, lo sólido y lo líquido

Rojo y negro eran un solo color, izquierda y derecha un mismo lado, espalda con espalda convivían, iguales y contrarios. En los códigos genéticos de los peces y los saurios, luchaban por la posterior evolución, simios y humanos.

Catedrales góticas y conmovedoras puestas de sol, bullían entre audaces sentimientos solidarios, y disparos dirigidos a la insurgente multitud por miles de tiranos.

CINCO

No podía durar eternamente la concordia, la tensión crecía como en resorte oprimido, como en caña arqueada; la identidad de cada animal, de cada planta, de cada pensamiento o acción se perfilaba.

La explosión liberadora fue la consecuencia natural, y cada elemento encontró su relativa posición: el cazador y la liebre, el punto, la coma y los paréntesis.

Rescoldo de volcanes, gris y pardo amanecía; duras las formas, desabridas.

Dio comienzo el orden de las cosas, gobernado por rígidos preceptos, cuando las pesadas rocas lograron diferenciarse del légamo.

SEIS

Tierra y cielo se separan: noche y día, roca y agua. Empuja la llanura a la llanura, alzándose elevadas las montañas. Surgen páramos y montes en una de esas telúricas disputas, y los dioses ponen en Valdepero su mirada.

Señalado por los augures como punto de arranque del Universo, corteza y médula calizas, en el tibio y asentado Valdepero, tuvo comienzo la marcha inexorable de los días.

Divulgó el Cierzo origen tan remoto, y Valdepero me habita desde entonces, me enamora, me vive y me muere, me transforma; perfilando mis labios, llenando mi boca.

Meticulosamente estudiado, hasta el punto de discernir sus elementos: bisagras que lo unen, engarces, lazos; resulta fácil de hacer: círculo cuadrado, raíz de menos tres.

SIETE

Potenciando el centelleo de los astros dos o tres millones de veces con un cristal convexo, o aliando miríadas de luciérnagas, torrentes de candiles, cascadas de antorchas, se hicieron la luz y la alborada; y bajó el día desde el monte dejando de una vez las cosas claras.

OCHO

Sosegada, selectiva, imparabile la vida se potencia; sociedad de elementos celosos de su esencia. No se da la abundancia en demasía, territorio de medida, centro cercano de la orilla.

Las últimas encinas del monte confinan el espacio, alrededor no hay nada: un agujero informe y vacío, una noche de soledad liviana, un río sin fondo, sin orilla, sin agua.

El cielo está para afirmarlo, el quebradizo amanecer, la inconstante fortuna, la vieja eternidad, las tinieblas confusas.

Un suelo sin piedad, un cielo azul cruzado de gorriones, un siglo y otro iguales, el firmamento apoyado en el páramo y el monte, y sobre él la eternidad de los días cercados por las noches.

Tierra de Campos, Cerrato: valles, páramo, llanura; y Valdepero, pieza angular, síntesis, columna. En lugar tan lleno de verdades, palomar poblado de inocencias, transparente mirada, he nacido; cosecha perdida entre los dedos, agotados veneros, equilibrio.

DIEZ

Arroyos, charcas, bebederos de pardales; veneros de Ices, Mambres y la Mocha; campos de liebres, choperas, cañizares; laderas minerales y canteras mondas y lirondas, completan el mundo más estable en un millón de años luz a la redonda.

A medida del hombre concebidos, la vega alcanza el monte o el cerro colindantes; cerro y monte acaban en seguida, empieza el breve valle, sigue la planicie, vuelve el cerro suave y el ciclo se repite.

El chaparrón copioso ha trasportado al mar desde el principio, más de un palmo de altura, y más de dos de corteza desnuda; la erosión perseverante, impertérrita ladrona, con uñas de gato del mantillo fecundo la despoja.

Campo de nutricios cereales: trigo, avena y cebada; la lluvia aparece de tarde en tarde, cultivados sembradíos de cosechas parcas. El seco secano muerde ovejas con dientes de hambre, y sufren sus dentelladas la pesca y la caza.

ONCE

Sirven de asiento a las piedras, tierra parda en los llanos, marga gris en las laderas.

Las especies vegetales se cuentan con los dedos de una mano, y no es más copiosa la fauna en estos campos. Chopos, cardos, cereales; encinas, gatuñas, zarzas; fauna y flora elementales, sustenta la tierra árida. Costrollo, ligaterna, rana, barbo y liebre: de no ser el viento que carece de voluntad, en lo concreto y lo abstracto nada más se mueve: pardales, palomas, grajos en sus vuelos breves. Hasta lograr la finura del pelo de los gatos, el tacto agradable de la hierba, el tembloroso plumón de los polluelos y la delicada ingenuidad de los capullos tejidos con hilos de seda, se darían millones de cruces tomando de cada individuo las esencias.

Valdepero es tierra de pinceles y de versos, paleta escasa de colores: gris y pardo de la tierra, los más sencillos; y el arrogante azul del cielo que el blanco ha pervertido. Pero si de matices hablamos, está nutrido.

Invaden el ambiente aromas de la tierra mojada y del pan recién cocido, de hierba acabada de segar, de mies humedecida de rocío.

Huele el monte a tomillo y a espliego, a camomila y a salvia; la ladera a romero; a hinojo la lindera del huerto, a hierbabuena y a orégano.

DOCE

Sin lluvia, en primavera sólo florecen las palabras: voces de secano, mucha profundidad y poca altura; llanas, agudas.

El viento impregna de polen las palabras, y los inertes signos, con ayuda de la voz surgida en la garganta, se activan, se vuelven acantilado abrupto frente al mar, orilla cercada de moribundas olas, pez que perfora las aguas atraído por el anzuelo sin cebo, mano de amante peinando inmensidades mórbidas, desnudando finísimos cabellos.

Las palabras identifican lo incógnito, lo fijan al espacio y al tiempo, y se convierten en brebaje exaltador de ánimos, en bálsamo que apacigua las violentas sacudidas del seísmo interior de los humanos.

La palabra dicha es un son efímero, la palabra escrita es un leve trazo. Sin embargo, por la palabra se mata; por la palabra se muere, sin embargo.

TRECE

Moldeó el río sus meandros, lecho abierto, guijarros; cabalgó la madrugada hacia formas más precisas, fuimos muchos para las escasas liebres y levantó hermano contra hermano la codicia.

“Que inicien el ataque los arqueros, caigan después los de a caballo, terminen los infantes la refriega”: con voz profunda y con aplomo, exclamó vigoroso el estratega. “Los muertos recogidos detrás de la línea de partida, no alcanzarán el ansiado paraíso”: sentenció iracundo el druida.

No hubo victoria que admitiera tierna a los pacíficos, heridos por las armas de uno y otro bando, ni lecho de plumas que distinguiera a los inválidos. Fueron los pícaros quienes reivindicaron el triunfo logrado por los recios; y para premiar a los héroes innúmeros, insuficientes resultaron los cielos.

DIEICISIETE

Vinieron de visita, conquistadores; se quedaron un tiempo, y conquistados se fueron. Balance equilibrado, de todos aprendimos, a todos enseñamos.

VEINTE

Escollo rodeado de fanegas de vida, atolón ceñido por movedizos brazos que mecen la imagen cristalina, de los hipocampos machos incubando huevos de las hembras tímidas; en la planicie densa, en la meseta dura, en las laderas que circundan Valdepero, bate el mar.

En este páramo de sólidos cimientos -astillero de varados navíos, cantera abierta de románicos templos, góticos castillos, palacios solariegos, campiña de pedruscos blanquecinos- hubo empinados oleajes allá en el pleistoceno. Puedo bucear sus recovecos, lamer la sal bajo las piedras, escalar acantilados y rompientes, ojos cerrados de mirada interna.

En esta piedra alta, en esta altura pétrea, estuvo mi mar cargado de sustancia, océano de vida alargada en treinta siglos y más de mil proezas.

Bajeles, goletas, bergantines; aliados del viento nocturno y de la luna, sangrientos abordajes y entierro de fortunas en la arena incontable.

Hubo naufragios, y percibo aún las quillas hundidas en la niebla; sombra prieta de los robles, monte bajo de liebres y culebras.

Camino a tientas entre las turbias olas, espumas que enyesan la tierra de labor y agitan indómitas palomas.

Mi boca hambrienta de atunes y merluzas, da salobres mordiscos de amapolas, dientes que ponen la intención en la captura y escondidos en el beso te devoran; ¡mar!, ¡mar!, ¡mar!, amante inmensidad inquieta y mórbida.

Trigales y cebadas te agitan de vaivenes, cuerpo de mujer, tibia humedad, vegetación activa; ondas, mareas y corrientes, tantas y tantas veces repetidas.

Algas de raíces cereales, esturiones, ligaternas, alhelíes; semillas preñadas de esperma de ballenas, de caballos, toros y delfines.

Estrellas de mar son las estrellas vespertinas, y las redes se inflaman de bocartes, doradas espigas, ortigas, tomillo, rape, nenúfares flotantes y sirenas dormidas. Pescadores furtivos se sumergen en peñas peladas por el viento, lluvia a destiempo y cañal de escorrentía.

¡Es mi tierra!, exclamo; mi patria sin arroyos, privada de regajos; y aquí, precisamente, en mi desierto de espinas maduras, durante tres milenios no olvidados por la larga memoria, hubo baños tibios y doncellas desnudas.

Mis líquidos orígenes, mi casta de marino, descubro en el cuenco inundado de las manos, caldo de cultivo rico en minerales, gozoso de cilios y pestañas, de la vida primeros navegantes.

¡Oh! mi mar de tierra, cuánto arado te rasga y qué somero penetra; ¡oh! mi mar de piedra, cuánta brisa hace falta para segarte, cuánto anhelo de eternidad para arar tus campos abisales.

VEINTITRÉS

El territorio hoy nombrado Valdepero -asentamiento dormido en las edades- ha conocido moradores de variada procedencia: francos, visigodos, árabes, romanos, cartagineses, iberos y celtas. Banderas y trompetas, pergaminos; cada cual a lo suyo, guerra o cordura, campo de batalla, caminos; adargas, lanzas, puñales, astil tajado de las plumas; ruinas, sangre, cadáveres, todo lo aniquila la crueldad de las disputas.

Arrasa la guerra poblados y cosechas, rompe los tersos páramos domicilio del alba, abandona rastrojos abiertos a la reja, arranca corazones robustos de lava y separa a los potros de la yegua; mata la vida en la vida engastada, modifica la liturgia y desparrama la miel de las colmenas.

Cada puñado de tierra oculta una gota de sangre: venas confiadas en el llano, arterias sorprendidas en los valles, y en lo más alto del collado, el corazón culpable. Nuestro pasado más valioso está cuajado de batallas. Nos derrotaron en mil ocasiones como mínimo, pero la vez que triunfamos equilibró la balanza, porque fuimos generosos con los vencidos.

VEINTICUATRO

Aiana, Pergio y Muradis ya son referencias vagas para nuestros hijos, no queda una piedra en Taragudo que revele la existencia del Templo: metales nobles y rosado mármol de su altar magnífico. Permanece, no obstante, el nutrido camposanto, una huesera repleta de osamentas: toros y caballos ofrecidos en holocausto, calaveras, cúbitos, tibias, costillares, pertenecientes a valerosos soldados: unos defensores y otros atacantes.

Es sólo un reducto pero, antaño, a Valdepero lo cercaba un vasto monte, erguido de centenarias encinas, de maderables robles.

Ayudándonos del hacha industrial, y del táctico fuego de las guerras, descubrimos bajo el verde manto la tierra reseca.

Hoy enterramos semillas cereales en los baldíos, quedamos expectantes de un cielo portador de lluvia, del surgir de un arroyo que riegue nuestros cultivos, culpamos al clima de las calamitosas cosechas y los sacerdotes ofrecen a los dioses sacrificios.

VEINTICINCO

Empujadas por el viento se concentraban las candentes nubes, yendo hacia la individualidad desde la nada; y ya, anhelante, mi tierra se esponjaba.

Era el Cosmos un gas desesperado, alejándose presuroso de la explosión primera, y la tierra mía, cuajada de amor y sementera, inexperta se ofrecía.

Se entibiaba el magma y los cuatro elementos forzaban su separación, estaba aún enrollada la alfombra de los días, la justicia dormía el sueño de los justos, y mi tierra en celo esperaba receptiva.

Peñas gigantescas de un rojo muy vivo, vagaban por el espacio sin fondo iniciando los planetas huidizos; el piar de los gorriones ni siquiera era un proyecto, lo mismo que la blasfemia, la retórica o al quebrantahuesos; y la fecundidad de mi tierra, crecía en silencio.

Se fue abriendo en surcos recipientes, la tierra inerte del principio, y con el aliento humano y el sudor de la frente, nació en ellos el austero trigo, amanecer de pan y de simiente.

Valdepero en tiempo de vacceos y romanos “El legado del rey”, relato del libro “En torno a Valdepero”

Conviene antes de nada fijarnos al tiempo y al espacio, atarnos a algo sólido para impedir que el viento de la fábula nos arrastre. La urbe de Palantia es nuestra referencia inmediata, su proximidad amedrenta forzando a una actitud precavida. Tan sólo una legua hacia el Sur nos separa de ella, y la calzada sufre un trasiego constante: carretas que van y vienen cargadas de alimentos y tejidos, caballos al trote, transeúntes que marchan a buen ritmo. Somos dos pueblos libres, romano el suyo, celtíbero el nuestro, que convivimos y comerciamos a pesar de las diferentes costumbres y creencias. Guardamos, sin embargo, memoria amarga de los tiempos de hostilidad. Nuestros antepasados dejaron el relato de los constantes ataques sufridos por los vacceos, cuya raíz compartimos. Sobresale de entre todos el asedio de Marco Emilio Lépido a la Palantia original, situada a seis leguas de la nueva, en la confluencia de dos ríos. La rodearon los romanos, a muerte la cercaron, como serpiente abrazaron sus defensas. Nos pidió ayuda y enviamos soldados en su defensa. Heroico resultó el aguante. Una noche de luna llena la fuerza resultante rompió el cerco romano. Sobre ellos cayeron los cercados, animados por el auxilio singular de nuestra Diosa. En el fragor de la batalla, Aiana Luna se ocultó palmo a palmo, hasta agotar su resplandor. Se eclipsó del todo y la noche fue misterio de fábulas terribles, ulular de lenguas y gargantas, redoble de tambores improvisados –calderos invertidos, marmitas, búcaros o cántaros- espanto de las bestias. Huyeron los romanos perseguidos por sus miedos, espantados de la súbita desaparición de la Luna y de las causas misteriosas, mágicas. Sufrieron tan dentro la derrota, que a no ser por la clemencia de los sitiados, los sitiadores, desorientados, hubieran perecido. Es tan sólo un ejemplo, puesto de relieve para afirmar que somos al poderoso vecino como avecilla para el águila. Asediaron los romanos a Palantia, una y otra vez hasta lograr su destrucción. Se apropiaron del nombre dándose a la nueva, levantada junto al río Nubis.

Aldea y castro forman el asentamiento de nuestra tribu; tierra llana de vegetación copiosa, y alturas suficientes para albergar los altares sagrados rodeados de matojos, árboles y arbustos. Ocupamos valle y ladera, páramo y llanura, monte bajo del este y las grises cuevas ricas en mineral de yeso. Fuentes, manantiales y arroyuelos salpican los campos de verdor y de alamedas; “lugar del agua que surge” lo llamamos por ello. El trecho fluvial que conviene al contorno divisor en el noroeste, abre puertas impensadas a nuestro proceder industrial, entregando a las azadas una vega fertilísima y sabrosos peces a las redes. Cuando miramos hacia atrás, resultamos ser casta compuesta de pueblos mezclados. Si bien enaltecemos las ramas ibera y celta situadas en el centro de nuestro ser, y nos consideramos hermanos de los vacceos, nuestros jóvenes están dispuestos a emparentar con cualquier miembro de otra tribu que busque pareja. En materia de raza, costumbres y cultos, en la verdad sacada de los hechos repetidos, demostramos ser opuestos a la ortodoxia intransigente. Independientes nos sentimos, permeables a las nuevas corrientes, aguas que toman la forma de los meandros sucesivos. A pesar de su tamaño, de igual a igual tratamos a Pallantia, que prefiere el acuerdo y nos respeta. Colectivistas, fieros y nobles: tres palabras nos definen que, sumadas, multiplican.

En otoño repartimos las parcelas del campo por sorteo. Aramos y sembramos cada lote usando cabeza y corazón, y almacenamos en común la cosecha. Uno por uno vamos entregando todo lo recogido, para tomar del silo a lo largo del año según las necesidades particulares. El cultivo cereal y el cuidado de los rebaños de cabras y ovejas, reclaman el esfuerzo íntegro de nuestros brazos y nos procuran sustento. Lana hilan las mujeres, y tejen prendas de vestir que logran nombre allá donde llegamos como mercaderes de trueque. La doma de toros y caballos salvajes es servicio adecuado a los que poseen fuerza y empuje, destreza en el manejo de los lazos: soldados expertos en el uso de las armas, caballeros hábiles e intrépidos, mozos arriesgados. Los animales poco dispuestos para el tiro o la carrera, los menos nobles, se sacrifican en el Templo para propiciar circunstancias favorables a la vida, las que dan suelo y cobijo a los hechos amigos. Nos llegan noticias esporádicas, que hablan de inmolación de tiernos cuerpos de púberes muchachas en territorios alejados; mas los dioses son lo que sus pueblos, y nuestras humanizadas deidades -felizmente contagiadas de las leyes sociales que nos rigen- los rechazan.

En la falda del Pico Taragudo, al pie del Lugar Sacro, entre arbustos verdinegros y flores coloridas -rumor tranquilo del agua descendente- brota el venero salobre que sirve a los presagios. Caen al agua, arrojados con fuerza que la divinidad ayuda –brazo débil de la Primera Sacerdotisa- once guijarros de colores; verde oscuro, azul pálido, gris intenso, ocre desvaído, uno tostado y otro rojizo que estando junto al negro anuncia la muerte a manos de enemigos. Enturbian las piedrecitas el agua en su embestida, nubes de polvo levantan que cubren el escenario. Cuando vuelven los posos al fondo, enmascaran parcialmente el cuadro colorido de los cantos y, en la disposición de unos frente a otros, se entrevé el futuro que los dioses reservan al humano. Quien habla el lenguaje divino y entiende a la divinidad alzada sobre todas las cosas, es hembra erguida de figura elegante y rostro bello; altiva dirige la mirada y acompasa la voz a los gestos de sus brazos, haciendo resonar la palabra en la bóveda bendita con respetable dignidad. Sólo ella interpreta fielmente los dictados y procura certidumbre a los mensajes.

Augur y sacerdote se hacen uno, complementándose para ensalzar a Aiana y ordenar su ritual. Son varón y mujer: él se ocupa del culto al Sol, ella entiende los cambiantes aspectos de la Luna, y sirviéndose de la adivinación ilumina a los demás el camino. Dual es nuestra Diosa, de ahí la duplicidad de elementos dispuesta en el santuario. Un doble umbral nos recibe, donde la Puerta de Oriente acoge los virginales rayos del Sol, y la Entrada de Poniente se alegra del triunfo momentáneo de la Luna. Fundamentos primigenios –Sol y Luna- unificados en Aiana; ninguno es más que el otro, se suceden en inalcanzable persecución y se necesitan ambos; juntos propician el orden y la falta de uno originaría el caos. El inestable equilibrio universal depende del renacer constante de su armonía. Asume Aiana la protección de los creyentes y revela los hechos que vendrán acompañando al tiempo.

La madre es en nuestras casas el sostén de la familia, la columna que sujeta el techo, la viga poderosa que mantiene las paredes en su sitio. Acoge bajo su manto a los críos como el ave cubre con sus alas a los polluelos, educa y saca adelante a la camada, dispone la comida y el vestido, ayuda en el campo y aconseja al esposo. Y lo hace en silencio, sin llevar la cuenta de los beneficios que se le adeudan. El padre, durante el día espacioso,

labra la tierra, pastorea, ejercita sus fuerzas y habilidades, caza y participa en los asuntos comunales; de noche celebra con ruidosos amigos sus conquistas o se apresta -del mismo modo- a olvidar las tristes derrotas. Apenas conoce los nombres de sus hijos, y los confunde reiteradamente suscitando aflicción en los interesados y gran alborozo en el resto. Mas llegado el momento de la iniciación, se ocupa de adiestrar a los varones en las complejas técnicas de labranza, en las habilidades de la lucha y en el arte del comercio; y lo hace con gusto, consciente de la importancia de su papel.

“Soy el primero, soy el último. Mi reino está en el precipicio y en la altura. El águila soy, soy el cordero; el toro bravo y el tímido ratón que no se atreve a salir de su escondrijo. En mi interior conviven los contrapuestos: ínfimo y supremo, apresurado y lento, ardoroso y frío. Desánimo y empuje lleva mi corazón hasta los brazos, y mis brazos le devuelven optimismo o descontento, dependiendo de que persigan insignificancias o intenten tareas de titanes. Al juicio de la Suprema Omnipotencia someto mis dudas, y si yerro siguiendo sus indicios, padezco igual congoja que ante los desaciertos inducidos por el desamparo. No seré yo quien culpe a los hados de mi extravío; quien denuncie a las luminarias nocturnas, imprecisas indicadoras del Norte, si me pierdo. En cualquier caso, se impone la cordura que aconseja drenar de angustias previas el proceder futuro. Y así un día y otro, sin desfallecimientos notables. Pagadas las desventajas a su justo precio, reiteradamente me sobrepongo a la calamidad; confieso, empero, que debo a mi madre el hábito adquirido, no es virtud que pueda atribuirme.

Con el excelso título de Centinela de la Justicia me anunciarán en la antesala del dios Sol y en el portal de la diosa Luna, y dirán, como explicación bastante para justificar mi renuncia indiscutible, que deseando descansar del encargo pido mi relevo. Tal eufemismo contempla la fórmula oficial y nadie lo ignora, así que no debo desmentirlo. Elogiarán los heraldos en mí al incansable buscador de saber, al perseguidor de la justicia sin desmayo, a aquel que sigue las sendas apartadas movido por el deseo de llegar a nuevos lugares, a quien ara tan profundo el campo fértil como el estéril y pacta con los invasores hasta un millar de veces si con ello frena su avance. De mí afirmarán que fui para ver, vi para conocer, conocí para comparar, comparé para escoger y no me fue dada la elección. Añadirán que fui

filósofo y amé la verdad anidada en el interior de los corazones. No denunciaron con verdad los escasos adversarios otro comportamiento mío, distinto al noble y recto en el que fui educado. Ni los que se oponen a mi paso añadieron a mi nombre mácula o sospecha para no caer en el descrédito. Nada hice en mi provecho que perjudicara a otros, nada que aumentara mi hacienda, nada que me atribuyera valores inmerecidos. Otra fue en verdad mi pasión, otra mi culpa”.

En los últimos momentos de mi respiro, yo, vuestro amado Rey, sereno como las noches estivales, desinteresado como el amor materno, deseo manifestaros mi parecer sobre la existencia, crecido en el fondo de mi pecho desde que tengo memoria. Como la urraca he ido atesorando momentos preciosos, llamativos; como la ardilla tomé lo provechoso y lo puse en la panera común a la espera del hambre; como la hormiga acumulé reservas suficientes para el invierno. Hice más las meditaciones de otros que me precedieron, enfrenté su contenido a los sucesos cotidianos -ordinarios e insólitos- y valoré la profundidad de su defensa y ataque. Corté, uní, me deshice de los adornos sin valor y de los reflejos brillantes. Hoy, cribado y ordenado todo el acervo, dispuesto está para salir a la luz en forma de palabras escritas. Ya no son las sentencias que tomadas como ley pudieran modificar vuestra conducta -por esa razón las guardé- son la opinión nacida de la experiencia de un hombre de voluntad recta. Sólo vuestro provecho persigue el código que mando redactar con esmero.

En él escribe así el escriba: “Una sola vida nos es dada, de manera que el fruto de la erudición propia ha de madurar temprano o no alimentará nuestra conducta. Así como escapáis del fuego, habéis de huir de todo aquello que representa aflicción. Perseguid la felicidad antes que cualquier otro bien, porque la propia búsqueda os será útil y, si, afortunados, dais con ella, no la reservéis para el disfrute propio, compartidla; pues en la donación se reproduce, y guardada en urna se amustia y palidece. Para alcanzar la dicha nacemos; venimos a desarrollar facultades que mejoren lo que nos rodea, y de esa actividad obtenemos gozo. Aquí y ahora es posible encontrar el Paraíso, porque verde y fresco está en nosotros. A modo de serpiente disimulada entre las piedras que bordean el camino para no ser vista -temor o sigilo- así obrareis con los adversarios. De la manera en que consideraréis inocente y sin castigo la conducta de

la piedra desprendida del vallado sobre vuestro pie, así debéis actuar con los que os ofenden. Porque la injuria, para ser ella misma, necesita de ambos, del ofensor y del ofendido. Sólo con agravante no hay afrenta, sólo con afrentado no hay agravio. Tenaces seréis, sin embargo; perseverantes en la defensa pacífica de los asuntos que os conciernen: opiniones reforzadas por la experiencia, derechos nacidos del esfuerzo, libertad conquistada lentamente, vida que a los demás sirve, el indivisible acervo. Ese trance probará vuestra prudencia, hará patentes la medida y el tacto; madurez y sabiduría que concilian la paz y el legítimo disfrute de los recursos alcanzados”.

Aiana es diamante de múltiples facetas, día y noche a un tiempo, luz y sombra simultáneamente, vida y muerte que a la otra originan, oriente y crepúsculo en vecindad. Aiana es la esencia del espíritu femenino, poseedor de dos corazones prestos a amar al hijo y al esposo, a defender las posiciones conquistadas, a despejar su marcha. Labrada en roca dura está -Diosa enaltecida por los seguidores- afianzada sobre el Ara firme. Ofrendas debidas al Sol, inmoluciones entregadas a la Luna, ocultan montañas y ríos de la Tierra Ignota, puesta de escabel por su esposo Pergio el día feliz en que nació Muradis, hijo de ambos. Los pies desnudos de Aiana caminan perlado de beneficioso rocío los campos, protegiendo de las asechanzas a los fieles, fertilizando el suelo que pisan. Bajo su pétrea imagen, serena y dulce, se encuentra la doble losa del sacrificio. Allí la quietud, allí la tregua, allí los miembros laxos y el respirar pausado de los sueños beatíficos, el recogimiento y la meditación. Dos suaves tramos de sencilla escalinata -veintidós peldaños labrados en tosca piedra traída del páramo cercano- dan acceso al lugar de los ritos, cada uno por su margen. Bajo ellos, la cueva misteriosa y ténebre oculta huesos de animales sacrificados: équidos, bóvidos, ovinos; y las lanzas, espadas y puñales que acaban con la vida persiguiendo la más prolongada de las existencias, la eternidad infinita. Parten dos canales de la roca labrada, y en sendos pocillos logran su término. La sangre del sacrificio llega por ellos al fondo de la caverna, y allí la toman sacerdotes y sacerdotisas, entregándola en bebedizo mezclada con vino, a los fieles adoradores de una u otra vertiente de la Divinidad. En los lavabos que ocultan las puertas de entrada, ahondados en las columnas del arco, los ejecutores del sangriento sacrificio se enjuagan las manos. *Me ofrecerás la vida inhábil y no quedarán en ti huellas del sacrificio:* exhorta un renglón del Mandato.

“Soy el señor de las pálidas laderas ricas en cristales de yeso, el caballero de los verdes valles bien labrados, el poseedor de los yermos calizos, el soberano de la ribera del río y de los arroyos numerosos, el gobernante de la tierra oscura que sacia a quien la cultiva. Sólo aquel que barbecha con igual diligencia todos los pagos, puede decirse agricultor. En socorro voy de la viuda que carece de bueyes, del infante que llora a su madre difunta, del anciano que no puede enderezar la espalda. Vuestro servidor soy. Soy aquel que en la paz advierte sobre los daños de la guerra odiosa, y en el combate aborrecible escudriña la fecunda paz. El que tiende la mano abierta soy; el que no ataca hasta haber recibido el séptimo ultraje. El que ayuda al discrepante a comprendernos desenredando malentendidos, razonando diferencias; el que concilia voluntades contrarias -pájaro y culebra, lobo y cabrito- y nada le sujeta de forma permanente. El que conserva a los jóvenes al lado de sus madres, novias y esposas, el que proporciona prosperidad al poblado. Ese soy, el de la mirada alta puesta en el último horizonte hacia donde dirige las pisadas, el que está dispuesto a mudar el objeto de sus actos si la razón lo dice. El que ve el mal como gruta lóbrega, y encendiendo hogueras avanza miradores a la esperanza. El que no se rinde ni se entrega al desánimo, porque sabe que su despensa interior guarda recursos bastantes para el más largo de los asedios”.

En las noches de plenilunio cercanas al solsticio de verano - triplicidad de fiestas que dan contento a los dioses- internos a un círculo de antorchas los jóvenes danzan siguiendo el son de gaitas, flautas y trompetas. Como muestra de acatamiento de la voluntad divina, saltan a lo alto y caen en tierra forzando la genuflexión. Entre dos volteretas apuran vasos formados de terracota que de mano en mano pasan, continentes del vino y la sangre de la expiación. Hasta el amanecer repiten los frenéticos ritmos y la progresiva cantinela: doscientos veintidós salmos, doscientas veintidós piruetas. Si de la cópula sagrada a que se entregan los célibes iniciados se deriva un nacimiento, Aiana lo protege y para sí lo reclama. El signo grabado en el brazo de la criatura, la convierte en elegida en medio de los demás infantes. Al mostrarse la adolescencia en el cuerpo y los modales, ingresará en el Templo e iniciará su preparación sacerdotal. Por entero se dará al estudio de las artes y las ciencias, al análisis profundo de los trescientos treinta y tres renglones del Mandato,

a la inteligencia de los misterios divinos; intensamente se aplicará a la predicción hasta dominar las enseñanzas. En temible ceremonia, tensa y prolongada como maroma de la que tira un caballo, cuajada de pruebas complejas -caminar un pasillo de tizones encendidos, reprimir el pavor a la serpiente, aceptar sin herida la humillación de la ceniza en los cabellos- será consagrado al servicio de Aiana Sol si varón fuese, de Aiana Luna de ser hembra. Gloria de su familia son los hijos entregados a la misión religiosa, la madre sube un escalón y andando el tiempo, una de entre ellas llegará al Consejo Real. A más del conocimiento exhaustivo y del cumplimiento escrupuloso del Mandato, se les exige la virtud que prometen en la ordenación; con pena de suplicio y muerte se castiga su desdoro. Los jóvenes, esposados en tan magna ceremonia, intactos hasta entonces, siguen aún nueve meses separados, para situar con seguridad en la solemne unión el origen del parto. *A mí vendrán immaculados, de mi partirán fértiles; noches de plenilunio, previa y dorsal del solsticio de verano. El fruto de su amor me satisface.* Señala en el Mandato, otro renglón.

Me quedan aún siete días de existencia y no trataré, en imposible quimera, de mejorar lo ya hecho; el río no regresa a la fuente. Sólo me resta incluir en el código que dicto al escriba, el relato de últimas intenciones -fruto de la experiencia adquirida- esperando que pueda ser útil a mi sucesor y al pueblo inquieto. Criadas con mimo fueron las terneras, en ausencia de roces y rasguños; sangradas por completo en su sacrificio. Su finísima piel, persiguiendo el pergamino perfecto, ha sido dispuesta por el calígrafo: raída, adobada, estirada y seca. Y dicto al escriba: “En primer lugar desnudaré cuerpo y espíritu de toda pertenencia. Tan desvalido como soy me veréis, tan frágil como sois me veréis, tan incierto como soy me veréis; tan animoso, tan recio, tan pujante, tan esperanzado. Todo lo extraño es superfluo, todo lo prescindible es ajeno. Poco necesitaba de lo que he poseído, nada me quedará de lo que tengo. De mi ajuar, una muestra elegirá el Depósito de Elementos Tribales, acopio de la memoria de nuestro itinerario; el abundante resto -en ausencia de hijos que se reclamen, de mí, herederos- pasará a los más necesitados, que dejarán de serlo sustituidos por otros a la espera de mejora. A mis súbditos y a sus descendientes confiaré mi pensamiento, libre como la marcha inexorable de las cosas -lluvia y aves, viento y aroma de las flores- montaraz como las cabras que en los picachos se alzan sobre las patas traseras. Y mis obras, buenas y

malas, a la opinión de los que me conocen, a la historia; árbitro cuyo veredicto no temo”.

Dentro de siete días tomaré voluntariamente el bebedizo que el Gran Ungido traerá en el Cuenco de la Alianza. Me imagino en trance tan riguroso, y desde el pasillo central del Templo veo avanzar a su Venerable Ancianidad con pies cansados, hierático, revestido del morado sobrepelliz, símbolo del poder que la Trinidad otorga. Aprecio sus albos cabellos ralos, su larga barba agrisada, ocultos a medias por la tiara protectora que inmuniza contra las pasiones más comunes. Lo escoltan dos filas de jóvenes esbeltos, gráciles, ensabanados de níveas túnicas de lino, testimonio de continencia y candor -once sacerdotes a la derecha, once sacerdotisas a la izquierda- encabezados por el Sumo Sacerdote, por la airosa silueta de la Sacerdotisa Máxima, mágico contraluz de las llamas vivas sobre la pared oscura. Las manos temblorosas me entregan el Vaso del Desagravio, y apuro hasta la última gota por si ella fuera imprescindible para que el conjunto surta efecto. Será la única vez que beba en la Copa de la Concordia; Aiana, Pergio y Muradis están en su exterior representados, soberbio relieve de escenas cotidianas. El día de mi entronización decliné ese privilegio en servicio de la humildad y de la sencillez. “El Primer Ungido -responsable del culto a la Trinidad, intérprete de los deseos divinos, juez supremo en asuntos de iniciados- y mi bondadosa Madre, fomentaron en los hijos varones aptitudes ajustadas a la ocupación de Rey; nos advirtieron de los peligros que acechan la ruta de quien gobierna, y la grave responsabilidad contraída, demandante de soporte sólido a cada uno de los pasos. Sobre el orgullo alertaron: hace creer al gobernante merecidos los cargos y empleos, los elogios recibidos; construye un pedestal al que lo eleva y le inclina a mirar a los demás, sus iguales, por encima de las cabezas, suponiéndolos bajo él en razón de los méritos. Y entre asuntos que a mí me parecieron baladíes, nos avisaron del mal que acarrea beber en crátera de oro vino reposado menos de diez años.” No es de hoy, de siempre las madres, con mirada previsor, estuvieron atentas a los revulsivos que alejan el peligro de sus tiernos tallos bien amados; Reina Madre, la nuestra, no iba a serlo menos.

“Las potrancas son preñadas por el viento Cierzo, en acción delegada de Pergio, Dios de la Tierra, que Aiana esposó sobre un campo de avena alta y verde. Quedan fecundadas las yeguas

mediante su soplo y paren potros tan veloces que no pisan la tierra, de ahí que se les piense voladores; pero ocurre verdaderamente que la rapidez de movimientos y la agitada polvareda impiden ver los cascos apoyados en el suelo, tomando brevemente el impulso que los eleva gráciles. Con reiteración observé el fenómeno, estudié su galopar desde todas posiciones y el misterio descubierto os confío”.

“Muradis, único vástago de Pergio y Aiana, mora en su propio santuario junto al erigido en honor del Padre, alejados ambos un tiro de flecha del templo materno. Los devotos jóvenes del Hijo, piadosos y fornidos mocetones, piden con ahínco el crecimiento de la capacidad guerrera o amatoria, y se esfuerzan tanto por conseguir la perfección, que convierten en innecesario el respaldo divino. Esta experiencia he constatado, y el misterio repetido os abro y descubro. No desmantelo sólidos tejados porque sí, tras la verdad camino; mas os prometo que si sé de algún milagro al punto os lo diré”.

“Desconfiad de quien alcanzó fama de virtuoso sin vivir en consonancia con la virtud. Abrid vuestro corazón al malhechor arrepentido. Dos unos juntos -producto de la duplicidad de nuestras creencias- y sus múltiplos, deciden cantidades relativas a las cuestiones más dispares, lo que prueba la poca importancia que la acumulación posee. Podría ser otra la cifra resultante en muchos casos, pero se fuerza, alargando o reduciendo, hasta que se ajusta a lo aceptable”. Junto al once permanente de la tribu, el oráculo señaló al siete como número sacro de mi reinado. Sus labios femeninos, tan delicados que de haber sido efigie el escultor alcanzara en ellos la perfección y fama inaudita; los labios de la pitonisa, Sacerdotisa Máxima, tan primorosos, liberaron profecías satisfactorias sobre el período de mi dominación: prosperidad que florece en la tierra abonada de trabajo, alianzas provechosas, tranquilidad en las fronteras La boca amada fijó, por añadidura, la hora y la forma de mi muerte”. De modo que dicto al escriba: “Manos a la obra me puse. Sabiendo reducido el tiempo disponible, y conociendo su límite exacto, fui a lo concreto, evité divagaciones inactivas. En la cripta del templo depositó mi madre, en legítima oposición al destino desvelado, un odre lleno de vino joven, cosecha del anterior otoño, que había de envejecer aprisa ganándole dos años y medio al presagio. Dentro de una semana daré cumplimiento al vaticinio que me reserva un fin conocido en todos sus detalles;

privilegio de reyes que agradezco más que ningún otro. La madurez del jugo de la uva será insuficiente para obrar en mi favor, la cueva de las divinidades no acelera el proceso. Aunque debo decir que nunca creí en el poder salvador del vino aún siendo la década cumplida; habladurías de comadres, supersticiones ignorantes, opiniones dictadas por el interés torcido de los mercachifles”.

Calló el oráculo la causa de mi muerte, que se pensó enfermedad o herida en la batalla; por lo que a punto de llegar el tiempo fijado, a la vista de mi aspecto saludable, y disfrutando nuestro pueblo de una larga temporada de paz, los descreídos dieron por errado el augurio. No sucedió así; mi amor, concentrado en la Máxima Sacerdotisa de Aiana, desde tiempo atrás correspondido, se conoció en esos días. Tras una semana extendida por el tormento de la espera, a muerte nos condenaba el testimonio múltiple del rumor popular. Al cabo supimos que el Consejo Real y las Tres Palabras fijaban la consumación del duro castigo, justamente el día establecido por mi amada en su función de pitonisa.

La promesa solemne de castidad que obliga a la Sacerdotisa Máxima, le hace más culpable; mi posición de Rey agrava los hechos. Plumas movidas por el viento del destino con tal de darse a sí mismo cumplimiento, nos juzgan los más afines. Mas no es cierto, libres fuimos para amarnos, sólo nuestros corazones marcaron el sendero. Nos admiramos en secreto -pecho dolorido, impotente voluntad- desde el día de mi coronación, en la que participó ella por razón de su rango. Recuerdo sus armoniosos dedos sujetando etéreamente la preciosa corona, compitiendo aventajados con la plata y las piedras preciosas que la forman. A la altura de su suave seno la elevó, avanzó con ella palpitante, ligera y firme sobre sus pies desnudos, alcanzando al Ungido junto a mí para entregársela. Un rubor vivo encendió la rosa de sus mejillas al pronunciar las palabras rituales, mis ojos y los suyos se encontraron en el cercano infinito durante una breve eternidad. El septenio incompleto nos vio padecer y gozar de la afinidad nacida, respirando el mismo aire sin poder hablarnos, diciéndonos con la mirada y la sonrisa tanto como pueden expresar las palabras y las manos; siendo el uno para el otro objetivo y fin de sus actos, deidad sustituida. Ahí está la culpa, ahí los celos divinos se justifican.

Hasta la feria de Oriente y Occidente -gran fiesta de Aiana- no se concretó nuestra pasión. Coincidían después de veintidós años Solsticio de Verano y Plenilunio, las festividades de primavera y estío quedaron unidas, la alegría popular se desbordó en cataratas que todo lo inundan. Por doquier el fuego parpadeaba sus recados galantes. Árboles y arbustos, la hierba acogedora, el aire cálido, los aromas del romero y del espliego invitaban a dejarse llevar por la corriente. Nos abrazamos hasta el alba, cuerpo a cuerpo luchamos, y un triunfo doble premió nuestro esfuerzo. Incógnitos nos vimos, confundidos con las parejas que apenas se ocultaban en la nocturna oscuridad del campo. Aiana, ofendida y halagada a un tiempo, justa finalmente, iluminó con su faz de Luna nuestros rostros dichosos, y fuimos conocidos sin lugar a dudas. Primera y única ocasión de colmada felicidad, pecado punible con la muerte. Desaforado castigo que acepto parejo a la causa que lo motiva. Otra y mil vidas diera por repetir de nuevo el encuentro. Se conforma mi afán y, como afirmando, se interroga satisfecho: ¿No valió la pena, acaso, conocer el Paraíso, entrar en él, sentirlo propio?, ¿no corona mi vida y la suya, unidas, Amor de tan altos vuelos, de tan holgada magnitud como el logrado por nuestra espera?, ¿no hemos de agradecer a los dioses el caminar que el castigo interrumpe, si el sentimiento albergado nos torna mártires de nuestra voluntad?, y ¿no habremos de preferir la muerte cuando la vida nos condena a una separación indefinida? ¡Dulce final por tantos envidiado!, termina mi afán por exclamar.

“¡Respétese el oráculo hasta en sus mínimos detalles, sí! En nombre de mi madre acátense el oráculo, obedézcase el auspicio en nombre del pueblo, en nombre de las divinidades tenga la predicción exacto cumplimiento. Llévase a puntual observancia el oráculo porque es la voz una y múltiple del pueblo, el verbo rígido y sagrado de los dioses, la expresión flexible y amorosa de la madre del Rey. Si se hiciera caso omiso de la coincidente voluntad del Consejo Real con las Tres Palabras, se cuartearía el arranque de nuestra civilización, pues sabido es –se enseña a los escolares - que nuestra cultura tiene su basamento sólido en la firmeza de esos pilares invariables: Pueblo, Dioses y Maternidad. Si se desoyera la voz de la profetisa, nuestra forma de vivir enraizada en las costumbres tantas veces probadas, se resquebrajaría. No seríamos nosotros, otros seríamos y por otro nombre debería conocerse”.

Pero ¡ay! de la Augur si por su cuenta sentenciara, siguiendo impulsos del corazón variable; ¡ay! de la Vidente si no fuera simple instrumento del destino; ¡ay! de la Adivina que buscara algún provecho, que tuviera voluntad de mejorar situaciones, o se inclinara de uno u otro lado; ¡ay! de la Pitonisa puesta al servicio de causas justas o injustas, que no hiciera de mero cauce para la intención divina. Sus padres, sus hermanos, sus íntimos amigos, serían repudiados por el pueblo y no obtendrían el descanso de los tiempos inacabables. Ella misma sería testigo de la extinción de su obra antes de morir lapidada, desasosegado el espíritu por el abandono del cadáver al hambre de las alimañas. Escrito está en el Mandato.

“Puedo eludir el destino así trazado, me es dado circunvalar el peligro; la barca del poderoso siempre encuentra salida en los puertos de la desgracia, un viento favorable empuja la popa, olas propicias permiten el avance de su quilla, pero ¡cuidado! un Rey dispone de recursos que no son suyos”.

Ofrecería todo lo terrenal por librar a mi amada de los doscientos veintidós azotes que ha de recibir, y yo debo infligirle. Hoy, en la ceremonia inicial, se leerá la sentencia ante las enfebrecidas gentes que sueltan rienda a sus instintos. Calmados los gritos de venganza o de piedad, yo arrojaré veintidós veces mi amoroso brazo contra el dorso desnudo; rasgará el aire desvalido mi látigo, cortará la piel indefensa y sometida, marcará a fuego su abominable contacto; y por si no bastara, dos personas elegidas en legítima representación del pueblo -Consejeros Reales- sobre el campo de batalla ensangrentado descargarán sendos golpes de fusta. Desde mañana hasta los instantes extraordinarios que preceden a nuestra inmolación forzada, a razón de una cada día, seguirán seis tandas de treinta y tres flagelos. “Daría cualquier posesión, todas juntas incluso, porque saltara el tiempo del castigo como un atleta brinca sobre el foso de arena, pero qué virtud representa entregar lo que no podré llevarme. Haría de otro mis méritos a cambio de librarla del suplicio y del baldón si Aiana aceptara”.

“No quiero, sin embargo, huir con mi idolatrada como es sin duda nuestro deseo; explícito el de ella, oculto el mío. No, no lo haré; pondría en juego el honor que con reiteración ha sido mi verdadero patrimonio. Dos caballos, blanco y negro, opuestos en su tiro, desgarran mis músculos, descoyuntan mis huesos. Alerta

mantengo la voluntad, unida con firmeza al cerebro, prevenida del deseo sin respaldo ortodoxo. Un Rey debe conocerse y dominar sus vehemencias, de otra manera, ¿cómo logrará superar a sus enemigos, por qué mérito le seguirán sus partidarios, qué derecho invocará en la aplicación de la justicia?”

En la corta entrevista concedida por el Consejo como favor postrero, ella -mi amor único, mi sentir desbordado, mi criatura predilecta- angustiada de certidumbres me suplica que reserve mi vida sin renunciar ella al duro castigo que merece. El suplicio recibido de mis brazos a modo de caricias, y la muerte liberadora, bastarán. Aiana se considerará pagada con su exclusivo sacrificio, asegura vehemente mi verdadera vida -sangre de mis venas y aire de mi respiro- conocedora e intérprete del divino pensar. El Primer Ministro, camarada, traicionando sus juramentos, me ha ofrecido el más rápido de los corceles y salvoconductos extendidos por su mano. El Primer Sacerdote, apiadado, traicionando su fe, me habla de un disimulado pasadizo que llega hasta el valle, donde espera un carromato de seis ruedas presto a la partida; incluso una noche propicia ha pedido a la Trinidad y una lluvia fina que borre las huellas de herraduras y envejezca las rodadas recientes. Dos bolsas repletas de monedas de oro -aceptadas en todos los confines y estimadas por los romanos por encima de la plata- he rechazado a un grupo de súbditos leales, agrupados en facción defensora.

“No, no, y mil veces no. No existen pontanas ni troncos tan largos que alcancen los dos lados del río ponzoñoso de la culpa. No me refugiaré en el regazo materno, protector y cálido. Justo es que entregue el óbolo de mi sangre inflamada en la ceremonia de la expiación. Mi conciencia sensible exige que soporte la carga debida. Forzar un paso entre los escollos, por estrecho que sea, es labor que rechazan mis convencimientos. Aceptaré el destino en la forma mostrada por la conjunción de piedras en el agua. Hace casi siete años que la muerte compañera fue aceptada a ojos ciegos por mi virtuosa Madre, presidenta ya del Real Consejo, fiada de mis fuerzas. Garante de la rectitud de los actos que desgranase el reinado, entregó su honor en prenda de mi voluntad, por humana, débil. No debió hacerlo, pienso, pero una madre da su carne en alimento filial, da su sangre en bebida, el aire de sus pulmones da en respiro del hijo; y nada espera a cambio, nada desea más allá del bien que inunde la vida desprendida de sus entrañas.

Quién iba a pensar que las muestras de cordura dadas por mí, su segundo hijo, la formación adquirida en los viajes a países amigos, el interés puesto en el desarrollo de los hechos y en sus causas ciertas, la curiosidad por las ciencias y las artes, la intención recta y la entrega ardiente a los asuntos de todos; quien podía pensar que esas cualidades mías iban a quedar ocultas tras el amor prohibido. Tales valores, considerados necesarios en un monarca, contrapuestos al espíritu apático de mi hermano mayor, descartada mi hermana por su expreso deseo, indujeron a nuestra madre a designarme príncipe, heredero del Rey mi tío. Quién podía sospechar, reitero, que todas esas virtudes manifiestas habrían de tener el punto flojo, la duela desprendida, en mi corazón sensible y permeable, incapaz de oponerse al amor, en el comportamiento honesto que me impide matrimoniar por intereses de Estado. Mas el futuro reserva sorpresas a las madres, cuando los hijos se sirven de la propia voluntad y desarrollan un carácter libre. Así torcí el camino de sus pretensiones, y lo zanjé para los futuros pasos familiares; esa herida le produjo en conciencia, hija y nieta de madres de Rey, señora a quien su propio vientre da la espalda.

Si en mi reinado disminuyeron la pobreza, la guerra y la injusticia, mérito y beneficio al pueblo corresponden. Si fracasé en empeños bienintencionados o caí en olvido de valores que la gente tiene derecho a demandar a su soberano, por injusto que resulte, es mi Madre quien erró al elegirme y rendirá de ello cuentas. Al destierro le condena también mi manera de reaccionar, acorde con las creencias íntimas; mi aceptación de la culpa y el castigo. La fuerza mi conducta a salir de esta tierra que es la suya, y la de sus antepasados hasta donde los legajos prueban: vega fértil del arroyo Grande, llanuras arboladas y laderas grises, manantiales y pozos donde se abreva el ganado, páramos pétreos y montes de encinas. Triste compañía será la memoria del hijo caído en quien cifró su mayor deleite. ¡Ah!, pero mi deshonestidad, mi cobardía, mi huida a través de los países amigos con falsas credenciales y monedas verdaderas, hubieran agravado su deshonor, pisoteando el bancal fecundo de los méritos familiares, condenándola a un suplicio añadido al suplicio de por sí cruel, descrito con minuciosidad en el Mandato: *Serán arrancadas y disgregadas las piedras de su hogar, una tras otra hasta los cimientos*. Mi conducta, valiente y sacrificada, será el asidero de su conformidad, cuando, en el

crudo invierno, se arrastre mendigando una manta para mitigar el frío. El orgullo legítimo habitará aún su pecho, cuando vista *andrajos en paraje de zarzas y ortigas, fuera de poblado respetable*; cuando *sea su morada un muladar y se alimente de despojos*, cuando los mentecatos, para sentirse alguien y divertirse, *arrojen cernada sobre su cabeza*.

“Tenga, pues, fin completo mi poder; es conveniente y razonable. No resulta prudente que los monarcas permanezcan como ahora en el trono según su voluntad, se dan abusos, todo acaba plegándose a sus deseos. No favorece a la concordia, empero, que los gobernantes cesados caminen sin la túnica de Armiño, pueden seguir deseándola y dedicar sus esfuerzos a la intriga. Hagamos para ellos un lugar en el Consejo, su opinión será provechosa. Soy consciente de la impopularidad de una norma que corone reyes de término previsto; mas ese límite convierte el sacrificio en llevadero, y el honor recibido al ejercer la nueva ocupación de consejeros esmerila el final trágico, tornándolo aceptable. La gente acabará acostumbrándose y apreciará las ventajas”.

El mayor castigo, al aplicar las penas de muerte, lo recibe el verdugo forzado; remordimientos roen su corazón en adelante, día y noche. Por eso me alegro de morir en cuanto remate la séptima tanda de latigazos que mi brazo, traicionando a mi corazón, descargará sobre la espalda amada. Entre los gritos gozosos o apenados de los asistentes, densas lágrimas recorrerán nuestras mejillas -flagelador y flagelada- haciéndose barro en el hollado pavimento, fundiéndose con el polvo escarnecido. Después, todo sucederá vertiginosamente, y el sufrimiento se diluirá en la confusión del ánimo; instrumentos del destino seremos, voluntades rígidamente conducidas.

“Dejo mi cadáver a la tierra, pero también al agua, pero también al viento, pero también al fuego. Sólo mi corazón será enterrado, sólo mi tronco será cedido a la pira, sólo mis brazos y piernas se sumergirán en el río, sólo mi cabeza será lamida por el viento”: Así dicto al escriba el modo en que será repartido mi cuerpo. “Profundas razones asisten a la perseverancia que aún me empuja. Amo a mi pueblo en un presente interminable que abarca el futuro y el pasado. Es mi tronco mi lastre, mi condena, lo terrenal que en mi habitó, el inferior esclavo, el ímpetu confuso, el empuje irreflexivo. De haber sido explorador y aventurero, mis

ágiles miembros se hubieran hecho alas capaces de conquistar la imposible altitud de las montañas, la ingravidez sobre las aguas río adentro, mar adentro; y conseguido el progreso en espacios alejados, fructuosos de misterios, regresaría yo cargado de conocimientos y frutos de la naturaleza. Si mi cabeza mantiene elevado el pensamiento y alta la mirada, durante el escaso tiempo que aún me queda, puedo sorprender los resortes ocultos de la existencia”.

“Al pie del templo dedicado a Pergio, Señor de la Floresta, Dios del Mundo Vegetal, agricultor primero, en la pira funeraria será incinerado mi vientre. Junto al santuario de Muradis -Señor de lo latente, de las facultades aún no afloradas- arderá mi abdomen. Las cenizas resultantes se dispersarán desde el Pico Taragudo -miradores abiertos a Oriente y Occidente del templo del Sol y de la Luna- un día tormentoso, cuando el viento enojado sople en mil sentidos opuestos. Cubrirá la tierra el corazón, bajo el sepulcro que rememora la brevedad de mi gloria. En el lugar destinado a la inexistente cabeza crecerán flores. Una virgen las regará con agua recogida en la fuente Atalaya y en el venero Amargo, inagotables manantiales surgidos de la sed divina que ansía ser saciada. Avivará el Cierzo una llama eterna en el lugar debido a mis pies idos, a mis manos escapadas. Pies que tantas veredas iniciaron, manos que a tanta idea dieron forma, que tantos dones entregaron. Mis ligeras y laboriosas extremidades -dueñas del espacio cercano y de las caricias- pasto serán de los peces en el trecho de río que circunda el noroeste, eterna corriente cada día renovada. Depositarán en la más alta cota del territorio, arriba de los páramos, mi cráneo, desarrollado y resistente; permanente cofre del pensamiento fluido. Situarán mi recia calavera en la cresta de la encina milenaria. Pulimentada al sol, radiante hueso, su fulgor alejará a las aves rapaces. Desde el lugar preeminente mi cabeza lo verá todo, todo lo oirá, y vendrá en concebir los más acertados raciocinios inspiradores de acción al nuevo Rey, al soberano que inicia, debido a mi conducta tachada, una nueva dinastía. Nace el monarca de mi muerte, en camino le pone el sufragio que elige su nombre entre los indicados al Consejo por el Ungido y la Virtuosa. Prestará mi madre de esa manera el último servicio a la Tribu antes de partir hacia la nada, hacia la Tierra Ignota. Cualquiera que sea mi lugar de reposo, amaré mi corazón a la naturaleza íntegra; a piedras, plantas y animales tendrá en cuenta, presentada la oportunidad de interceder ante los dioses complacientes ”.

"La fortaleza que me suponéis os entrego, no la debilidad que sentí estremecerme en los momentos difíciles. La confianza que pusisteis en mí me transformó en héroe; y si defendí vuestros intereses, no hice otra cosa que pagar mi deuda. Aceptasteis mi ayuda, y convencidos de recibirla en el momento adecuado, no os fue precisa. Qué enorme ventura alcanzo: soy el Rey siendo el padre, siendo el hermano, siendo el amigo, siendo el defensor; siendo el último soy el primero".

"A intervalos la flojedad me ataca, lobo hambriento ante oveja cerrada en el aprisco. Lucho, resisto, ataco y, agredido, me defiendo. No, no puede el Rey abolir la ley que le condena. No puede el Rey cambiar el renglón del Mandato que le impide unirse a la Sacerdotisa. Y aunque el Rey pudiera, el hombre que es no debe consentirlo. Acción cobarde, indigna, manchada de injusticia manifiesta. Pese a que lo comprendieran amigos y enemigos, aunque nos dieran su bendición Aiana, Pergio, y Muradis -Trinidad de Amor nacida de una pasión como la nuestra, incontenible, sublime, sublimada- no, el individuo social no debe consentirlo".

Si aceptara las propuestas tentadoras, si cayera en cualquiera de las múltiples formas que adopta la vileza, mi nombre sería excluido por el pueblo de las palabras nombrables. Y dicto al escriba: "Qué es la vida que nos mueve, sino la brisa agitadora de las briznas altas en la hierba del pasto; la leve turbación y el viento imperceptible que genera. Nada es; lo sé con certeza: una infección desarrollada en la piel abierta por el menor de los rasguños, la picadura corrompida de un insecto, unos minutos de agonía, juntos o por separado, la concluyen. Le da fin entre estertores un polvillo desecado, liberado de los fuertes colmillos de sierpes sinuosas, menos activo que el que mata al zorro, inferior en efecto al que envenena al lobo. Me reconozco débil y sé que un viento del Norte, frío, bastaría para matarme. Un sol continuado, el hambre o el exceso de comida, el cansancio, el permanente aburrimiento. Miles de causas pudo tener la conclusión de mi respiro: el latir desacompasado de mi pecho, un mero desequilibrio entre el cuerpo y el espíritu. La pócima ideada por el aprendiz de brujo -raspaduras de un rizoma poco extendido, las hojas picadas de una planta poco común-compuesta en la proporción exacta se demuestra capaz de abatir a un guerrero. Cuánto mejor obraría la fórmula magistral, arcano

heredado por el Brujo Maestro, explicativa de la sabia cocción de raros tóxicos aportados por la mitad cruel de la naturaleza. La mano ejecutora elabora el preparado cuidando cada uno de los pormenores, peso, humedad, temperatura; toma en cucharita de plata el extracto necesario, lo acerca al Cuenco Sacro mediado de vino a punto de cumplir los diez años de reposo, espolvorea porciones mínimas hasta completar la dosis exacta y agita la mezcla liberando energía bastante para lograr la dilución. Queda probado que cualquier desequilibrio puede alterar la vida humana; a veces, sin provocar reacciones de pesar en los más próximos. Porque si no es un medio para procurar el bien común, la vida es agua que se pierde en el torrente arrastrando tierra fértil en su huida. Por eso, porque la vida no es nada sin nobles sentimientos, sin actitudes magnánimas, me someto a lo dictado y arrojo las insistentes tentaciones al abismo”.

“Igual arriba y abajo, igual lo grande y lo pequeño, igual lo negro y lo blanco, lo armónico y lo estridente, lo suave y lo desagradable al tacto; así es, todo lo creado, a mis ojos. Asentado en estas palabras de Aiana que un renglón del Mandato contiene, un decreto mío dio fin a la esclavitud residual que padecíamos. Floreciente en otros pueblos que basan en su comercio la prosperidad de las familias descollantes, temo que a mi muerte regrese de manera engañosa para ser normalizada después. Impídanlo los Dioses a los que suplico ahora, y el nuevo Rey que se opondrá sin equívocos”.

“Os dejo el tintineante parpadeo de las estrellas, el pálido reflejo de la Luna y los cegadores rayos del Sol. Las vastas praderas de mi sueño os dejo, los valles abiertos y los desfiladeros, los montes arbolados y el río Nubis, cuyas aguas arrastran plata, oro y transparentes piedrecitas de colores. Os dejo los grandes rebaños y los graneros repletos, crecidos por mi intención perseguidora de la prosperidad. Tratados eruditos os dejo, escritos por curiosos observadores de la naturaleza, que explican el modo en que se producen y la causa inmediata de los fenómenos naturales; fantásticas leyendas que las abuelas suelen recitar a sus nietos en las largas noches de invierno. Os dejo la nube que descarga lluvia suave, y el manantial fresco que calma vuestro ardor en el estío. También las minúsculas gotas que se desvanecen en las flores siguiendo el reiterado círculo del día. Os dejo el aprecio que tengo a la naturaleza y el afán puesto en respetarla y servirla”.

Los funerales de los Reyes son recordados por la curiosidad que suscitan, cercana a lo malsano. El pueblo ama a los monarcas más que nunca el día de su muerte, cuando los descubre personas linderas de su propia fragilidad. En ese momento admiración y odio se funden en un pesar liviano; oportunidad perdida de agasajo o sedición. Largas ceremonias funerarias prefieren los súbditos; ritos lentos y meticulosos, pausados, sincrónicos con el doblar de las campanas o el redoblar de los tambores. Desean ver de cerca troncos de caballos de bella estampa, negros como las tinieblas, blancos como el yeso molido, lujosamente enjaezados. Desfiles quieren de fornidos soldados, erguidos y adustos, concentrados en su marcha al compás de los himnos. Mandatarios vecinos esperan ver, príncipes provenientes de lejanos países, portadores de presentes exóticos en prueba de buena voluntad. Plañideras que sequen sus lacrimales inagotables, y desgarran a fuerza de quejidos el manto celeste. Saltimbanquis, charlatanes, acróbatas, tragasables, comedores de fuego. Escribanos que analicen los hechos, les den coherencia y los fijen al pergamino, dispuestos a llegar con su noticia a las generaciones venideras. Cantores demanda la gozosa muchedumbre, poetas que fabulen insatisfechos el deslizar monótono de las horas, y engrandezcan los actos cotidianos sacándolos de sus justos términos hasta convertirlos en gestas memorables. Eso quiere el pueblo y lo tendrá abundante; la noticia ha volado sobre las alas del viento y desde espacios alejados vendrán observadores a nuestras exequias.

El dolor y la vistosidad de la ceremonia se darán la mano. Quedará resarcido el pueblo, incluso de la suerte adversa, porque la justicia es universal y a todos alcanza., a la Sacerdotisa Máxima y al propio Rey. La mujer íntegra, la hembra preservada cuya imagen virginal se fijó inmutable en mis pupilas, con gesto dolorido descubrirá la espalda. Mostrará las hendiduras labradas por el látigo insensible, obra directa de mis brazos. La amante enamorada, incapaz del odio y del rencor, suavizará el áspero rictus de sus labios vaciando con extraño deleite el mortífero contenido de la vasija sacra. Sorberá con fruición hasta la última gota librada a sus labios -agradable ponzoña- como si fuera un jarabe que actuara a favor de la vida. Se la verá pasar, durante breves instantes que parecerán eternos, de la placidez del gesto a las penosas convulsiones, recibiendo a la muerte deseada, redentora del sufrimiento atroz causado por las llamas que

consumirán su vida. Por añadidura, los asistentes a la Ceremonia Final de mi dominio, en sus oídos dignos de fe escucharán el estertor que agota el aire en mis pulmones, verán con sus ojos tan sinceros la horrible mueca que el veneno dibuja en mi semblante; comprobando por sí mismos que se da fiel cumplimiento al augurio: inflexibles palabras que Aiana dispuso -cruel ironía- en boca de la Sacerdotisa, Augur del Reino, que expira muy cerca.

El pueblo exige inmejorable aspecto a sus Señores, reclama a los Monarcas una luminosa figura que eclipse la antigua memoria. Magnífica planta y caminar decidido, don de gentes, dominio de las artes venatorias y de los deportes arriesgados. Ricas túnicas, brazaletes bruñidos, fíbulas de plata, piedras preciosas y cálidas pieles sobre los hombros, marfil y perla. Mas amortajados, ese mismo pueblo observa a sus soberanos con actitud incierta, teme hallarse ante fingidores de la postura o ante magos que realizarán el prodigio de la resurrección cuando convenga. Tras los ritos funerarios busca en el rostro embalsamado la serenidad de ánimo. De todo ello recibirá mi tribu hasta saciarse.

Acostado sobre el lecho crematorio, expuesto a las miradas indagadoras, exhibiré la corona y el cetro de plata maciza que forman parte del Tesoro Regio y son patrimonio del Estado. Pasan de unos monarcas a otros a lo largo de los años, siendo testigos mudos de la conflictiva historia y de la conforme. La ausencia de piezas tan codiciadas en los enterramientos, y de adornos valiosos, contribuye a que los ladrones de tumbas pierdan el antiguo interés por su oficio. Vestiré el jubón bordado en oro fino que tan bien se me acomoda, sucinto bajo la túnica de seda de mi coronación; los brazaletes enredados como serpientes al antebrazo enérgico, y el afilegranado torque que oculta parcialmente el pecho; joyas de precio suficiente para comprar un ejército si fueran enajenadas. Sujeto al cuello por el broche argénteo que figura una pelea de caballos erguidos, colgará de mis hombros el Manto de Armiño, símbolo de la imparcialidad de la justicia. Defenderán mis pies los borceguíes de piel de potrillo; ceñirán mis piernas las calzas tejidas por primorosas manos de maestras artesanas. Mostraré la espada fiera que los romanos han copiado; su estudiada empuñadura, la vaina protectora y los correspondientes arreos trabajados con pormenores muy apreciados. Todo ello colgará luego -el arma y su arnés- en la pared norte del Salón Real, haciendo compañía a similares objetos cedidos en las exequias precedentes.

Luciré tales galas por segunda vez, de las tres que el Mandato preceptúa: coronación, esponsales y honras fúnebres. Su conservación y custodia es obligación de la esposa diligente, y yo, a pesar de los reiterados apremios del Consejo -empeñado mi amor en empresa imposible- hurté al pueblo las bodas reales. Fastuosos desposorios de ostentación y alegría, inacabables ferias que el pueblo vive intensamente. Ceremonias prolijas enfervorizan a los espíritus dispuestos, músicas vertiginosas conducen a las danzarinas, descalzas sobre estrados cubiertos de flores. Calderas repletas de condumio expanden aromas de guisos consistentes, hogueras de sarmientos retorcidos doran lechazos muy tiernos, vinos traviesos abandonan los jarros en los ocurrentes brindis festivos. Mozos ágiles hurtan sus cuerpos a toros jóvenes que envisten a ciegas, revoltosos infantes se agitan en esparcimientos sin fin. Celebración que, pasado el tiempo, continúa la gente reclamando sin convicción alguna, persuadidos de haber perdido la oportunidad de contemplar juntos el real atuendo y el albo vestido de la desposada.

Aunque la dinastía se aseguraba a la postre la continuidad en mis sobrinos, si por convenir a la vida social hubiera elegido compañera, y en consonancia con los deseos del pueblo, dada mi condición, hubiera firmado el contrato matrimonial ante los altares de Aiana y Pergio; en los luctuosos instantes que se avecinan, la elegida permanecería a la cabecera del lecho mortuario durante el largo desfile de condolencia. Revestida de manera sencilla -níveo peplo sobre rústico sayal- agradecería la esposa durante horas las muestras de dolor de mis súbditos. Conservaría esas ropas, sin otra mudanza que la debida al aseo, mientras el uso incesante no las convirtiera en harapos. Hasta ese día, constatado por el Consejo, durarían su aflicción y su luto. En adelante podría regocijarse y contraer nuevas nupcias.

Alumbra mi mente la imposible visión de dos túmulos bien distintos. El mío fastuoso, el de mi amada austero. Alejada de mí yace la Sacerdotisa Máxima: vestidura de lino cerrada hasta el cuello, ejemplo de sobriedad; cingulo apretado a la cintura, mirto oloroso en las manos unidas sobre el pecho, sandalias de esparto anudadas a la pantorrilla. Efecto claro del mortecino sol que camina lentamente hacia el Ocaso, aparece sonrosado su pálido rostro, perfil de líneas bien dibujadas, trazos precisos de un artista inmortal. Los finísimos cabellos, sujetos por el arco de la

diadema, enmarcan los ojos cerrados de una faz dormida. Dibuja su frente límpida una arruga somera e intuyo que ha sufrido al tomar el tóxico. Mi deseo de perfección desharía ese pliegue, de modo que en su rostro se asentara la belleza absoluta. Permaneceremos expuestos durante un día entero; y las gentes no desaprovecharán la ocasión histórica de contemplar, aunque espaciados, a los protagonistas de una historia de amor prohibido que la aplicación de la condena convirtió en gesta inolvidable.

“A punto de concluir su tarea, mi mente formula una hipótesis sobrado arriesgada: la semilla prendió en sus entrañas y en ellas una vida nueva pugna por independizarse. Si así fuera, ¿no se estaría condenando a la mismísima inocencia? Me interrogo en soliloquio que no obtiene contestación. *El hijo del pecado no es pecado, en él aflora la gracia y prospera la honestidad*: Lo dice el Mandato. Nunca sabré si se produjo el milagro, si engendramos un embrión que desarrollaba tejidos elementales en el momento de la ejecución, un tierno infante dotado de inteligencia, bondad y hermosura; un heredero sin posibilidad de reinar tras mi sucesor. Debiera posponerse la ejecución de la sentencia hasta lograr certidumbre; y convencido el Consejo de que otra vida aleteaba en el vientre de la Primera Sacerdotisa, el instante del parto o el final de la lactancia señalarían, ya sí, la hora de su envenenamiento y cremación. No, ni entonces; si se priva de madre al recién nacido, de uno u otro modo le alcanza la condena paterna. ¿Qué será de la hiedra altiva sin tutor ni sustento sino planta rastrera! Saberme padre me hubiera consolado, pues una parte de mí proseguía el camino. Las enseñanzas escritas en este legado, leídas por mi hijo, incrementarían el provecho perseguido. La vida se aferra a la vida con todas sus fuerzas. La vida reclama un espacio a su misterio, quiere explicarse y espera una oportunidad. El hombre no tiene derecho a cortarla pues cercena con ella potencias, y los dioses que las normas inspiran deberían saberlo”.

Tras el lamento humano de las trompetas, se presentará el quirurgo portando el cuchillo afilado y el hacha terrífica. A la vista de todos tomará mis despojos, y con modos carniceros los irá troceando. Pero ya no me importa. Si ella ha muerto y arrebatan cualquier oportunidad a nuestro hijo, lo que hagan con mi insensible cuerpo carece de importancia. Qué se me da a mí si el quirurgo separa o no la cabeza del resto, si retira o no el corazón del resto, si aparta o no las extremidades del resto, si

desliga o no el tronco del resto. Ni siquiera la sangre acudirá a la llamada del filo enrojando el empedrado. No podrá lamerla mi perro entre aullidos de pena. El can compañero abandonará el recinto murado, renunciará definitivamente a vivir en palacio, y se empeñará en velar mis pedazos dispersos en interminable recorrido. Uno éramos, dueño y animal, en la caza y en los juegos; sus lametones sustituían con ventaja a los bálsamos en mis heridas, mis caricias tranquilizaban su impaciencia. Siento abandonarlo a una suerte negra, al vagar desesperado, a la soledad sin consuelo.

“Os dejo mi ejemplo en aquello que para vosotros constituya modelo, en la aceptación de las leyes, en el cumplimiento del Mandato; civiles y religiosas seguí las normas, las más duras incluso, lo mismo aquellas que, obligando a los demás, por mi condición no me obligaban. Y si como hombre he fallado, la causa fue noble -pasión irresistible por hembra de tanta valía- y esforzado y orgulloso acepto el castigo que acompaña a la incorrección. Mi temple en la batalla, mis afanes por construir una paz laboriosa y ubérrima, el respeto procurado al vencido y la actitud serena ante la adversidad os dejo. Os dejo mi vida, y sobre ella mi muerte, que la dignifica. Escrito por el escriba al dictado de mi corazón sobre delgado pellejo de becerra, en calidad de Real Legado os dejo mi conducta recta, pero también la desviada, porque, a buen seguro, de las dos extraeréis enseñanzas”.

3-Alta Edad Media en Valdepero “Bernardo del Carpio”, leyenda tomada de “La Musa de Picasso”

Entre las imágenes que pueblan mi larga memoria, se encuentran las suscitadas por la leyenda de “La Espada Invencida de Bernardo”, escuchada hace al pie de medio siglo -alcanzaba yo los doce o trece años de edad- a un titiritero conocido por Teudenio, barbado sujeto de una ancianidad adelantada dos o tres lustros, en cuya manera de ser convivían, habitándolo, un comediante de la legua y un juglar del medioevo que solían echarse una mano si la situación lo requería.

Andaba Teudenio sobrado de conocimientos, pues añadía al saber de un maestro de escuela el interés por el origen de los hechos que define a los filósofos. Se comportaba de manera práctica en lo tocante a los grandes conceptos, obrando como un escéptico respecto a Dios y las particularidades que las religiones le atribuyen, pero su sentir era el de los desconfiados más que el de los indiferentes. No obstante, se descubría soñador a la hora de afrontar el día a día; tan lejos del utilitarismo como lo estuvo en la niñez, de la que aún conservaba algunos matices muy acusados. De modo que, comparado con la generalidad de la gente conocida, sobresalía.

Confío en que si mi palabra no lo describe con claridad suficiente, añada su conducta la luz necesaria, ya que hombre tan singular iba de pueblo en pueblo por el Bajo Carrión y El Cerrato más próximo a la ciudad de Palencia, recitando versos y representando obritas de teatro. Aspecto positivo de su estrella, lo ayudaba -acogida a su generoso amparo- una muchacha huérfana de tez rosada, mirada luminosa, naricilla chata y rubias trenzas llamada Marina. Utilizaban ambos a modo de hogar ambulante un carro de varas entoldado, cuyo armazón, ligero y resistente, constituía un prodigio de la destreza carreteril. Tiraba de él un jumento de considerable alzada y cano hasta la última cerda, que situaba a los artistas ante auditorios de bolsa menguada.

En Valdepero, mi pueblo, se afianzaron en el Patio de Castaño, al pie mismo de la iglesia, junto al cercado de servidumbre

parroquial. A través de las rendijas de la puerta pudo ver el burro la abundante hierba del corralito, y una vez liberado de sus arneses se acercó al umbral con la boca hecha agua. Aún no existía la fuente que unos años después abrió el Ayuntamiento en el centro del callejón, de modo que si el carro simulaba el escenario, la plazoleta era una vasta platea que ni pintada le venía al farandulero para sus propósitos.

Cuando la acción se enmarañaba de manera que los brazos de padrino y ahijada resultaban insuficientes, o cuando el argumento reunía en primer plano a un número desusado de personajes y se requería sumar voluntades diestras, Teudenio solicitaba voluntarios entre los entusiastas de su arte. En esas me hallaba aquel doce de junio, víspera de San Antonio Abad; pues nada más comenzar los preparativos quise iniciarme en los entresijos de técnica tan sorprendente. Debido al natural curioso acumulaba yo fama de muchacho despierto, dado a la historieta y a la fabulación; y revoltoso hasta un milímetro antes de lo intolerable. Nada extraño le resultará al lector que, con todo ese bagaje a mis espaldas, llegado el momento de reclutar colaboradores estuviera un servidor entre los elegidos.

Tanto agradó el ensayo general de la obra a los allí presentes –a los niños los constantes manejos y a los mayores la trama– que el eficiente maestro, don Roque, se comprometió a preparar una versión adecuada a las posibilidades escénicas existentes en el pueblo. Arreglado el drama con esas miras, a su justo tiempo, un mes antes de la festividad de Nuestra Señora de la Antigua, patrona de la localidad, en el salón de baile comenzaron las lecturas del texto. Es necesario decir que por entonces, don Roque y don Jesús, el cura, colaboraban en la formación de un grupo de actores pertenecientes a la Acción Católica; unos cuantos aficionados, chicos y chicas solteros, a punto ellos de ir a la mili o ya vueltos, y una pareja de recién casados, quienes, participando de la afición a las comedias, se hicieron novios por el simple procedimiento de prolongar el primer papel representado: Romeo y Julieta, adaptación *sui generis* del drama de Shakespeare discurrida entre don Roque y ambos protagonistas.

Por mi parte, en cuanto estuve capacitado y hallé oportunidad, busqué naturaleza histórica al romancesco relato de “La Espada Invencida de Bernardo”, encontrando harto ingrata la tarea. Está

claro, a mediados del siglo noveno, cuando parece desarrollarse la trama, no existían los actuales castillos o abadía a los que ella se refiere. Mas, como resulta probado que todo mito participa de una base cierta, es de suponer que la fortificación y el cenobio iniciales -precursores de los ahora alzados- fueran el soporte sólido de la invención. Originada ésta en fuentes diversas, tales como las crónicas árabes, las narraciones cristianas o la erosionada tradición oral; nada impide que se aposenten en su esencia la ambigüedad y la paradoja.

Metido en los estudios que debían hacer de mí un ciudadano libre, respetado y próspero; tuve acceso a libros que trataban algún aspecto relevante de la leyenda, tanto en verso como en prosa. Así que el presente relato es la sumada consecuencia de tales orígenes y el aporte que la fuerza de mi imaginación haya sido capaz de añadir, que no será plumón de ave, supongo. Con todo, siendo el texto presente hijo de cien padres -poetas algunos, historiadores otros y hasta comediógrafos de nombradía- las maneras son las que vi la víspera de San Antonio y el día del Santo en el Patio de Castaño de Valdepero; de eso doy la fe que mi mermada capacidad de evocación admite.

No sólo los cofrades, el pueblo entero andaba metido de lleno en las fiestas: calzadas limpias, balcones adornados, mozos asidos a su condición masculina, muchachas deseosas de agradar, niños incapaces de conservar la quietud más allá de un breve momento, padres desazonados por la estrechez de los zapatos finos y el deficiente anudado de la corbata, madres ocupadas en el adecentamiento de la casa, en la disposición de las blanquísimas mudas y la ropa elegante, en la búsqueda de ingredientes para completar las recetas de un menú extraordinario. Dianas, pasacalles, misa mayor oficiada por varios curas venidos de fuera al olor del lechazo, realzada con la poderosa voz, bronca y firme, de un predicador jesuita, flagelo de los incrédulos y de los tibios de corazón.

A la anochecida, cuando -cresta amoratada, ojos, pico y principio del pescuezo violáceos- exhibían los mozos el trofeo de las cabezas arrancadas a los gallos vivos: trote forzado de las mulas contra las aves aterradas, patas asidas a la soga que de bombilla a bombilla cruzaba la calle; conocida ya la escopeta ganadora del afamado concurso de tiro al pichón: treinta y tres abatidos sin un solo yerro; tras el concurso de arada: surcos trazados con una

cuerda ficticia; a esa hora mágica del anochecer, en el espacio elegido por Teudenio, la verdadera representación de los títeres, formal e íntegra, estaba a punto de comenzar.

Los pequeños errores descubiertos en el ensayo fueron corregidos uno por uno, y las manos de los colaboradores se movían ya con apreciable soltura. Un bullicioso público abarrotaba la plazuela: personas de toda edad y condición. Sentados unos en las sillas traídas de casa, y los más, de pie; habitantes del pueblo y forasteros exteriorizaban su entusiasmo.

Conducida por el ramal del verbo sugerente y acariciador de Teudenio, la imaginación de los espectadores formaba el decorado. Un lienzo blanco, un tafetán rojo y un fieltro verde, manejados con tino, pueden dar sustento o tejado a cientos de historias. Tenía el carro los peones –tanto los de varas como los traseros- bien hincados en tierra, las ruedas trancadas con cantos en forma de cuña y la galga ceñida a más no poder. Los intérpretes, Marina y Teudenio, se situaban dentro del carro fijando los pies en el suelo, ya que las tablas del fondo eran quitadizas. Un tablero no más ancho de un palmo, dispuesto junto al travesaño que une las teleras, hacía las veces de mostrador, territorio donde los muñecos evolucionaban. Las ranuras abiertas a la madera ampliaban los recursos de las manos, permitiendo deslizar el disfraz de las figuras en su constante ir y venir. Eran las voces cosa de los trashumantes, que las modulaban en sus tres registros. La mocita imitaba los diversos matices de las femeninas; quedando las masculinas a cargo del hombre, simulador de la plática sosegada de los ancianos y del parloteo de infantes.

Cuadro Primero

La particular disposición de los recursos sugería el salón principal de un castillo. En lo que debía de ser el sitio del trono, aparecían un rey erguido –cetro y corona definiéndolo- y una joven cabizbaja; a hurtadillas escapaba de la escena por el lado izquierdo el infame acusador de la doncella. Hablaba el narrador con voz pausada, interrumpido por el amargo llanto de la reprendida. Ante la puerta, dos soldados armados de lanzas entrecruzaban sus pasos.

Una palabra clara y profunda, cargada de inflexiones, ponía Teudenio en el relato de la acción desplegada ante los ojos

ávidos. “Muy otra sería la existencia de Ximena de no tener, como tiene, vinculado su destino por parentesco al del Rey de Asturias, Alfonso II el Casto. Hace Alfonso promesa de virginidad en nombre propio y en el de ella, sin buscar su aceptación como parece natural. Insolencia enorme. ¡Ah!, pero su hermosa y discreta hermana, que tal es el grado de consanguinidad existente entre ambos, se enamora de forma impetuosa como las mozas de toda condición suelen hacer cuando les ha sido vedado”.

“Un joven noble, dotado por natura de generoso espíritu y vivo ingenio, el valeroso conde castellano Sancho Díaz de Saldaña - gentil estampa en los salones, airoso a caballo, diestro en el manejo de la espada, fuerte el empuje de su pica, fiel vasallo del rey asturiano- gana la pública amistad y el amor secreto de Ximena. Pasión correspondida, que el fluir del tiempo hace notoria al mostrar la doncella signos evidentes de preñez. Gestación que, a pesar de enraizarse en el amor más puro, mancilla cuando se produce fuera de las uniones que Dios ha bendecido”.

“Abandona la sangre el rostro de Alfonso urgida por el apresurado corazón. En fiero lo convierte la ira: ojos ígneos y un rictus bárbaro en la boca; de modo que mil enemigos huirían de su encolerizada presencia. Oscureciendo ayes y lamentos, las reales órdenes portan una firme voluntad de observancia: Tú, impúdica, acrecerás la menguada virtud en un convento; el Conde, traidor, será preso hasta la muerte; y del bastardo, nacido del pecado, no quedará vestigio que sea nuestro estigma”.

Oyéronse unos golpes secos que bien pudieran ser obra de los soldados del Rey; no obstante, nacían de las cabezadas del asno en la puerta del corral, destinadas a forzarla para alcanzar la hierba. Las afectadas voces de Teudenio y Marina ponían angustia en la actitud de los personajes, y el medido agitar de brazos y cabeza de los muñecos, generaba una tensión que por momentos se iba adueñando del ambiente. Ignorantes de las pasiones que arrastran a los adultos con frecuencia, quedaban los niños en ayunas del argumento, pero al igual que los mayores tenían sus ojos clavados en la acción ocurrida bajo el toldo del carro, imponente castillo de sólidos cimientos y elevadas almenas, poblado por nobles y villanos en forzada armonía.

Emocionado, el imperturbable narrador proseguía el relato: “La desdichada amante, la infeliz enamorada queda recluida en la abadía de Fusiellos; comunidad de linajudas damas, señoras de biografías semejantes a la suya. Sin profesar ni tomar hábito por considerarse esposa, madre sin vástago a quien cuidar, reduce el ocio confeccionando filigranas de encaje, labor apenas estorbada por irreflexivos rezos y hondos suspiros. Como si de indómito enemigo se tratara y metida en fierros estuviera su energía, la custodian media docena de soldados disimulados de labradores”.

Cuadro Segundo.

Aparentaban los trapos del decorado una mazmorra en penumbra. Dentro de la angosta celda, un hombre encadenado se dolía tristemente de su sino. El narrador continuaba la exposición de los hechos, interrumpido a veces por las quejas del confinado; lamentos que el propio Teudenio había de ejecutar mudando la voz resuelta en otra desvalida.

“Tras una defensa infructuosa que da con diez soldados en tierra, el Conde, ignorante de la suerte corrida por su amada, cae en la celada dispuesta por el rey Alfonso. Cargado de grillos y cadenas, la tropa lo conduce a la pétrea fortificación situada a una legua de Palencia, castillo vigilante de la ribera en arco del Carrión, límite elevado de la villa que tomó el nombre de Valdepero en la repoblación reciente”.

En tal momento del pasaje, los espectadores de cualquier edad nacidos en la comarca inflamaban de orgullo su pecho, pues ese Valdepero de la historia no era otro que el nuestro, próximo a Fusiellos, hoy Husillos, mencionado también por Teudenio en su exposición. Yo mismo, que sujetaba un soldado con cada mano, no pude evitar un temblor perceptible, que debió de mostrar a los armados como consumados cobardes.

“En cuanto preso y custodios, tras llegar a la explanada del castillo, suben al ajarafe, cumbre de los recios muros, para leer y oír la sentencia; pide Sancho Díaz su acero, pues desea orar ante la cruz de la empuñadura como tiene por costumbre. Sobre el último amén, bajo la sorprendida mirada de los guerreros, con toda la energía de que es capaz su fuerte brazo, inserta media hoja entre dos piedras sillares bien ajustadas. Violencia sustitutiva, acaso, de la que, en ese momento de cólera inconmensurable, desea descargar sobre el duro corazón del

soberano, tan casto como cruel y tan cruel como casto. Empeño ponen varios soldados en liberarla, y ni juntando sus fuerzas lo consiguen”.

“Recibe el Conde penoso aposento en una mazmorra insalubre y lóbrega, húmedos cimientos de roca viva carentes de los huecos que suelen formar puerta y ventanas; hoyo al que desciende en vilo a través de un pequeño lucernario abierto en el techo. En un capacho de masiegas los carceleros bajan los alimentos y alzan los desperdicios. El sol con sus interrumpidos rayos habla al preso del abreviado día y de la alargada noche, del cielo azul y el nuboso manto, de las estaciones cálidas y frías”.

“Tras el empeño de que nada descubra su origen, bautizan las monjas al recién nacido el día preciso de San Bernardo, dándole ese mismo nombre. Si ha de morir, se dice la madre superiora de la abadía, mejor hacerlo en la condición de cristiano. La hermana tornera, encargada de entregar el infante al verdugo, buscando infundir más énfasis a sus palabras, sugiere que las instrucciones escuetas y precisas transmitidas por ella, provienen de un personaje acostumbrado a ser obedecido de todos sin obligación recíproca. Dócil de suyo la religiosa a más de por los votos profesados, con harto dolor de su corazón entrega la criatura a quien hace en el convento las veces de sacristán, jardinero y hortelano”.

“Mudo de nacimiento, trátase de un sombrío alquimista y astrólogo, intuitivo hasta el punto de armar con escasos detalles conjeturas que al cabo resultan bien ciertas. Sin perder de vista la suposición forjada, tuerce las intenciones homicidas de quien está en situación de imponerlas, señor principal desde luego, puede que el mismísimo Rey. Siguiendo el dictado de su voluntad desafiante, tatúa la divisa regia al recién nacido y lo abandona ante el postigo del castillo de Montesón. Frecuenta esta puerta trasera, según el acertado saber del adivino, la esposa del señor feudal, linajudo caballero temido en los contornos en razón de las frecuentes levas y requisas. Delatan los vagidos la mínima presencia, y Aldonza, la señora, toma al recién nacido a su cuidado. En adelante le procurará atenciones de madre, las mismas que a la pequeña Elvira, su verdadera hija, nacida por entonces”.

Sonreía, cómplice del narrador, la concurrencia; pues el Montesón mentado había de ser por fuerza el pueblo llamado Monzón, sito al norte, en el lado izquierdo de la carretera de Santander. Lo riega el río Carrión fertilizando su vega, y como sólo dista cuatro kilómetros del nuestro, rivalizan ambos en pasadas glorias y hasta en la presente andadura. Posee Monzón de Campos parada del ferrocarril, que a nosotros nos huye a resultas de la irregular geografía; si bien, la fábrica de su castillo actual se muestra pobre comparada con la espléndida del levantado en Valdepero. Sabía Teudenio el efecto de los nombres conocidos, y los citaba con prodigalidad, parsimonia y complacencia.

"Herido en su amor propio, Alfonso II el Casto jura mortificar a los transgresores con el mayor castigo que el rencor puede concebir. Así se las ingenia para que los enamorados se sepan inmediatos, uno cerca del otro sin poder verse ni oírse, ignorando el destino del hijo arrancado del seno materno en el primer sorbo de vida. Consigue el Monarca en demasía su propósito, pues inflamadas las mentes de los confinados hasta límites cercanos a la locura, ansían reunirse, santificar su cariño y dar con el infante destinado por Dios a gobernar varios reinos".

"Ximena, a un tiempo alentada y abatida, confía a las avecillas mensajes tiernos dirigidos al cautivo Conde, al hijo de ambos, vivo si del corazón se fía, muerto si el cerebro impone su opinión. Corcel trabado, el tiempo avanza tardo sobre la desesperación de los amantes, hiriéndolos con el insistente retumbo de sus cascos. Bajo las piedras que asientan la mazmorra, Sancho de Saldaña orada sin descanso un pasadizo. Progresa en dirección a la Abadía, y su visión disminuida por la permanente oscuridad le sirve apenas para conservar la línea recta. Se deba al despertar de la misericordia, a la espera interesada de alguna recompensa o a la sabida ineficacia de su severidad, lo cierto es que se suaviza el rigor de los carceleros y bajan herramientas cuando les son pedidas o izan la tierra resultante junto a los residuos".

"Protegido de la Fortuna personificada en la bienhechora Aldonza, mujer de gran entereza, decidida y juiciosa, dotada por añadidura de un carácter plácido, crece Bernardo feliz, ocupando su tiempo entre los juegos con Elvira a la que sirve de paje y la formación necesaria a todo muchacho. No es de extrañar que, en

tales circunstancias, prenda en los niños una apremiante necesidad de estar juntos y confesarse unas cuitas carentes aún de trascendencia.

Cuadro Tercero

Un campo simulaban los lienzos; llanuras y altozanos se sucedían en sus pliegues. Se perdía en la lejura, delimitada por cuestras casi llanas, la bien imitada vereda de fieltro pardusco; caballeros en briosos corceles de tafetán ceniciento lo recorrían; y proseguía el narrador su discurso entre los ecos de una sombría canción que Marina, la joven huérfana, desgranaba enternecida, metida de lleno en la piel de la infeliz Ximena, dos veces torturada.

“Adolescente despierto e industrioso, crece Bernardo en el castillo de Montesón desconociendo su verdadero origen y el significado del dibujo grabado en la piel. Entre los rígidos ejercicios de adiestramiento y las cuantiosas labores asignadas, va fortaleciendo un amor amparado por Aldonza. Sabe la madre de Elvira que su hija venera a Bernardo. Ojos, manos y suspiros son los encargados del involuntario pregón. Y resulta el mensaje tan nítido e insistente que hasta el padre percibe los destellos. Mas de un corazón inhóspito y egoísta en sumo grado, cabe esperar que pergeñe planes ambiciosos, procurando sumar territorios y mesnadas por medición del pretendiente. Separa a los muchachos como era de temer; da las ordenes precisas para que habiten dependencias alejadas y en las actividades comunes fija su posición de modo que les resulte dificultoso hablarse”.

“Un infierno arde inextinguible en el castillo, y no son los enamorados los únicos dolientes: sufre Aldonza con ellos por partida doble, una por cada amor contrariado. Cierta tarde quieta de primavera, un grupo de jinetes -los apasionados jóvenes, el padre y sus amigos- allá por los campos de Valdespina, trota tras la jauría perseguidora de un jabalí. Una viborilla surge de entre las piedras bajo las mismas herraduras. El corcel de Elvira, desbocado, parte como un rayo hacia un cercano bosquecillo, inicio de un valle húmedo cubierto de pasto. Brinca la cabalgadura para salvar el obstáculo que supone un tronco caído entre peñas, y da con la doncella en blando suelo, suave tierra alfombrada de esponjoso musgo y flores profusamente pigmentadas. A su lado corre Bernardo como el viento, como la sangre llamada por la herida. Reciben sus brazos a la amada y en un beso espontáneo, largo tiempo contenido, sus labios húmedos

devoran a los que se rinden sin lucha. Llega raudo el receloso padre, a tiempo de sorprender la brevedad del dulce galanteo, y a latigazos rompe la armonía de la composición pictórica. Sucede en ese instante tan rico en emociones contrapuestas: Bernardo es expulsado del castillo como Adán lo fue del Paraíso, y acaso por motivos coincidentes: la trasgresión, el avance de la voluntad rebelde a través de espacios prohibidos".

“Desde la mazmorra de Valdepero se prolonga, largo y oscuro, el estrecho túnel excavado por la esperanza nacida de la desesperación. Avanza a duras penas descubriendo las raíces hondas de los árboles, rompiendo terrenos densos trabados de rocas. De quererlo, el Conde podría liberarse; pero dirige el túnel hacia Fusiellos: ansía oír, sentir a Ximena. Sabe que si huyera, el ejército al completo, una patrulla desorientada y hasta un solo escudero inhábil prenderían a un vagabundo casi ciego. Ximena intuye la cercanía que el corazón avisa, y escucha en silencio, durante largos ratos de atroz monotonía, el golpeteo de la azada y unos pasos imposibles”.

Descubría la historieta el origen de un antiguo mito, referido por los abuelos de la comarca a sus nietos: unen sendos conductos el castillo de Valdepero con el de Monzón y la Iglesia de Husillos. Un murmullo entrecortado de exclamaciones suspendió el relato un instante, pues Teudenio hizo un alto en el camino, parada momentánea, ya que aún quedaba mucho texto.

“Humanitario y culto, el abad acoge en el monasterio de Lebanza al joven Bernardo, viajero sin rumbo que cruza los espacios más ásperos de su existencia. En efecto, separado de Elvira por la fuerza, marcha sin gobierno con los pies y el corazón llagados. Escuela de altas enseñanzas, internado de nobles herederos: Filosofía, Retórica, Teología y Ciencias Naturales son allí afán cotidiano. Sin efectuar ningún pago ni trabajo servil que compense el trato recibido, permanece Bernardo los años precisos para que su ingenio bien dotado fructifique. Perfecciona el arte de la espada, con la lanza es hábil hasta extremos infrecuentes, adquiere los modales que todo caballero debe presentar ante la corte y notables conocimientos en materias principales”.

“Estimándose digno de Elvira a pesar del enigma de su origen, regresa Bernardo al castillo de Montesón. Allí la desgracia ha

tomado la fortaleza y Aldonza naufraga en un mar de lágrimas. Su marido, acusado de felonía por un brioso conde leonés, no encuentra paladín para el juicio de Dios. Pálida y delgada, Elvira suplica asistencia a Bernardo, que no puede ser armado caballero. Cree Aldonza llegado el momento de anunciar la regia estirpe de su antiguo acogido, acreditada por los signos grabados en el hombro. Hizo la mujer averiguaciones que desde la Abadía de Fusiellos la llevaron a la corte del rey Alfonso. Se ensancha el corazón de Bernardo cuando ve el blasón íntegro del escudo - réplica del dibujo tatuado en la piel curtida- azor en campo de gules sobre una mano inmaculada de mujer. El Señor del castillo, siguiendo la fórmula de la arcana ceremonia, en uso de sus prerrogativas le nombra Caballero del Azor. Dispuesto a defender a quien a su felicidad se opuso, azote de su pubertad enamorada, desdeña Bernardo el peligro desgajado de la acción: su casto tío conocerá que vive, y de nuevo intentará perderlo.”

Al llegar a este punto se oyó un rechinar de hierros, roce y golpeteo que bien pudieran anunciar el encontronazo sufrido por lanzas y armaduras si no fuera su razón la que fue. El codicioso asno acababa de romper con su propia industria el alambre que sujetaba la puerta del corralillo, y forzaba ésta para entrar, sin que supusieran obstáculo calificado para detenerlo ni frenarlo, los chirridos nacidos de los herrumbrosos goznes. Para sí tomó Marina enseñanza del imitado fragor atribuido a Teudenio. Por el contrario, el hombre admiróse de lo bien que la joven simulaba el ruido conveniente; y prosiguió la narración procurando mayor énfasis.

“Lanza indoblegable, espada de imparable acometida, vence Bernardo en el duelo lavando el reducido honor del esposo de Aldonza, padre de su amada, señor del abuso y del castigo, infortunio de la gente campesina. Elvira desea darse por entero a Bernardo; él lo sabe y ansía recibirla; y quien posee la potestad de interponerse, forzado por las circunstancias, no se interpone. Pero antes de llevar el amor a feliz término, la nobleza de su sangre exige al muchacho aceptar su propio sino. Debe presentarse ante el Rey Casto, poner brazo y espada a su servicio, solicitar licencia para desposarse y liberar al Conde Sancho de Saldaña y a la Infanta Ximena. Nada emprenderá hasta verlos unidos para siempre en matrimonio, hasta dejar de ser bastardo”.

Cuadro Cuarto

Se repetía el palatino decorado inicial. Mostrábase el muñeco que hacía las veces de monarca, y en su presencia un caballero se postraba de hinojos mientras otros nobles atendían reverentes su parlamento. La narración iba adquiriendo por momentos un tono dramático, en claro contraste con lo sucedido en el escenario. Marina, la pupila de Teudenio, comenzaba a emocionarse. La ocurría con frecuencia: tomaba el alma de los personajes representados –Ximena, Elvira, Aldonza y varias monjas en aquella obrita- y pasaba sin ningún lenitivo por sus mismos padecimientos.

“Bernardo no desea hincarse de rodillas ante Alfonso, su Señor, sin portar alguna ofrenda de relieve y magnitud apropiados; poco diría de su liberalidad, inclusive de su nobleza, el gesto de acudir a la audiencia real con las manos vacías. Le entregará un presente, piensa, digno de un Príncipe tan elevado que lo posee todo en considerable cuantía y de suma calidad. Despierta en aquellas fechas la adormilada guerra contra los seculares enemigos del reino, y Bernardo se incorpora a la disputa. Merced a la fortaleza de su perseverante brazo y al ingenio de su mente serena, conquista y ocupa nuevas comarcas formando con ellas escabel para el excelso Soberano. Mas el Rey, que por casto no tiene descendencia, temeroso del derecho al trono que asiste a su sobrino, pospone una y cien veces la entrega de su enclaustrada hermana y del Conde preso, retrasando en consecuencia el sacramento que pondrá término a su deshonrosa bastardía”.

“Durante meses permanece en erupción el volcán ardiente de la lucha, con suerte desapareja la contienda se prolonga más allá de un año; y el propio Rey, buscando inclinar a su favor la equilibrada balanza, se suma a la vanguardia asistido por los caballeros más capacitados. En el fragor de la batalla, cuando se combate cuerpo a cuerpo, Bernardo descubre al monarca - penacho de plumas, armadura resplandeciente- descabalgado en medio de enemigos; y en espontánea reacción le cede su caballo, salvándolo de una muerte cierta”.

“Alcanzados los objetivos marciales, llevada la paz a los calcinados campos de labor, a los cadáveres mellados, al dolor asentado en los hospitales de campaña, a las derruidas fortalezas, a las aldeas arrasadas y a la gente harta de sufrir privaciones; en pago de tan demostrada fidelidad, de tanto arrojo, el Rey entrega

a Bernardo la heredad del Carpio y el título de Señor. No obstante, apoyado en fútiles reparos, incumple una vez más su regia promesa; palabra de rey que asegura la inmediata redención de Sancho de Saldaña y Ximena de Asturias -Castillo de Valdepero, Abadía de Fusiellos- y la celebración inmediata de las ansiadas nupcias, redentoras de la ilegitimidad filial, impedimento de importancia para un noble que pretende el trono alegando derechos de sangre”.

Con todo, es posible mantener viva la esperanza, porque si oponemos a un corazón pétreo semejante al del Rey Alfonso, una voluntad de bronce como la del Señor del Carpio, conoceremos que, en los más de los casos, vence la tenacidad imperturbable de quien sabe que los senderos de la vida con frecuencia atraviesan angosturas. De todos es sabido: el impertérrito tesón, el indefinido golpear del martillo sobre el yunque, noventa de cada cien veces, se acaban imponiendo”.

“En audiencia carente de aderezos revela el Casto la razón de su pureza, y Bernardo, sirviéndose de una sola mirada, calibra la impalpable solidez del estímulo secreto, firme impulsor de las acciones todas de Alfonso. La continencia carnal tiene un sentido práctico, y en ese instante alcanza el punto adecuado de temperatura y la presión idónea para ser expuesto al sobrino, que sufre un profundo desengaño, porque, mostrado, resulta que no es simple devoción como pensaba”.

“Persigue recompensa el Rey, y la quiere, falto de la capacidad de espera de los eremitas y de las mujeres piadosas, en este mundo imperfecto, valle de ardientes pasiones apagadas por las copiosas lágrimas vertidas. Pretende su ambición el Sagrado Vaso, continente de la sangre recogida por José de Arimatea, de aquella fuente abierta a lanzadas en el divino costado. Jesús de Nazaret, verdadero Dios hecho hombre, rodeado de Apóstoles, la víspera de su anunciada muerte bebió en él, escanciada por el Padre, la pasión salvadora de la humanidad completa: hombres de todas las razas y credos, de todas las épocas y lugares, de toda condición. Conoció Alfonso la existencia del Santo Recipiente y al instante quiso poseerlo. Inquirió a sacerdotes y alquimistas, escarbó en antiguos códigos, leyó el relato de fracasados intentos, testimonio fiel de las andanzas de algunos osados que se hallaban a las puertas del hallazgo cuando la muerte les arrebató la vida; y en su cabeza fue dando cuerpo a una hipótesis que adquiriría visos

de realidad. Descubierta ya el sepulcro de Santiago Apóstol, la búsqueda del Santo Grial parecía la más encumbrada de las empresas, dignas de un dignatario como él, distinguido por el Altísimo. Casto se quiere a sí mismo el Rey, porque si estuviera en los designios de Dios la entrega a los humanos del Vaso, de su milagroso influjo, sólo lo daría a un hombre de castidad sin mácula, portador de una tersura de alma cuasi infantil, recto de intenciones, carente de apetitos egoístas”.

“Incierta aventura a la que desea dar principio, aun sabiendo que la indagación puede resultar infructuosa y volverse contra quien puso tanta osadía en abrir el misterio, si por cualquier motivo impenetrable no entrara en los planes divinos revelarlo. Por razón de semejante peso encomienda a Bernardo la dura tarea; quiere hacer del sobrino la inmutable prolongación de su propio afán, el brazo armado, lanza y espada que el Cuenco Sacrosanto conquisten: divino talismán, refugio seguro y herramienta efectiva. Uno serán ambos, pureza y bravura unidas, prestos a separarse si las circunstancias así lo aconsejaran. Con el Grial, el poder omnímodo; la gloria con el Grial, la liberación y la perpetuación del reino; la unión con otros feudos que ofrezcan fortaleza. Con el Grial, aliado del Gran Carlos en la Gran Europa”.

Cuadro Quinto

Tornó el escenario a representar un campo transitado por caballeros, aunque quizá la geografía fuera en aquel preciso momento más inhóspita: picos y hondonadas formaban los pliegues de las telas, pasajes estrechos muy propios para la emboscada, fáciles para el paso encubierto de cualquier cauteloso furtivo. Se daba un tono de misterio en la voz de Teudenio, que seguía narrando la aventura sin que su voluntad de perfección decayera.

Debo advertir al lector, que el pasaje completo de la búsqueda del Grial, emprendida por el protagonista a instancias de su tío, no se trataba en la obrita del titiritero y la niña; acaso tampoco tenga su raíz en los textos leídos más tarde –dramas, epopeyas- y haya que buscarle manantial en el que mi imaginación presta a historias tanto o más descabelladas. Prevenido queda el lector, así que prosigo sin prejuicios ni reserva.

“Cerca de un año camina Bernardo hacia el Oriente, acompañado de dos nobles escogidos por Alfonso de entre sus paladines; caballeros cumplidos que de valor habían dado cuantiosas muestras. Leales al Rey y a quien el monarca señale, ponen en peligro su vida protegiendo la de Bernardo en trances difíciles. Discretos hasta forzar los límites de la naturaleza humana -oído cerrado y lengua muda- marchan sin saber el porqué de la exploración callada y sin querer saberlo. Paso a paso se acercan al horizonte por donde nace el Sol, imán de los desorientados; un día es Pompeya el destino, luego Eleuxis y el misterioso Kernos, y más tarde el Trono de los Arcos. Por la mañana persiguen una Copa, al medio día un Caldero y en la anochecida una Bandeja. Perecen los caballos al subir cuevas empinadas, al vadear ríos agujereados de remolinos, víctimas de la emboscada de la nieve y los alfanjes, de la extrema sed que portan los ardientes vientos del desierto cargados de tamizada arena”.

“Llegado a Tierra Santa, medio año emplea Bernardo en la averiguación del enigma. Descubre huellas de expediciones memorables, corrige las numerosas inexactitudes de los mapas, penetra en las memorias olvidadizas de ancianos a punto de devolver su espíritu al Creador, estudia legajos reservados a instruidos en doctrinas herméticas, desvela secretos escondidos en oscuras covachas por sus depositarios y desciende a criptas funerarias donde yacen héroes descalabrados junto a valiosos objetos y sus armas rendidas; y en el postrero de esos trajines mueren los nobles caballeros a manos de saqueadores. Queda solo el sobrino de Alfonso, en efecto; pero los jirones de verdad, la minúscula evidencia y los indicios palpables, unidos de forma precisa, interpretados de manera eficaz, forman una flecha cuya punta manifiesta el sentido de la búsqueda. La prolongada peripecia que la ilusión acorta y el desengaño alarga, le va acercando palmo a palmo al Cáliz, lo aleja legua a legua. Oraciones reforzadas con dádivas generosas lo sitúan por fin en las proximidades, entregándole, cuando la esperanza se reduce ya a la puesta por la superstición en el azar, el ópalo y el oro hermanados, materia de la Venerable Copa. Ilustran su exterior, grabadas por una mano dominadora del oficio, algunas escenas vividas por el Héroe de la Cruz, a quien el Padre confirió la facultad de trocar en respetado trono el leño del patíbulo. Un claror sobrenatural la hace inconfundible; un prodigioso resplandor derivado de su esencia, que sólo las miradas limpias perciben y descifran”.

“Ocho meses ocupa el regreso de Bernardo, restados en su integridad al reducido tiempo favorable, al delgado lapso que conserva sobre el yunque la incandescencia del hierro sujeto el imperio del martillo. Ida, búsqueda y retorno: considerable rezago en la empresa de unir a sus padres, en la grata ocupación de hacer feliz a la adorada Elvira, la novia más paciente que la reata de siglos ha entregado a la memoria. La travesía, orientada por lugares donde la lucha supone una dificultad constante, resulta enmarañada. Recurre a lanzas, a espadas mercenarias, ignorantes del tesoro protegido; y se ve envuelto en batallas de una guerra intermitente, que viene del temprano despertar de la ambición humana y llegará, es muy probable, hasta el final de las personas. Dificultad incrementada por el miedo al deterioro, a la pérdida y al robo del Preciado Cuenco que integra su fortuna. Señor de los señores, potencia de potencias, Alfonso II el Casto, rey y tío, en pago de tan elevado servicio procurará a Bernardo bienes innúmeros: la redención del pecado original que tanto le importuna, el abrazo enamorado de Elvira, hijos que vayan más allá que él, el propio Reino y la inmortalidad de sus hazañas cantadas por inspirados trovadores”.

Cuadro Sexto

Por la forma de ambientar la parte trasera del carro, cualquiera de los presentes en el Patio de Castaño podía entender que la acción iba a desarrollarse de nuevo en un castillo. Tiñóse el relato de tonos lóbregos, y las voces resonaron entre solemnes y apesadumbradas. Teudenio ponía una vez más al servicio del texto toda su capacidad de recrear ambientes de incertidumbre y sospecha, consiguiendo que mayores y pequeños estuvieran muy atentos a las palabras surgidas de su boca y a los movimientos provocados en los muñecos por sus habilidosas manos. Marina, la niña huérfana, haciendo suyas las emociones de los personajes, contribuyó a la perfecta dramatización. Yo estuve mirando de reojo a la encantadora muchacha durante toda la obra, recuerdo, atraído por la armonía de su rostro y la gracia de sus animaciones, admirador en cualquier caso de la perfecta ejecución del papel encomendado.

“Ya en Europa, cuando, la parte más dificultosa de la ruta ha sido superada, Bernardo disminuye las precauciones y en una noche sin luna, mientras duerme, le despojan del Grial. Los mentidos mercenarios de su escolta, dóciles a señor principal atraído por el

Vaso al igual que el Rey de Asturias, se lo arrancan del lugar oculto entre las ropas en que lo cosió a salvo de testigos. Abandonado a su suerte lo dejan; quebrada la lanza y espantado el corcel que debía devolverlo a sus ineludibles compromisos”.

“Nuevas pruebas de ingenio y tenacidad hubo de dar Bernardo para salir con bien y en tiempo breve del aprieto; las dio muy suyas, y tras visitar a Elvira, criatura asentada en su pensamiento íntimo, puede relatar al Soberano, sin añadir ni quitar hierro, los momentos dispares del milagroso hallazgo y del extraño robo. A estorbo del Cielo atribuye Alfonso el fracaso de la expedición: el verdadero Dios condena los sueños imperiales, la soberbia que empuja a los excesos. Recibe Alfonso a Bernardo con ceremonial de Príncipe; y admite que el esfuerzo, baldío a pesar de los pesares, debe ser premiado. Está en deuda con Bernardo, sangre de su sangre, y desvelándole los lugares donde tan próximos y tan alejados han pasado sus padres cinco lustros, cumple al cabo la promesa mil veces quebrantada”.

“En el salón del trono del castillo de Valdepero, el Conde don Sancho Díaz de Saldaña, revestido con sus signos de poder, ocupa el sitio de honor cuando Bernardo llega a besarle por primera vez la mano. Al fin padre e hijo frente a frente: una vida entera que decirse, todos los sentimientos que expresarse. La fría piel de las manos y del rostro, los cerrados ojos ciegos, la ausencia de aliento cálido, el color descolorido, macilento; le dicen, uno a uno y en conjunto, que su padre no es un hombre, que su progenitor es ya un cadáver y el cuerpo abrazado es el de un muerto. Y el mundo con sus montañas, llanuras, ríos, mares, precipicios, se le viene encima en un instante, espalda insuficiente, aplastándolo. Abre el odio acumulado la espita de su corazón magnánimo, y colma una escudilla hasta los bordes. El execrable proceder del Rey Alfonso con el hijo de su hermana, su único heredero, desborda el recipiente al añadir esta nueva felonía, que el género humano, por nueva y espantosa, aún no ha dado nombre”.

“Enérgico y sensato, Bernardo domina la cólera y reacciona con presteza. Va a Fusiellos, se dirige a la Abadía, abraza a su madre confundida y sin dar tiempo a las palabras –preguntas y respuestas miles- vuelve con ella hasta el Castillo. Junta las manos de los responsables de su vida: la mano amada, fría, deseada; mano muerta de amado ya extinguido, de anhelo

vulnerado; y la mano amante, enamorada, trémula, entregada: nieve y sol fundidos. Y sin tiempo para ceremonias más prolijas, Bernardo de El Carpio, Caballero del Azor, en el salón del Trono del Castillo de Valdepero; con ayuda de un anciano sacerdote de cansadas pupilas, los declara, Conde Sancho Díaz de Saldaña y Ximena de Asturias, ante el Cielo y la Tierra eternamente unidos en santo matrimonio. Dura la ceremonia un lapso mínimo y en él se da la mutación, porque el bastardo, dejando de serlo, se convierte en legítimo heredero. Nada ni nadie se interpondrá en su camino hacia el regio trono y el amor de Elvira”.

“Entendiéndose dueño o porque asume el altruista compromiso, con sobrehumana pujanza que apenas se percibe, Bernardo arranca de la dura piedra el acero que su padre clavó con tanta saña. Sabida y celebrada durante décadas como la Espada del Reino, ante ella naufragaron orgullo y ambiciones. Y los soldados que montan guardia, los que la han rendido y los que esperan formarla; vitorean al príncipe heredero de Asturias y Cantabria, de Galicia, de León y de Castilla. Bernardo, erguido sobre la alta torre, levanta hacia al sol el brazo fuerte, y en su puño de hierro se asienta firme la férrea empuñadura de la espada. La cruz invertida se eleva en la finita vertical de su hoja destellante, hasta tocar con la afilada punta los primeros pliegues del más cercano de los siete cielos. Es de rabia el rayo reflejado, forja y temple, y reclama ir contra el Rey y conducir sin sentimiento la venganza. A la Corte irá secundado por cientos de voluntarios, acaso miles; surgidos de todas las aldeas, de todos los campos de labor, de todas las majadas. Pero antes ha de disponer las paternas exequias con la dignidad máxima que las circunstancias consienten, y dejar a su madre, una infanta Ximena encanecida, en el castillo de Montesón al cuidado de la amada”.

Cuadro Séptimo

De nuevo el escenario mostraba un terreno abierto, valles pronunciados, abruptas montañas, algún llano. Por esos pagos trotaban ordenados los caballeros que luego se agitarían en batalla confusa. Diez manos hicieron falta, y los chiquillos llamados por Teudeno aceptaron el encargo agradecidos. El dramatismo del texto interpretado por el narrador llegó a su clímax; quejas y gemidos penetraban en los abiertos corazones y Marina no pudo remediar que el sentimiento dominase su estremecida voz. Entre tanto, yo, el chaval travieso y rebelde que

llamaban Pedro Demonio los vecinos, motor del caballo de Bernardo, cabrioleé sin descanso para enamorar a la bella niña en el papel de Elvira.

“El célibe Rey de los Astures, tras la idea de la unión de reinos que más fuertes los haga, pretende unir los suyos al Poder incardinado en hombre, a Carlomagno. En la Corte tantean la amenaza que llega a villas y heredades; de modo que pueblo y nobles reciben a Bernardo con honores que sólo a los reyes se dispensan. Una vez más el corazón sangrante y la cabeza gélida se baten en duelo; y los dos caballos de siempre, albo el de la derecha, el de la izquierda oscuro, arrancando raudos en sentido opuesto, tiran de los miembros doloridos. Tiene a su alcance la dicha que le debe a Elvira, el dulce trago del amargo desquite y la llamada angustiada de la patria. Por encima de los domésticos temores, sobre el lamento de las pretensiones personales, destaca clamoroso el crecido rumor de las armas invasoras: la Batalla de los Siglos, Roncesvalles, lo reclama”.

“Allí la hecatombe se avecina. Los esforzados brazos de la granada Europa portan sus armas más preciadas. Allí, Durandal; allí, la Espada del Reino liberada de la piedra, castillo de Valdepero; allí, el fragor de la lucha encarnizada. Nervio y sangre; hostiles los metales, los miembros, los huesos que soportan los sensibles tejidos de los cuerpos, los gritos que desgarran las gargantas y las testas cercenadas. Caen soldados a los pies de los caballos. Ruedan por los suelos, sin alma, paladines. Los Doce Pares, caen. Cae Roldán, protegido de los dioses, a manos del Caballero del Azor, Señor del Carpio. Y a manos de Roldán, cae Bernardo”.

Conclusión

En tan dramático momento, entre aplausos de inquietos chiquillos y emocionados adultos, bajaba el telón, que no era pieza distinta de la cortina encargada de oscurecer el interior del carro desde la trasera. Los peones de las varas y los situados atrás, dos a cada lado, permanecían hincados en tierra aunque algo inclinados hacia el exterior debido al continuo ajeteo soportado. Marina y Teudeno, partiendo de la espalda de los espectadores, en línea casi con la calle Mayor, los abordaban presentándoles las cestillas de la colecta en el momento idóneo. Con todo, se daban casos de mayores que echaban una perra

gorda y de niños que habiéndose gastado la propina entregaban canicas o tabas. El jumento, de alzada considerable y cano hasta la última cerda, salía del corralito lamiéndose los belfos oscuros con su lengua rosada. Algunas mujeres, seguidas por sus vástagos, iniciaban el regreso a casa portando las sillas utilizadas durante la función; otras se quedaban comentando lo visto y oído.

Es tan pródiga la literatura universal en personajes contrariados, que resulta atrevido situar en el pináculo de la malaventura al encarnado por Elvira, castellana de Monzón y perpetua prometida de Bernardo. Son tantos los héroes sufridos, creados por autores de dramas y tragedias, que acaso sea sólo uno entre ellos Bernardo, noble sobrino del rey Alfonso, quien situó los intereses patrios, las guerreras obligaciones, las caballerescas causas y los deberes filiales por delante de su propia felicidad, cifrada en desposar a Elvira, la mujer amada, para vivir a su lado educando en las buenas costumbres a los hijos.

Las dos noches memorables en las que la obra fue representada por completo y profusamente aplaudida –no cuenta el ensayo previo de la víspera de San Antonio- colaboré con Marina y su protector; y en ambas ocasiones, al producirse la muerte del héroe, mis ojos se anegaron en lágrimas. No es de extrañar, por ello, que pasados los años, convertido yo en un hombre entero y verdadero, siga llevando impresa en mi memoria la leyenda de “La espada invencida de Bernardo”, tal como la refería el titiritero y juglar que llevaba por nombre, sacado de algún libro, el de Teudeno.

Semanas después, meses inclusive, llamados por la voluntad o presentados de forma espontánea, repetía yo de memoria párrafos enteros del texto escuchado. En cuanto me acostaba, a oscuras y en silencio, transformábame en el animoso Bernardo de El Carpio y emprendía en mi mente aventuras sin cuento impulsado por el amor de Elvira. Regresaba de las campañas cargado de gloria, y con mi amada, ya esposa, me retiraba al campo sin esperar recompensa alguna del Rey. En una aldea elevada sobre los suaves valles de El Cerrato o asentada en la llanura de Tierra de Campos, donde ni el honor ni la hidalguía nos pedían cuentas que no quisiéramos rendir, vivíamos en armonía vecinal vigilantes del libre desarrollo de nuestros hijos. Es cierto, el rostro de mi amada en los recurrentes sueños, coincidía a la perfección con el de la bella muchacha de trenzas rubias, mejillas

rosadas y ojos vivarachos llamada Marina, que prestaba a Elvira la voz y el movimiento en la mentida historia. Rostro amigo el de la huérfana, que en los días de mayor aflicción resultó ser bálsamo para mis magulladuras, frágil divinidad a quien pedía ayuda en las dificultades.

Me he preguntado muchas veces durante estos años si tenían un perro los cómicos; y no lo recuerdo. Un chucho callejero de esos que comen lo que encuentran al paso y, sin embargo, son fieles al dueño hasta la muerte de uno de los dos. Un can resistente a las enfermedades, del tamaño preciso para infundir respeto sin provocar temor, agrisado con algún corro negro o marrón oscuro, capaz de pasar inadvertido en cualquier paisaje campestre. Puede que tuvieran un perro así, de esos que no llaman la atención de nadie porque apenas ladran; pero no me acuerdo.

4-En el siglo XVIII “El oro escondido de las brujas” leyenda de “La musa de Picasso”

Pongo por testigo acreditado de lo que a continuación relato, a Pedro de Castañeda y Ortega, marqués de Peñaserrada, quien no me desmentirá, si -fuentes inadecuadas o torcedura de la intuición- algún error se colara en estas páginas, porque Pedro de Castañeda, de natural indulgente, se fue de este mundo desajustado hace mucho tiempo. Nació en Madrid durante el año de gracia de 1691, en el seno de una familia de tan buena disposición hacia el infante, que le hizo caballero de la Orden de Calatrava a la tierna edad de siete años. Ya mozo, tras diversos amoríos de adiestramiento, casó con doña Micaela Quiroga, a quien no logró dar la descendencia deseada. Su primer empleo público fue el de Gobernador, que no es mal inicio; ocupó más tarde diversos puestos de Corregidor y alcanzó la cúspide de su brillante carrera de mandatario, reinando ya Fernando VI, al ser nombrado Intendente de la provincia de Palencia con un sueldo de treinta mil reales de vellón.

Al juicio de tan singular personaje me someto, porque fue él, quien, en el desempeño del cargo, eligió la villa de Valdepero – territorio del cuento- para llevar a cabo la llamada Operación Piloto, inicio y ejemplo del Mapa o Estado Provincial, según lo estipulado por la Real Junta de Única Contribución. El día 11 de abril de 1750, rodeado de escribientes y contadores, llegó el alto funcionario al municipio, y durante seis meses cabales -alojado en “La Heredad” por deferencia de los dueños- estuvo ligado al Señorío. El 4 de noviembre remitió la documentación concluyente a la Junta –un primor formal en opinión del marqués de Puertonuevo, juntero designado para el estudio de las veintidós operaciones piloto- y sirviéndose de la experiencia adquirida, continuó, pueblo a pueblo, inventariando la alargada provincia al completo, parte de una obra ingente que afectaba a las circunscripciones provinciales de la antigua Corona de Castilla. Proyecto de tan vastas dimensiones, fue conocido como el Catastro de Ensenada, título del marqués que lo impulsó, poderoso ministro del rey Fernando.

Por aquel remoto entonces era Valdepero un Señorío perteneciente a la duquesa de Alba y condesa de Monterrey. Municipio mediano que, sin embargo, por derecho comprado a la Real Hacienda un siglo antes, percibía las alcabalas y los censos. Habitaban el término ciento cincuenta vecinos y lo servían dos alcaldes ordinarios, un alguacil, dos regidores, un procurador síndico, un cirujano, un maestro de primeras letras, seis clérigos y un escribano. Salvo, don Fausto, terrateniente dueño de La Heredad, que residía en Palencia dedicado a la política, los demás -labradores de tierras propias, aparceros, ganaderos, pastores, hilanderas y jornaleros- vivían del trabajo de sus manos. Los pobres de solemnidad se arreglaban con los frutos silvestres hallados en el campo, algo de caza y pesca, las dádivas de los caritativos y los animales muertos por la peste, abundantes según lo escuchado a quienes lo escucharon.

Formaban el caserío del municipio ciento cincuenta y cuatro viviendas –piedra sola o sustentando adobe, tapial de arcilla, cantos y paja; teja ideada por los árabes- a las que se deben sumar los telares, los corrales y tenadas de las rondas donde se guarecían las ovejas, el castillo y la iglesia, enormes; dos ermitas, tres mesones, abacería, taberna, pósito y hospital. Imagino las calles cubiertas de polvo o alfombradas de barro, sequía prolongada y algún que otro diluvio; gallinas escarbando en ellas, mocosos metidos de lleno en sus juegos, perros, gatos, pardales y golondrinas. Al campo labrantío lo complementaban dos grandes encinares y una arboleda situada junto al pueblo, una mina de plata escasa de mineral, tres yeseras y ocho colmenares; amén de los apriscos del páramo, el despoblado de Palazuelos y los prados comuniegos de Villazalama, cuyos pastos compartían las cabañas ovinas de Valdepero y Husillos. Pasaba por el pueblo el Camino Real de Cantabria, vía de unión con Palencia y Monzón; y de la Villa partían los caminos de Husillos, Valdespina, Villagimena, Villalobón y numerosas veredas y carriles que llegaban a cualquier pago o terreno de labor.

Escopetazo oído al caer la tarde sosegada y plácida, campanada en la noche dormida; ese efecto causan el intendente y su séquito cuando llegan al Municipio. Bandos y pregones, interpretados por rumores contradictorios, agitan las almas dentro de los cuerpos, lo mismo en campo abierto que bajo techado. La unidad catastral y cada uno de los sujetos del censo -términos oídos por vez primera al alguacil- ya pertenezcan al nutrido estado general

–escasean los nobles- o al eclesiástico, no caben en su envoltorio: muralla, ropilla de estameña o sotana. El memorial, encabezado por los datos personales y familiares, consiste en una relación pormenorizada de todos los bienes, rentas, derechos y cargas; lista de propiedades y beneficios que debe ir firmada bajo juramento al entregarla a los responsables del catastro. “La que se nos viene encima”: se oyen decir unos a otros. Errores de interpretación, muda en el orden, tergiversación de los conceptos, tachaduras, correcciones, ilegibilidad de la letra: obligan a la mejora mediante la repetición.

Avanza decidido el Siglo de las Luces -está a punto de eclosionar el huevo de La Enciclopedia- y la Inquisición le sujeta la capa con toda su fuerza de agarre para mantenerlo en la oscuridad. Ocurre la acción ideada en Valdepero, mediado ya el contradictorio siglo XVIII. Tomando el camino de Husillos, tras las últimas tapias, avanzando acaso una treintena de estadales, situada a la derecha, se encuentra la arboleda –casi veinte aranzadas- mencionada en el memorial de La Heredad. Álamos en su mayoría, aceptan otras variedades sin recelo: copas altas o derramadas y múltiples arbustos mezclándose con ellos. Grupos tupidos suceden a ejemplares dispersos, y al inicio de una leve ladera, rodeada de las agujas góticas de los chopos erguidos y de encrespadas zarzas de endrinas, semioculta, se alza una vivienda cercada que un día fue refugio de leñadores y hoy habitan dos mujeres solas: breves muros de piedra y la cortina protectora de las tapias circundantes.

Callaba mi boca para no alarmarla, madre; pero el pueblo anda revuelto y la inquietud va a más. Han llegado funcionarios de alto copete con la intención de hacer un inventario de las propiedades tangibles e intangibles, y los vecinos han de calibrar el grado de pobreza y de resignación en que viven, cifrarlo, escribirlo y refrendarlo con una rúbrica que vale lo que el honor de cada uno. Quién iba a pensar que donde no llega la mano dispensera del Rey, llegara la recaudadora; entramos en tiempos movidos. Hemos de declarar la vivienda y el exiguo terreno cercado; eso si el señor de la Heredad no los registra como propios, que todo cabe en su voluntad voluble. Añadiremos los enseres del hogar, las ramas secas que el viento desprende de los árboles, el manantial y el arroyo, la burrita y sus alforjas. Y puestas a decir la verdad, digámosla entera: las primorosas mañanas de abril y las noches de agosto, refrescantes; los

animales que pueblan la arboleda y el campo íntegro, pájaros y liebres; las laderas del páramo con sus hierbas aromáticas y los reflejos irisados del mineral de yeso. Lo que no es de nadie es nuestro, porque sabemos aprovecharlo sin mermar su esencia.

Sale esa voz de los primorosos labios de una de las dos mujeres de la casa, la más joven; costurera que permanece sentada en una silla de patas muy cortas y se ocupa en el añadido de una cenefa a una sábana de lienzo curado. Es bella, facciones suaves de una perfección sólo vista en algunas pinturas sagradas en las que aparecen vírgenes. Nariz proporcionada al óvalo de la cara, frente espaciosa, ojos abiertos a la vida, finísimos cabellos descendiendo en cascada sobre los hombros. Al andar se cimbrera su cuerpo espigado: cabeza, tronco y extremidades armonizados por un resorte interior. Se llama Marcela, cuenta treinta y tres años y su aspecto de fruta jugosa, madurada a la intemperie del campo, le viene de la vida silvestre que lleva. No ha conocido a su padre y se tiene por hija de quien, a unos pasos, agita el líquido de un caldero sometido al fuego activo, la vieja Leonarda: joven y hermosa no hace tanto y hoy sexagenaria: arrugas surcando el rostro en opuestas vertientes, un semblante que conserva restos del pasado esplendor.

Recoge la mujer mayor su pelo gris en forma de moño, viste ropas amplias de tonos oscuros y posee unas manos largas, inquietas, hechas a dar explicaciones, a reforzar la acción de las palabras. Para que su figura sea la de una anciana prematura, la espalda se ve un poquito arqueada. Ha debido de ser muy enérgica, y una gavilla de nervios también; porque aún alcanza al tiempo en su avance. Leonarda, la madre, es dueña de una biografía que de ser conocida algún escritor dejaría reseñada en un libro para conocimiento general. Asegura haber parido a Marcela, la mujer deseable, la mujer deseada, aunque del padre no menciona detalle que lleve a la identificación. Parece ser el asunto un secreto que no está dispuesta a desvelar, nada pecaminoso sin duda, dada la limpieza de su corazón; años lleva la hija intentando descubrirlo sin resultado práctico.

-La cordura habla por tu boca, hija mía; confiando en que el registro otorgue fuerza de título a lo registrado, declararemos nuestras exiguas propiedades. A más de la casa y lo contenido en ella, la poca tierra anexa y las tres prerrogativas que la proporcionan su verdadera utilidad. El derecho de paso desde el

camino de Husillos, el derecho a tomar del manantial el agua precisa para los usos domésticos y el derecho a aprovechar como leña las ramas secas desprendidas de los árboles. De ese modo, si don Fausto, actual señor de la Heredad, olvidara el legado de su padre, reseñado en el testamento que le hace a él heredero, tendremos un agarre más al que asirnos. Refugio y privilegios te permitirán escoger el camino cuando yo muera. Continuar mi labor si ese fuera tu deseo, o emprender cualquier otra partiendo del conocimiento adquirido en los libros que don Baldomero tuvo a bien donarme. Incluiremos en la lista de posesiones los minerales y vegetales que usamos en los tratamientos, y la alcancía mediada de monedas de cobre, pago recibido de los enfermos que vienen llamados por el áspero y bronco son del cuerno de la fama. A la relación añadiremos nuestra libertad y la independencia conseguida, frágiles en cualquier momento de la historia, pues los poderosos, en su afán de someter al rebelde, se valen de triquiñuelas que nosotras seríamos incapaces de utilizar. Sí, hoy por hoy, y conscientes de la provisionalidad, nos pertenecemos a nosotras mismas, que al fin y al cabo es lo que más vale de aquello que vale.

Era don Baldomero, el viejo señor de la Heredad, un hacendado distinto a los otros; más interesado en descubrir la razón de ser inherente a los hechos, que en acrecer la riqueza acumulada por sus antepasados. Inconformista y culto, recibía revistas y libros de Madrid y Barcelona; y hasta de la ciudad de París. Conocía la lengua francesa y estaba al tanto del avance del pensamiento, vanguardia intelectual que en España era dominio de unos pocos. Desprendido y humanitario, los desprovistos de sustento recibían de él socorro cumplido y trataba con sumo respeto a los asalariados. La cocinera de su casa de Palencia enviudó dos años después de alumbrar el cuerpecillo de una niña, una infanta que en el bautizo recibió el nombre de Leonarda; y don Baldomero aceptó a ambas en las habitaciones destinadas al servicio. El preceptor de Fausto y Micaela, sus vástagos, educó a la acogida sin distinción, y como el natural despierto de ésta respondiera a los estímulos y la pequeña mostrara afición a don Baldomero, el señor, ignorando las constantes travesuras que traían a la esposa a mal traer, la quiso como a hija propia. La hubiera adoptado cuando recién cumplidos los ocho años falleció la madre, pero doña Consolación, la esposa, se opuso. Al llegar a la mayoría de edad, Leonarda explicó a Micaela -uña y carne ambas- y luego a don Baldomero, que dejaba la casa de acogida para averiguar si

lo aprendido bastaba para subsistir. Por sabida, no fue necesario mencionar la causa verdadera: la oposición constante de Fausto y de su madre, su trato hostil, su indisimulado desprecio.

Nada pidió en los años sucesivos a su antiguo tutor, a quien, sin descubrirse, observaba los días de Consejo en el Hospital de San Antolín y San Bernabé; donde la muchacha, protegida por un canónigo de la catedral, servía escudillas de caldo y ayudaba en los fogones. Sin embargo, el señor de la Heredad la tuvo presente a la hora de dictar sus últimas voluntades. En un intento de favorecerla de modo adecuado por si el futuro tomaba un cauce imprevisto, puso en sus manos los libros más sabrosos, naturalistas, filosóficos, en los que –adolescente despierta en busca de explicaciones- se sumergía hasta la madrugada cuando aún era huésped del testador. Añadió otros publicados más tarde, de dentro y de fuera, manifestantes silenciosos del pensamiento progresista; y en previsión de que el saber no bastara para salir adelante, hizo a la mujer legataria de una casa de piedra, agua salobre y leña cuantiosa. Todo lo abandonó entonces Leonarda: amistades, empleo y la rutina asentada durante años, para refugiarse en la arboleda del camino que desde Valdepero va a Husillos, acompañada por una niña preciosa, figura esculpida teniéndola como patrón.

Puerta principal orientada al Sur, postigo al Norte, es la construcción una vivienda mínima: dos alcobas enyesadas la componen en la parte superior, y en la de abajo una sala corrida y una alacena cuneiforme bajo la escalera. Visten las desnudas paredes largas repisas cargadas de recipientes de barro, estudios sobre los tres reinos de la naturaleza, tratados de filosofía y novelas: las más consideradas de ese género nuevo. El esconce formado a la izquierda del postigo admite sin riña la campana de la chimenea, hueco que consume de noche y de día una hoguera avivada con nuevos aportes de leña cuando el rescoldo anuncia su pronta extinción. Una amplia mesa de roble, cuyo tablero tiene un espesor de cuatro dedos, se arrima a la derecha rodeada de sillas.

En el exterior, rompiendo la rectitud del muro trasero, a un lado de la portezuela se asienta la cuadra de la burra, y sobre ella un gallinero al que las aves acceden mediante un tablón cruzado de astillas alisadas. Y al otro, un techo sostenido por columnas preserva de la humedad las ramas recogidas, la reseca hojarasca y

algunas chamadas dispuestas para nutrir el hogar. A cinco estadales de los muros de piedra, lo que en estos pagos son casi dieciocho varas, se alza el tapial de la débil muralla, cierre de un cuadrado de campo, corral y huerto, que se une a la fachada principal formando una misma línea. Cruza dos veces el cerco, invasión y escape, un arroyuelo nacido entre juncos algo más arriba; de él se surten las mujeres para sus necesidades: bebida, abluciones, riego y coceduras. Sucede que cuecen ellas hierbas medicinales, raíces, cortezas, frutos y flores desecadas. Tuestan piedras y tierras ricas en minerales provechosos, las muelen, hacen barro con ellas y lo bullen. Tiene razón la madre, el lugar resulta pintiparado para sus prácticas, una medicina antigua muy eficaz, que evita los frecuentes sufrimientos de las gentes asentadas en la villa y en los pueblos vecinos, Husillos y Monzón, en la ciudad inclusive; principales y del común.

Sulfur, phosphorus, nitricum acidum, natrum sulfuricum, kalium carbonicum, hepar sulfuris, ferrum metallicum, calcarea phosphorica, arsenicum album, antimonium tartaricum y aurum: son nombres escritos en los tarros, sacados de tratados antiguos que describen los síntomas de las enfermedades curadas por su influjo. Miel, aguijón de abeja, acónito, bellotas, árnica, belladona, camomila, nuez vómica, espliego, escaramujos, estambres de cardo, gelsemio, fruto de taxo, brotes de adelfa, veneno de víbora, tomillo, licopodio, hojas radicales y pecioladas de pulsatilla, diversas setas, corteza de ahuehuete y raíces de cipariso se suman al acopio. Algunas plantas y determinados animales poseen elementos capaces de matar; tósigos muy poderosos cuyo manipulado erróneo puede causar terribles convulsiones previas a la rigidez cadavérica. Ellas las utilizan como fuerzas de choque en situaciones excepcionales.

Salió Leonarda de la casa de acogida, domicilio urbano de don Baldomero, cuando para las leyes era una persona adulta, dueña de su destino, libre para ir adonde quisiera. Sin embargo, la negativa a aceptar más socorros del defensor limitaba sus pasos y los encarrilaba. Poseía unos brazos y una cabeza que por separado o juntos habían de proveer el sustento. Tocaba el piano con gracia y conocía cuestiones históricas que por lo general eran ignoradas en las aulas, filosofías que acabarían imponiéndose en el discurso de los intelectuales que marcaban el rumbo de las gentes. Dominaba el arte de disponer el ajuar de una casa principal, hacía exhibiciones de destreza en el encaje de bolillos

y sus manos bordaban primorosas filigranas sobre tejidos cálidos; y por si fuera poco, podía moverse en sociedad mejor que cualquier señorita de las que se cruzaban con ella en las calles o en los salones de la gente que recibe. Con todo, de la catedral, y en ella de un canónigo a quien contó con todo pormenor sus cuitas, se sirvió el destino para orientarla.

Tuvo que aprender Leonarda a pelar patatas y a fregar los suelos, a lavar los frágiles cuerpecitos de los infantes que lloraban inmersos en sus propios detritos. Tuvo que iniciarse en la cura de pústulas, ampollas repletas de pestilencias en enfermos que, a Dios gracias, tenían el olfato embotado; en el tratamiento de las infecciones de los contagiosos, en el purgado de las bilis negras de ciertos moribundos. Se interesó por los preparados químicos, por los principios activos que les proporcionan su eficacia. Y todo eso porque le procuraron un empleo cercano a la caridad en el Hospital de San Antolín y San Bernabé, donde los aritméticos y contables –aspectos de la matemática que ella dominaba- eran hombres respetables y a la vez incultos. Acabó encontrando un secreto atractivo en servir a los otros, en procurar a los demás un mínimo grado de satisfacción. Llevó la entrega al extremo de dar su amor a un enfermo incurable necesitado de compañía y cariño. Fueron meses de felicidad para quien al cabo de ellos murió satisfecho; un muchacho que recobró la fe en las personas y llegó a albergar la esperanza de un mundo mejor. Fueron meses de constante sacrificio y, por qué no decirlo, de complacencia y satisfacción. Muerto ya el padre en brazos tan caritativos, nació al cabo, con la hermosura y la vivacidad de un ángel, la niña Marcela; y cuando don Baldomero propició con su legado el arraigo de una realidad favorable, la heredera habitó la casa recibida y con ayuda del contenido de los libros y la colaboración de los tres reinos de la naturaleza, sacó adelante a su cría.

Arranca una mañana apacible cuando Marcela, treinta y tres años de mujer hermosa, subida a horcajadas en el asno hembra, una manta dejada por pudor sobre los muslos prietos modelados por la saya ceñida, avanza parsimoniosa con la intención de recolectar la materia prima de cataplasmas, emplastos y tisanas que su madre se da buena maña en preparar, remedios eficaces enfrentados a muy diversas perturbaciones de la salud humana. La domina un humor excelente, grises laderas del páramo, lado izquierdo del camino de Valdespina, próxima ya a los colmenares amurallados de oloroso romero. Inicia la mujer una

canción espontánea que en sus labios cobra dulzura y sentimiento inusuales. Historia de los amores quebrados de una mozuela, cuando la guerra se lleva forzado a su galán; tardan las cartas en llegar a un campo de batalla cambiante, pero llegan al fin. ¡Cómo resistirse a la pasión impulsora! El soldado abandona las armas y enfrentado al destino regresa para vivir una vida de desertor con su amada.

Un caballero, harto alejado de la juventud, rampa por la cuesta subido a un corcel negro, demostrando con sus movimientos de ayuda poseer unos bríos que la edad en él resta despacio. Cabalga contento el jinete, porque a su edad, frizando los cincuenta, vive aún días de plenitud; y el que se inicia parece ser uno de ellos. Lo ha sacado de Toro, ciudad donde llevaba menos de tres años de Corregidor, el nombramiento de Intendente de la provincia de Palencia. Acaba de tomar posesión en la capital de una residencia espaciosa que, complaciendo sus gustos y satisfaciendo de sobra sus necesidades, acaso no colme las apetencias de la esposa, más refinada acaso, sin duda más exigente; pero desea iniciarse cuanto antes en el cumplimiento de la voluntad de sus jefes, Ensenada y el propio Rey, y no entra en los desajustes domésticos.

Ayer mismo llegó Peñaserrada a Valdepero, municipio escogido por él como punto inicial del Catastro, operación piloto que acabará siendo ejemplo útil para levantar los mapas locales de la provincia: los estados relativos a las tierras, a los ingresos por actividades industriales, comerciales o profesionales, al ganado y a la población activa: legos y eclesiásticos por separado. Desea el intendente recorrer el campo y hacerse una idea aproximada de las dificultades con las que se va a topar, pues se trata de un término disparejo en el que no existen dos fincas iguales: altozanos y hondonadas, páramo y vega, yermas laderas grises y valles salpicados de manantiales, una red extensa de arroyuelos, frondosos bosques de encinas. Para colmo, el amor que los labradores ponen en las tierras, a las que atan su inalterable destino, viene a dar personalidad individualizada a las parcelas, una carta de ciudadanía que las distingue con ventaja de las contiguas.

Habrán días, muchos, en los que el trabajo le impida regresar a Palencia, una legua en carruaje incómodo por el descuidado camino real que viene de Cantabria. El dueño de la Heredad,

representante de un partido político afín y persona de larga influencia -ignora el Intendente las miras últimas de su acogimiento- le hace partícipe de todo lo que en sus dependencias del pueblo pueda necesitar: alcobas, servidumbre, comida y hasta el único caballo, el negro que ahora monta, de una espaciosa cuadra de mulas.

Caballero y rústica han de encontrarse, porque la canción es un llamado que atrae a modo de imán a quien la escucha. Queda absorto el señor ante tan natural belleza; y cuando sabe que la mujer subida al borrico con modos varoniles, ayuda a su madre a preparar medicinas capaces de curar de sus dolencias a enfermos de toda condición, preso de un propósito egoísta sin duda, se interesa por arte tan beneficiosa para el género humano. Ya no es quien solía ser: los humores circulan por su organismo con parsimonia, las piernas no dan de sí cuanto exige la voluntad de ejercicio y la acidez de estómago acompaña a las prolongadas digestiones; la memoria, inclusive, lo traiciona en los momentos más comprometidos. En estos días concretos sufre las consecuencias de un malestar general, impreciso; producto, al parecer, del traslado y sus múltiples dificultades. Satisface a Marcela la estampa de don Pedro, herencia y educación; la complace tanto, que de conocer lo que ignora, la índole noble del caballero, su empleo de Intendente, la presencia del hidalgo no mejoraría a sus ojos. Hablan del pueblo y de las gentes que lo habitan, de la salobridad de las aguas, de las parcas cosechas, de las excelencias de su vino; y luego, de la historia, de la geografía del lugar, de la vida y la muerte que zarandean a las personas; y carruaje que lleva de la una a la otra: de las enfermedades. En torno a las dolencias permanecen un rato, porque en la mente del marqués, como al acecho, permanecen preguntas concretas sobre los comprobados remedios: diluciones, maceraciones, cataplasmas, apósitos y emplastos que pueden oponerse a sus achaques. Al cabo, pasado el medio día, conocedores de las circunstancias que hubieran podido unirlos de darse el hallazgo en la época adecuada, se separan con la promesa de un pronto reencuentro. Imagina el Intendente su imposible retorno por la vereda del tiempo, galopando hacia ella que avanza galopando.

Dicta la vieja Leonarda los componentes de las medicinas y, de tanto repetírselo desde que era niña, la hija sabe de memoria el cuánto y el cómo de los componentes; y si ocurre que presta atención a la madre, es por no herir su amor propio, una forma

aceptada de orgullo. Recoge Marcela tierras y plantas, y en un herbolario de la capital trueca las propias por las ajenas. Azufre, fósforo, ácido nítrico, sulfato sódico, carbonato potásico, fosfato tricálcico, mercurio soluble y sal marina recibe a cambio de flores, hojas y raíces de plantas curativas, venenos de víbora y de alacrán, médula ósea de mamíferos carnívoros, polvo de cuerno caprino, bigotes de gato. Madre e hija curan enfermos y los restablecidos lo difunden, de modo que el sanitario destinado al hospital de Valdepero se ha ido haciendo enemigo oculto de las sanadoras. Propala por ello cuentos que dejan en mal lugar a las mujeres, dando pie a la desconfianza porque viven apartadas y de ellas nada se sabe. Así que, salvo los agradecidos, que los hay pero son pocos como ya comprobó el milagrero Jesucristo, las gentes del lugar teorizan y especulan.

Don Fausto, el actual señor de La Heredad, y la vieja Leonarda compartieron espacio durante las épocas lejanas de niñez y adolescencia. Compartieron asimismo preceptor, rivalizando en los estudios de la teoría y en el puesta en práctica de lo aprendido. Cuando trataban de seguir el camino recto en los tramos faltos de indicaciones, los más necesitados de la intuición, el niño erraba. De modo que buscó el medio de quedar bien con poco gasto, utilizando el socorrido método de forzar los errores de la oponente; en una palabra, comenzó a hacer trampas. Fue descubierto en varias ocasiones y, desde entonces, su palabra careció de suficiente peso para oponerla a la expresada con aplomo por la protegida.

El aya de la pequeña Micaela, seguidora convencida de la ley del mínimo esfuerzo, universal y eterna como es sabido, con frecuencia la confiaba al cuidado de Leonarda, tan sólo cinco años mayor. De modo que Micaela, distante de su hermano en los rasgos físicos y en el carácter, acabó entregando a Leonarda el cariño fraterno. La cabeza de don Baldomero, cargada de argumentos, habló al corazón de las cualidades que adornaban a la infanta acogida a su amparo. Despierta, intuitiva, prudente y, por si fuera poco, afectuosa; no es extraño que don Baldomero la tratara con mimo. Doña Consolación, la esposa, oponía a ese trato favorable un desprecio velado, suficiente para someter a Leonarda al imperio orgulloso de Fausto, hijo verdadero, en posesión de los derechos inalienables que confiere el origen. Andaba la casa dividida y el servicio, a caso por contradecir a la

señora, rígida en sus exigencias, tomó partido por la niña agregada.

Con ocasión de la muerte de la cocinera, tuvo don Baldomero la ocurrencia de adoptar a Leonarda; y la esposa, decidida a impedir la resta de un tercio de herencia al caudal de sus hijos, se opuso con todas las energías reservadas. De aquellos tiempos, ahora remotos, viene, pues, que el actual señor de la Heredad, dedicado a la política con provecho, tenga inquina a Leonarda y hable mal de ella en presencia de aparceros y criados. Conocen éstos el sendero de su beneficio y en tal sentido orientan la conducta propia y tratan de dirigir la ajena: dicen y dicen engordando una hablilla que iguala a la baja a la hija con la madre, expertas ambas en el uso de almireces, matraces y alambiques tras objetivos mágicos y hechiceros.

Ocurre en ocasiones cada vez más frecuentes, el año pasado sin ir más lejos, que los productos del campo entrados en el pósito municipal, sobre todo en lo que hace a cebada y lechazos, suman cantidades menores que los recibidos en concepto de diezmos, primicias y limosnas por los curas asentados en la villa de Valdepero. Apaleados de palabra por las mujeres, denunciantes incansables ellas de los abusos recaudatorios y de la rápida acumulación de riquezas, los clérigos las pintan unidas al infierno por lazos directos y previenen a los demás contra ellas. En vano toma su defensa Francisco Carretero, uno de los regidores, porque Tomás Calvo, procurador síndico, se opone a él con voces más altas, a las que se une Francisco García, uno de los dos alcaldes ordinarios. No resulta extraño, pues, que la gente, aleccionada por quien tiene ascendiente sobre ella, viendo salir el humo en constante procesión de la casa de la alameda, espiras y círculos expandiéndose, escapando del hogar encendido, imagine a las mujeres estrechando el cerco a la piedra filosofal; brujas que, dominando los vegetales, marchan a la conquista del reino mineral, más hermético, menos relacionado con el resto de la Naturaleza.

A la búsqueda las creen del secreto de la trasmutación de unas cosas en otras, de unas piedras en otras. Así como sapos y culebras entregan su veneno para componer un filtro amoroso, y el halcón las barbas de su pluma caudal, o un perro muerto por la rabia aporta el hueso molido de su taba izquierda; el sol, cuando se trata de trastocar la materia, envía uno de sus rayos a través de

las nubes y señala con él, dormido entre otros, el pedrusco más propicio. Sopla la vieja Leonarda sobre la roca su mefítico aliento, mientras pronuncia misteriosos conjuros, latinajos de origen *non sancto*, fórmulas arcanas vomitadas en la oreja por el propio Lucifer en forma de macho cabrío, durante el prolongado rito de su iniciación –tres noches contiguas de aquelarre- bruja inscrita ya en los libros arcanos con sangre de ratón albino. La sirve en los tejemanejes de la provechosa transustanciación una bruja aprendiz, su hija Marcela; y al cabo de unos instantes, lo que era hasta entonces una horadada piedra del páramo, se convierte en oro coruscante, noble metal apreciado por personas de latitudes y épocas muy diversas; tanto, que se tortura y se mata por él.

Pacto con el diablo; y el olor a azufre sólo viene a confirmar lo cierto y sabido: rúbrica y sello. Poderosas fragancias se expanden desde la casa, procedentes de hierbas olorosas: tomillo, anís, aroma, hierbabuena, manzanilla, albahaca, hinojo, espliego; y están destinadas a enmascarar la pestilencia diabólica, el acrebite que denuncia la cercana presencia de Lucifer. Filtros y bebedizos dicen que procuran las mujeres a quienes pagan con monedas de oro. Hacen caer a los infelices en el amor o en el odio siguiendo el interés de los peticionarios y, a cambio de oro, someten la voluntad de los débiles. Murmuran sin pausa los chismosos, y la mentira poco a poco va adquiriendo tintes de verdad. De madrugada ejecutan ensayos perversos que conducen al oro. Ávidas del dorado metal componen unas onzas cada madrugada y lo esconden en una madriguera abandonada por los animales, junto a la raíz de un árbol, el más frondoso, acaso bajo un retoño que empieza a crecer; en el interior de un tronco hueco del que nacen hongos comestibles. Proporcionan la muerte y la vida con la misma indiferencia y rinden culto a Satán, que unas veces es ave dentada y otras cuadrúpedo cornudo, y bajo ambas formas tienen con él comercio carnal. Y se tasan alto. Oro, oro; pretenden moverlo a paletadas, llenar las alforjas de la borriquita y en mil viajes nocturnos ponerlo a resguardo de ladrones: un gran depósito acrecientan en la arboleda, próximo al camino de Husillos, al pie del manantial, en los cimientos de la casuca, disimulado en escondrijos de acaparadoras urracas.

En lo que será mi herencia usted yerra, madre; ni casa, ni huerto, ni cercado, ni paso franco, ni agua, ni leña serán míos. El actual señor de La Heredad o sus hijos harán valer la condición añadida

al legado; se pondrá en la picota nuestra integridad, cuestión indispensable, seremos acusadas de brujería y por la acción del Santo Oficio nos arrebatarán la propiedad de lo nuestro. Esa posibilidad, próxima a la certidumbre, indica sin interferencias que hemos de marcharnos. Nada nos ocupa aquí que no podamos hacer en otra parte. Vayamos a una ciudad donde nadie nos conozca y quienes curan a los demás siguiendo las leyes naturales sean respetados; una villa poblada por gentes libres de prejuicios, ajenas a cualquier modo de superstición, bien instruidas, con quienes podamos mantener conversaciones que pongan a prueba nuestra idea de las cosas. Un lugar en el que los vecinos no se santigüen al cruzarse con nosotras, y usted se libere de las incógnitas provocadas por su nacimiento y de las sospechas que suscita el mío. Si don Fausto, dueño con su hermana de La Heredad, nos arroja fuera de esta casa, habremos de cobijarnos en las cuevas de la cuesta de Husillos o en las ruinas de Palazuelos. Debemos irnos antes de que ocurra lo que sin remedio está abocado a ocurrir. ¿No lo ve usted como yo, madre? No, no me iré sin usted; pero le pido que no se sirva de mi lealtad. Ya no vendrá el caballero de mis sueños para llevarme subida a la grupa de su caballo. Ya no me convertiré en esposa de un arriero de los que detienen su recua cada día en un sitio distinto. Nadie se acercará con la intención de hacerme señora de su tornadiza voluntad o vasalla de su firmeza; pasó mi hora y usted lo sabe, ¡no se valga, madre, de ello!

Qué necesidad tenemos de huir, ¡dime!; nada nos empuja, nadie nos apremia. Aquí está nuestra senda bien marcada, y alrededor hallamos todo lo preciso para desenvolvernos. No nos echarán de la casa; obramos el bien y cualquiera lo sabe. Sirviéndonos de principios naturales de dominio público, hallados en animales, plantas o tierras, ayudamos a los vecinos a vencer la enfermedad, cuando, dolientes, recurren a nosotras. Practicamos la generosidad y la generosidad no admite pago; tampoco lo desprecia, porque el menosprecio del pago anula la más sencilla de las posibilidades de agradecimiento, la más inmediata. Eso sí, aceptamos de cada uno lo que tiene a bien entregarnos, y nunca por encima de sus posibilidades. Ellos, los enfermos sanados, serán nuestros valedores frente a la calumnia; ellos se alzarán contra la mentira y el vilipendio. No, no temas; respeto tu derecho a buscar la felicidad en otra parte, y si decides abandonar estos andurriales tan nuestros, en los que siempre he pensado morir, aunque comprenda que tu visión del edén es sólo un

espejismo, si así lo deseas mis pasos irán tras los tuyos. Pienso que actúas de manera razonable al pretender un mejor acomodo; y mi corazón saltará de gozo cuando un hombre cabal venga a solicitar tu mano; aún es tiempo de amor y de bodas.

El marqués de Peñaserrada, Intendente en ejercicio de la provincia de Palencia, caballero en su negra montura, sale del pueblo por el camino de Husillos sin que nadie le sirva de acompañamiento. Pasadas las eras donde pasta un rebaño de ovejas salpicado de cabras, tras los últimos corrales, avanza todavía un poco y tira a la derecha por la vereda que lleva a la choza de las mujeres solas y allí se presenta. Se encuentra la madre en el espacio desierto de las descarnadas laderas donde el buitre anida, cárcavas enormes del declive que lleva a la llanada de Campos. Recoge huesos calcinados de mamíferos y aves, rabos de ligaterna, espaldares de costrollo, camisas de culebra, cáscaras de los huevos ya eclosionados de diversas rapaces, uñas enteras de raposos muertos. Inicia Pedro de Castañeda la conversación con la joven en el punto mismo en que la dejaron un mes antes -colmenares amurallados de romero de las cuestas del páramo- acerca del origen de la cultura que a borbotones sale de la boca chica, chorro de argumentos liberado en cuanto la mujer recibe conveniente estímulo. La madre, enciclopedia viviente, es el manantial; estudiada y leída como nadie de los contornos, escultura labrada por don Baldomero para hacerla hija suya, heredera de su inquietud por las razones que devienen hechos.

“Hablando de la reina mora, por la puerta asoma”. No necesita Leonarda presentación porque ha sido descrita con todo detalle, y sobre el caballero se ha expresado la hija hasta dibujarle facha e intenciones sin apenas desvío de la realidad. De modo que entran de lleno en el inventario de síntomas, primera de las diversas enfermedades, y describiéndolos el Intendente se explaya como en respuesta de examen para obtener un buen puesto. Lleva una temporada el Marqués temeroso de la muerte, da un valor extremo a los problemas cotidianos y sus dedos reciben señales que le explican, a más de la piel de los objetos, la composición interna. Dolores del cuerpo propios de quien ha rodado monte abajo, pesadez de cabeza, un activo enjambre en el fondo del oído y pesadillas nocturnas. A una seña de la madre se encarama la hija a un escañil, y con algo de esfuerzo alcanza en la repisa de la chimenea una planta puesta a secar. Tallo hueco de más de un

palmo, ramas simétricas nacidas de dos en dos, hojas ásperas de forma ovalada, flor amarillina, semillas parduscas. Como quien lo ha repetido cien veces o ha visto hacerlo y ha tomado nota, como quien disecciona un cadáver separa Marcela algunas partes del resto.

Ha de ser árnica, una planta de las Compuestas, que el caballero, sentado en una silla de armazón de pino, respaldo de cuero y asiento de enea, observa con actitud vacilante, porque espera de su esencia algún prodigio pero desconoce las causas y los efectos. Sirviéndose de los sépalos pajizos y del puñal de las hojas, prepara la experta una infusión que debe tomarse caliente. Una tintura dispone a base de vinagre y el extremo majado del tallo; envolviendo el vegetal sobrante en papel de estraza. Sobre el cuerpo dolorido del noble el remedio administrado inicia al momento su acción calmante y lenitiva; y lo mismo sobre su mente agitada. Principio curativo y noticia escrita del modo de empleo recibe el enfermo de su sanadora, con el objeto de que el Intendente, prescindiendo de manos ajenas, se prepare la botica a sí mismo.

A los mensajes anónimos, acusadores de brujería y comunicación diabólica, siguen los que amenazan de muerte a las mujeres. Los árboles del paseo abierto en la alameda que va hacia la casa, neutrales hasta entonces, colaboran con los atacantes. Prueba evidente de urgencia y desidia en los autores, sobre los álamos se afirman los avisos usando puntas dobladas de cabeza minúscula, las más opuestas a los clavos de forja que sujetan los edictos en el tablón de El Corro. Leonarda y Marcela los leen al pasar. Madre e hija arrancan las vejatorias púas, en un intento piadoso de restañar la herida abierta a las plantas; se internan al punto en el análisis de las abominaciones y en vez de dar al fuego lo leído, lo guardan como prueba. Voces de penados, desgarradores gritos, aullidos de humanos imitando bestias, rompen el silencio en días posteriores. Sufren inesperados ataques a pedradas de personas ocultas tras los troncos más gruesos o subidas a las ramas altas. El miedo atenaza a las sanadoras, cuando, en el estanque calmo de la noche, una piedra envuelta en una carta sin firma, rompe la quietud existente al penetrar por la ventana de la alcoba donde la madre duerme. El temor acoquina a las valerosas mujeres cuando, al levantarse, en la portada descubren el rescoldo de una hoguera y los tizones de dos efigies de palo que llevan sus propios nombres grabados en una tabla renegrida. Árboles, papel

y fuego, colaboradores necesarios, son, no obstante, exonerados de culpa. La boca trasmisora de lo que la cabeza maquina a instancias del corazón, la mano que convierte el odio en signos caligráficos, la que espeta la corteza inocente y los pies que saltan las tapias al amparo de la oscuridad, pertenecen a individuos diferentes unidos por lazos inconfesables. Es imperioso buscar, primero que nada, a la persona encubierta, cobarde, rastrera, capaz de inducir a otras a llevar lo concebido a la acción; persona o individuos anónimos, pero menos de lo que tales sujetos imaginan: don Fausto, los clérigos, el sanitario del hospital: alborotadores de la mitad de los vecinos, aquellos que por impulsos del miedo o a la espera de algún pago se ponen al servicio de la fuerza callada.

En los meses sucesivos menudean las visitas del Intendente a la casa de la alameda; y lo empuja el cuidado de dos gestiones emprendidas. La primera de ellas tiene que ver con su presente trabajo: Marcela, dibujante experimentada de los animales y plantas usados en su arte -secciones precisas para cada tratamiento, traducción a figuras de los libros leídos- perfila el contorno de las parcelas pertenecientes a la unidad registral, las frases que encabezan cada apartado y las letras iniciales de los párrafos: un primor de bordado que reconocerá el propio marqués de Puertonuevo, comisionado por la Junta de Única Contribución, como es sabido, para evaluar las operaciones piloto. La segunda gestión se corresponde con el cuidado de la salud; tratada la más acuciante de las enfermedades, las otras, las crónicas, aquellas a las que se ha ido haciendo el Intendente, reclaman atención de las sanadoras. Tántalo, Sísifo, Prometeo: sufre una tortura efectiva: el mismo mal del bajo vientre que le impulsa a orinar con extremada frecuencia, burlador del esfuerzo, le impide la consumación. Borborigmos disonantes le acompañan en el inicio de cada jornada. Dolor agudo de las articulaciones, dedo gordo de los pies y rodillas sobre todo; rojeces, hinchazón de los cartílagos y una pérdida paulatina de vista y oído raen su existencia de manera incesante. Llamaradas surgen de la chimenea llegadas del horno ardiente, volcán activo del hogar; borbotea el agua intentando escapar del excesivo calor, vientre convulso del caldero; y desde el Pico Taragudo, la Cuesta de la Miel o la Fuente de la Atalaya, se ve elevarse el humo sobre la vertical de la arboleda. Nux vomica, argentum nitricum, sabal serrulata, magnesium carbonium, aconitum, apis, bryonia y mercurius solúbilis salen de su encierro de meses, abandonan los

frascos que han sido su prisión y empleando todos los recursos de que fueron dotados, sus provechosos principios activos, se disponen, brazos arremangados, a luchar contra un enemigo común, las molestias causadas al Intendente por sus incommovibles achaques.

En esas idas y venidas, recepción y entrega de los memoriales, recuento de síntomas y preparación de tratamientos, se va el tiempo sin sentir. Sabrosas pláticas concluyen de madrugada y el intercambio de conocimientos rinde beneficio a ambas partes. Deduce el Intendente de alguna manifestación involuntaria -toma la noticia ese atajo para darse a conocer- el cerco a que los eventuales provocadores someten a las mujeres. Pregunta, reclama y lee los anónimos confiados a los árboles. Autoridad máxima de la provincia, un gesto suyo en el momento adecuado, ante las personas convenientes, y las aguas desmadradas vuelven, en apariencia, a discurrir por su antiguo cauce. Es sólo una tregua, un alzar de espadas; pero los ceñudos aceros se mantienen en alto, porque esperan que el protector termine lo que ha venido a hacer al Señorío y abandone para siempre su término municipal.

Se producen mejoras; Pedro de Castañeda y Ortega, caballero de la Orden de Calatrava desde los siete años, va recuperando la salud lacerada y, libre de dolores durante días enteros, atraviesa una pradera de verde pasto y bienestar. Las mujeres, debido quizá a que cesan las arremetidas o porque hallan un escape a sus inquietudes, ni se acuerdan de buscar otro asiento. Pasa el tiempo como de puntillas, silente, comedido, pero pasa; y los métodos que el Intendente vino a ensayar alcanzan el pináculo de su concreción. Regresa el Marqués al palacio de la capital palentina, y sigue al coche de caballos, atada a él por un ramal de esparto, una borrica que parece formar parte del séquito. En el interior del carruaje, Leonarda y Marcela, vestidas con ropas de gala que aún ceden esencias de alcanfor, sin disimular la inquietud que las asedia, conversan con el alto funcionario acerca del giro que van a dar a su vida. Las mujeres, opuestas a servir a cualquiera por dinero y a depender de los poderosos, habitarán una casa baja de La Puebla, allí donde la ciudad se hace campo, y sin abandonar el ejercicio de su ciencia asistirán al Marqués en lo que precise.

La tregua establecida en Valdepero por los discrepantes, inductores e inducidos, se quebró. En cuanto el Intendente -

carruaje incómodo sobre un firme descuidado- tomó el Camino Real de Cantabria con destino a la ciudad de Palencia, las erguidas espadas se abatieron sobre el cercado del plantío, sobre la puerta de la casa de las mujeres idas y sobre el postigo trasero, con el ánimo de derribarlos y penetrar en el misterio de su sala corrida, de su alacena, de sus dos alcobas, de sus cachivaches diabólicos, de sus filtros y bebedizos, de sus conjuros mágicos capaces de transmutar la piedra en oro.

La codicia del oro impulsó el denuedo de los asaltantes más enardecidos; un oro cuantioso que, trasladado a talegadas a lomos de la pollina en cientos de viajes, abandonado por las brujas sus propietarias, al día de hoy, siglos después, yace dormido en algún chiribitil cercano, a la espera del osado que se decida a rescatarlo del sueño.

5-Valdepero, 1808 “Navajas, leyenda de la Guerra de la Independencia”, incluida en el libro “En torno a Valdepero”

A poco más de la media noche, los agosteros, movidos por un muelle interno, se alzaban de los camastros. Cruzaron al momento las mulas unas calles desiertas que van a las eras; moderado, medido, se oyó seco el acompasado ruido de los cascos. En la noche prieta traquetearon los carros siguiendo unos caminos cruzados de magulladuras, obra del agua atormentada y del trajín de las ruedas de hierro. Entre dos luces las arrancadoras bostezaban con los ojos ciegos, buscando a tientas la palangana mediada de agua para sus abluciones. Humo salía de las chimeneas que al contraluz se elevó sereno, calmo; las mujeres prendían fuego en los hogares a la llamada de leña iniciando el día interminable. Descargado el primer viaje, sobre el carro para no perder tiempo, a esa hora temprana mordisquearon los hombres la raja de tocino y el coscorito, dando el primer tiento a la bota. En el interior recio de los chozos de piedra de los corrales -llanura del páramo- vestidos durmieron los pastores en colchón de nías, y antes del alba desayunaron unas sopas de leche recién ordeñada, recibida de la ubre misma en cuerno de vaca o en escudilla de madera. Quejábanse de su encierro las ovejas con insistentes balidos, y puestas en pie, impacientes, arremetían contra las compañeras. Deseosos de aprovechar el avance de la siega que empuja la caza y la arrinconada, madrugaron también los cazadores; les esperaban los resecos montes, los valles verdes, las calizas laderas. Recostados en las lindes, rendidos sus cuerpos, los segadores rumiaron un zaraballo de pan moreno, a la espera de la señal que los pusiera, encorvados, en el duro tajo. De modo que al encaramarse el sol a las encinas del monte, y orientar desde allí sus rayos al pueblo, el campo era un hervidero de gente dispuesta.

De una voz fuerte, cargada de indignación, se pasó a los apóstrofes, a las interjecciones, a las blasfemias, a los gritos; y desde ellos se llegó a las manos, a los pies, a la cabeza. A baladros la emprendieron, a insultos, a acusaciones mutuas. El sol calentaba lo suyo ya en el nacimiento, refulgente y enceguedor; señor de un cielo sin nubes que lo hicieran de

menos. Se ha ido inflamando la mañana, sumando rojos tizones a la sangrante hoguera, que cruza lo alto y no tardará en alcanzar la vertical del medio día. Quienes barruntan las mutaciones meteorológicas, debido a alguna lesión antigua o a la metódica observación, auguran una tarde de tormenta.

Lo que comenzó siendo asunto de dos, se ha hecho pleito común de cuantos rondaban por las inmediaciones viendo u oyendo lo que acontecía. A puñadas se acometen, a sopapos, a empellones. Mas el hecho originario de la desavenencia permanece inalterado, bien visible. Al parecer, entraron las ovejas en sembrado de cebada y comieron múltiples cabezas de la orilla; podían verse todavía los pajones acéfalos, junto al destrozo de espigas secas abatidas contra el suelo, obra, sin duda, de los animales, de sus patas inquietas, de sus voraces dentelladas. En suma un cuarterón de grano y un real de vellón de desarreglo, treinta y cuatro maravedises de contante; ¿y por tan poca monta se organiza una trifulca que pone en peligro la integridad de los partícipes?

Lo que pasa es que llueve sobre mojado y los labradores se la tienen jurada a los pastores. Lo que ocurre es que los cazadores no respetan lo ajeno: cruzan los cultivos y los pastos haciendo sendero serpeante, y tanto labriegos como zagales les tienen ganas. Espantan la caza los segadores en su lento avance, aseguran los cazadores; aunque en esas circunstancias, ojo avizor, aprovechan los tiros como nunca. Desposeídos de sensatez sus reproches, acusan a los segadores de procurar la progresión de rastrojos que dejan a las piezas sin resguardo. Perdices, codornices, torcaces, liebres y conejos han de buscar arroyos o linderas pobladas de zarzas, si es que no abandonan el lugar desprotegido. Los desarraigados segadores -forasteros atraídos por una ración de pan de tres onzas escasas, media libra de carne y un tercio de azumbre de vino, a más de un real de plata por jornada de corte- se ponen del lado de quien los paga y abandonan su desasosiego en la pelea. Los pastores quisieran romper a garrotazos los límites que levantan a sus pies, a las torpes pezuñas del ganado; y aunque el pago de Villazalama sea el sitio menos oportuno, dada la abundancia de yerba, memoria tienen de épocas y lugares ingratos. Los hortelanos aprovechan la ocasión de castigar a los pastores que rompen con su rebaño -si no éstos, otros de la misma calaña- las presas. Los de Husillos buscan resarcirse de las afrentas recibidas durante siglos de los

de Valdepero, y éstos de los otros. Y los aprendices de bandolero encuentran en el lance oportunidad de curtirse. Las dos mitades del mundo se encaran en la pradera. La verdad es que todos se duelen de un destino duro que no les da ocasión de levantarse contra nada, ni de elevar quejas a un cielo dotado de oídos sordos.

Con esa hechura, el fabulador que da cuerpo y alma a la historia, se imagina la reyerta; y sabiendo que pudo suceder conforme a lo pensado o de manera aproximada, busca intervenir en pasadas épocas, recreándolas. Mas pone sobre aviso a los lectores acerca de su invención, y asegura que sin dar por probados los hechos, a la vista de las indagaciones previas, bien pudieran haber sucedido a la manera del cuento.

Suspendieron su exhaustiva actividad los consumidores del fielato, cuando la columna salió de Palencia por la puerta de Monzón. Algunos soldados habían formado parte de la guardia nocturna, otros estuvieron de francachela, pero todos cabalgaban erguidos, marciales. Dando escolta a dos carromatos tirados por mulos, partida en dos, avanzaba la formación con premura, sin descomponerse ni un ápice. La seguían, al margen, dos oficiales de vistoso uniforme cerrando la marcha.

Palencia posee el encanto del comercio bien surtido, y unas calles abiertas a lo extraño, que acogen gente de muy variada catadura. A mayores, los asuntos oficiales, que causan gran respeto a quienes poca formación y mundo alcanzan, en Palencia, sin remisión posible, han de resolverse. Dista Valdepero una legua de Palencia, y alrededor de media de los pueblos linderos entre los que descuella en población y territorio, por lo que suelen sus naturales ufanarse ante los forasteros de un cierto imperio injustificado. Las más de sus familias viven de la labranza, sacando un provecho añadido a los rebaños de ovejas. El pastoreo ocupa no sólo a rabadanes y a los que cinchan queso, sino también a quienes cardan la lana e hilan al pulgar, a más de aquellos que portan madejas hasta los telares de Palencia y Amusco o elaboran en el pueblo estameñas. De ordinario se relacionan sus gentes con las de Villalobón debido a la proximidad y a lo liso del terreno, amén de por ser dueñas de las mejores tierras del término vecino, las cercanas al arroyo Mayor. El camino real que desde Palencia lleva a la región cántabra - transitan por él diligencias y valijeros- une a Valdepero con Monzón; y cualquier labrador puede, en una mañana, llevar trigo

en grano a la fábrica de harinas y volverlo molido. Las llanadas de Valdepero, Monzón de Campos y Husillos, están situadas en distintos planos -Valdepero arriba- y unidas por un desnivel brusco que convierte en cansado el paseo que los separa. A pesar de ello un diario ajetreo se empeña en enlazarlos.

Haciéndose raya natural entre Husillos y Valdepero, discurre plácido el río Carrión: tan sólo un fragmento exiguo al pie de las laderas. Traza allí una hoz abierta, por donde el agua se desliza sosegada; y las lavanderas, quienes buscan un higiénico remojón o persiguen la pesca de barbos, tencas, cangrejos y truchas, desde Valdepero acuden a la hoz. Baja a ella la senda de Vallejo, una de las tres que unen ambas villas -la más ventajosa debido a que su pendiente es poco inclinada- y al encontrarse con el río lo bordea hasta alcanzar el camino que baja por la Cuesta. Ese es el más corto de todos, pero el de mayor peligro, pues dado lo abrupto del terreno y lo estrecho del carril, no resulta raro que caballerías y carruajes se despeñen. Por no hablar de la ordinaria presencia de bandoleros, prójimos poco compasivos, dispuestos a suavizar la carga de los transeúntes. Sucede que a la distancia de una voz de la senda, ocultas a la vista, existen unas covachas sumidas en la humedad y lo oscuro, viviendas de quienes no tienen otra: desheredados, malhechores perseguidos por la justicia y algún eremita. Un poco más al mediodía, cerrando con su presencia cárcavos de considerable hondura -maravilla labrada por la naturaleza indómita, desfiladeros que a duras apenas franquean los asnos- baja el camino conocido como de Villazalama, por unir con tal pago a Valdepero y a Husillos. Se alarga esta tercera vía unas doscientas varas hasta encontrarse con las otras dos, y la recorren, más que nadie, pastores guiando rebaños. A partir del punto de unión, hecho ya camino único de veinte pies de firme, se dirige a la embocadura del puente que cruza el río a la entrada misma de Husillos. Señorío éste cuya iglesia fue en tiempos abadía afamada y poderosa colegiata.

Las laderas que dificultan las relaciones entre villas, aparecen salpicadas de endrinos, acederas, carambucos y plantas aromáticas: romero, espliego, manzanilla; y las cubre una hierba recia muy apropiada para el pastoreo. Pastura que en el pago de Villazalama es comuniega y la disfrutan con iguales derechos los ganados de Valdepero y Husillos. Una abundante fauna de conejos, algún que otro zorro, y el huidizo lobo, a más de los volátiles, dueños de un cielo azul, tiran de los cazadores con

fuerza; y es frecuente verlos, ojo avizor, recorrer los senderos de cabras flanqueados por galgos.

Sabino, zagal de Valdepero; y Tirso, zagal de Husillos; mozalbetes ambos que presumen de bozo y de una sombra de barba sobre el mentón, están hechos a pastorear sus rebaños desde niños. Se encuentran con frecuencia en los pastos de Villazalama y -hablando de lo suyo y de lo ajeno, jugando, lanzando piedras para probar el tino, peleándose por tantear sus fuerzas- mientras las ovejas retozan y enredan los canes, han forjado una amistad que se muestra inquebrantable si es sometida a prueba en discusiones o porfías. Mastines les ayudan a avecinar el ganado sin mezclas; pues aunque uno a uno conocen ovejas, chivas y carneros, da mucho trabajo poner a cada cual en su sitio. Se basta y se sobra cualquiera de ellos en esas circunstancias para cuidar de los dos rebaños, así que pueden, a la vez, llevar a cabo alguna tarea en los corrales o acercarse a Palencia bordeando la Miranda. Los amos aprecian el provecho de su destreza, pues crías, leche y lana son más abundantes desde que ellos apacentan. Sabino, mozo alto y recio que la peste dejó sin familia, quiso acercarse a la capital en día de feria, hace de ello casi dos meses. Tirso, joven apacible, primero de siete hermanos, tañendo la flauta hecha con su industria a partir de una caña cortada al borde del río, quedó al cuidado de los hatos. Cruzó Sabino los prados, las tierras pedregosas, los sembrados ralos; pasó cerca de las yeseras, de las canteras de roca caliza, hasta dominar el cerro del Otero y la ermita del Santo Cristo, horadada bajo la cumbre terrena que le sirve de techo. Recorrió en Palencia la ciudad y la Puebla; se acercó al mercado de la calle Burgos, que extiende sus mercaderías ante la iglesia de San Lázaro y el convento de Santa Clara, junto a los soportales, cercano a la salida que lleva a Villalobón y Astudillo. Compró un zurrón en buen uso y una manta de las llamadas de viaje y, sin prisa, recorrió algunas calles que saciaban su interés. Se echó al estómago un buen trago de agua, o cuatro para mayor exactitud, pues en la plaza Mayor probó de los cuatro caños de bronce; y en el pilón redondo de piedra jaspe bañó el rostro acalorado por la caminata. Atraído por la curiosidad, se acercó a la soberbia fábrica de piedra y ladrillo que da cuerpo al Hospital de San Antolín y San Bernabé. Institución benéfica tan poderosa, tan rica, que sólo en Valdepero posee casi dos centenares de aranzadas de tierra, donadas por personas piadosas en forma de viñas, en su mayoría descepadas y puestas en arriendo a buen precio. Pasó ante la mansión de don

Manuel Peñalba, de admirable apariencia; y distrajo su curiosidad en la calle mayor mirando escaparates.

En el comercio del italiano Julio Mesina halló una herramienta que parecía esperar su llegada; y la mirada inquieta se quedó fija en ella: pezuña de chivo la cabeza, las cachas de cuerno de toro y una hoja que impone respeto. Entró, preguntó el precio de la navaja, y dicho por el dependiente, salió de la tienda para pensar un momento. La vio de nuevo en la vitrina, y sintió la llamada del acero, de sus reflejos destellantes. Penetró en la tienda deseando tenerla en la mano. Un corte facilitaba a la uña el gesto de aprehender la cuchilla; probó la apertura, probó el cierre, el perfecto alojamiento de la hoja en la cama, en la hendidura puchítera, y la atracción se le hizo irresistible. Se acordó Sabino de Tirso y fueron dos utensilios iguales los que compró, sabiendo que allí se quedaban todos los ahorros y los necesarios zahones de cuero. Volvió dando saltos de contento al subir la ladera de La Miranda, desandando el camino hasta llegar a Villazalama, donde, los perros primero y después su amigo, lo recibieron con franco alborozo. Mostró Sabino su navaja y Tirso quedó boquiabierto. Era tal la fascinación prendida en la mirada del amigo, que abreviando su gesto generoso, dijo: "Es tuya". No acababa de creérselo Tirso y cuando la duda más le acuciaba, sacó Sabino del morral la otra para convencerle de que la suerte tenía dos maneras idénticas de presentarse favorable. Como en sueños se expresaron: "Mataremos cabritos, desollaremos corderos, formaremos figuras de leña, vaciaremos cuencos de madera, cortaremos lías de esparto; y nos jactaremos".

Mas hoy, casi dos meses después, en los inicios de una recolección que no los deja fuera del todo, en el mismo lugar, sus pensamientos mozos siguen derroteros serios y el diálogo tiene como asunto el incierto porvenir.

-Estaremos aquí, ¿te parece?, en la pradera, en los corrales, hasta que nos tome el ejército para servir al Rey. Con el botín de las guerras haremos dineros y, hechos unos señorones, vendremos en favor de los nuestros. -Declara Tirso.

-Qué se nos da a nosotros del Rey... ¡América!, a América iremos; a Cuba, a Puerto Rico, a Río de la Plata, a su inmensa pradera. El Rey, llámese José, Carlos o Fernando, que se sirva a sí mismo. -Discrepa un Sabino exaltado.

Hablan luego de las inquietantes noticias que dibujan un país sumido en el desconcierto. No saben nada de política pero están recelosos. Y en eso se organiza en el extremo opuesto el revuelo ya mencionado: un segador y un pastor comienzan su perturbadora riña por causa de unas ovejas que han penetrado en el denso sembrado de cebada seca.

Ese día concreto, cinco de julio en el calendario, caluroso ya a prima hora, de buena mañana, los que bregan en la cuesta de la Media Legua junto al camino real de Cantabria los ven acercarse. Los que en las Altas siegan las cebadas -dichas del canónigo Ribera- pertenecientes al célebre Hospital, los ven venir gallardos y amenazadores. Cabalgan orgullosos en sus corceles negros, enhiestos, fieros, de mirada inhóspita; arrojando a dos carrromatos vacíos, y son lo menos treinta. Hay algunos jóvenes, otros de mediana edad; en sus cabezas revolotean recuerdos de la tierra madre, de parientes y amigos que quedaron lejos. Buscando un equilibrio inexistente, a las renunciadas contraponen las imágenes de gloria que alcanzan a vislumbrar, las condecoraciones, los ascensos, el bastón de mando. ¡Franceses!, ¡soldados franceses!: la voz corre como el agua desbordada. Casi un mes antes se posesionaron de la capital; de arrasar Torquemada venían, de acuchillar a los vecinos todos, niños y mayores; de quemar el pueblo, de arruinarlo desde la propia base. Se trata de bárbaros, de bestias inhumanas; ruinas y cenizas dejan a su paso. Los ven con temor y asombro los agosteros que tienen su faena en el Altillo, y uno de los mozos, caballero en su burro, menos airoso que los franceses pero más rápido, se acerca al pueblo para prevenir a los vecinos.

Llegados los soldados al señorío secular de Valdepero, se dirigen, como era de esperar, a la plaza del Ayuntamiento; descabalgan y, antes que nada, fijan al poste dos edictos. Uno de ellos requiere la colaboración de los vecinos en la requisita, aportando al ejército amigo legumbres, grano, mantas, harina, y brazos fuertes para cargarlo todo. Traen la paz y la democracia, la instrucción de los ignorantes, las obras públicas y la igualdad de los pobres con los ricos; asegura el cartel. Y a modo de explicación, trencilla que ata el deber de unos y el derecho de otros, añade que ellos son "los conquistadores de Europa, enviados por Napoleón a todos los confines para descubrir a las gentes diversas su unidad de destino". Firma, dando al contenido

fuerza de ley, el General de División Lasalle, Conde del Imperio. El segundo cartel no es más que el bando del mismo militar dado el 17 de junio en Palencia, por el que la nueva autoridad prohíbe portar armas, blancas o de fuego, incluidas las habituales navajas, herramienta imprescindible en muchas tareas. “A quien en un cacheo le sean halladas será considerado soldado enemigo”.

Encuentran el ayuntamiento cerrado y al alguacil a la puerta, haciendo guardia, dispuesto a servir a la autoridad de hecho, sabedor de la venida de lo que el llama "destacamento aliado". Le ordenan premura en abrir el Consistorio y buscar a los mandatarios del municipio y, a escape, deja franca la puerta y emprende el camino. Aprovechan el lapso los soldados para dar agua y pienso a los caballos, comer un bocado de pan con tasajo y beber un jarro de vino en uno de los dos mesones -el que está junto al arco de la puerta Hondón, seguramente- visto al llegar. Pasado ese tiempo tan prolongado, se personan el Teniente Alcalde Mayor y el Alcalde Ordinario, puestos por el Duque de Alba al frente del pueblo. Ambos conocen las atrocidades cometidas por los soldados en su avance imparable, y traen calculada la resistencia pasiva que pueden oponer a la guarnición de la capital -medio millar de soldados, avanzadilla de un ejército numeroso y dotado de toda clase de pertrechos- y al piquete que acaba de llegar al pueblo.

Basados en ese razonamiento, recriminan su acción a las incendiarias de los dictados franceses sorprendidas por ellos al llegar a la plaza. La iglesia y las ermitas son, en su pensar, previsibles objetivos de los invasores: pinturas, tallas, objetos de culto, cruces, copones y patenas, oro y plata. Esas riquezas han oído que buscan. El trigo del Pósito, el grano de las paneras, las legumbres de alacenas y despensas, el ajuar hospitalario, y los lechazos resguardados en los apriscos de las rondas. Queda claro que los vecinos han de contribuir al sostenimiento de los ocupantes. Chorizos y lomos en aceite pueden disimularse, dentro de sus orzas, en los pajares. Lástima que a los marranos -sustento del próximo año- tan alborotadores, no se les pueda esconder en sitio alguno. Tardan en manifestar un aprensión alojada en lo oculto de la mente, un miedo que como padres o esposos no pueden restringir: las doncellas; hay soldados muy jóvenes que no tendrán miramientos, y disponer su guarda puede manifestarse insuficiente. Si los bandidos se conforman con víveres e imágenes, en interés del pueblo, la inteligencia

conviene en entregárselos. Peor será si se quedan, ya que el castillo y la Casa Grande pueden tentar a unos jefes que precisan aposento para hombres y bestias

Situados los regidores en presencia de los oficiales que mandan la tropa extranjera -el capitán Bonet y un segundo cuyo nombre no entienden- su tono es conciliador, de capitulación aparente. Por ignorarlo, hablan con el deje lastimero que a todos los déspotas agranda; y si algo dicen de verdad sobre las posibilidades de ayuda, esa verdad se refiere a las deudas contraídas por el municipio, a los censos pendientes de pago, y a las rentas debidas al Duque. El rédito de ciento ochenta mil reales comprometidos al tres por ciento, se suma a obligaciones y cargas, de modo que el compromiso anual alcanza un monto de trece mil reales largos. Esa verdad de su boca quejosa abarca a las malas cosechas sufridas en los granos, y a la merma de vino: "Si les ha llegado a oídos su fama, han de saber que es bien cierta: las uvas mencía y garnacha dan cuerpo a los mostos, sabor a frutas maduras, y un color granate de tonos muy vivos; las bodegas profundas, de temperatura constante, facilitan una fermentación ajustada; las carrales de roble de nuestros montes, cuna y cama, comunican un aroma a vainilla que tiene buen predicamento.

Eso es indiscutible, mas la cantidad es cosa divergente, pues si cuando éramos niños, de cada cinco obradas del término municipal -excluyendo montes y prados- una se destinaba a viñedo, ahora la proporción llega a una de cada diez. A mayores, las tierras libradas de cepas son de mala calidad y producen muy poco, algo de centeno, morcajo y avena, lo mismo que los peñascales de los páramos". Todo eso manifiestan los ediles a unos oficiales que escuchan sin entender la esencia. No han traído intérprete y tergiversan lo que oyen y dicen. Los militares gabachos, camada de Napoleón, pagados de sí mismos, se muestran incapaces de admitir virtud a esta tierra y lo mismo a sus gentes.

Han dispuesto los campesinos un tentempié con el fin de ganar tiempo, y mientras los oficiales prueban las bondades de lo ofrecido, queso, jamón y un vinillo del año pasado que ha salido soberbio, el pueblo entero se afana en ocultar todo lo que de valor posee. Ciérranse las mujeres jóvenes -algunas contra su voluntad, pues han oído decir que son mozos guapos los

franceses y lucen bigotes- en el falso suelo del escenario, interior del salón de baile donde a veces se representan comedias.

El siete de junio, la invasión francesa, un paseo militar sin más tropiezos que el de Torquemada, llegó a Palencia. Es de dominio público lo acaecido en el pueblo ribereño del Pisuerga, a raíz de obstruir sus gentes el puente que lo cruza tratando de entorpecer el avance marcial. Se conoce, asimismo, que desde el mes de marzo se encuentran en Madrid los franceses; ensálzase el levantamiento del dos de mayo, y no se ignora que los fusilamientos de patriotas duraron tres días completos. Quizá esas noticias expliquen porqué, en la capital, el Obispo y el Corregidor Ortiz pidieron clemencia y muchos vecinos huyen a León. En vista de que han ocupado la ciudad como casa propia, y viven a cuerpo de rey en residencias principales, se cree que los extranjeros han venido con la intención de quedarse.

Alaban los oficiales el paladar del vino, el color y el olor; tan a su gusto, que les parece francés. Se admiran del descubrimiento y piden dos bocoyes de sesenta cántaras. Bajo un sol ardiente crecido en su rigor se acercan al Pósito, dotado en números con seiscientas fanegas de trigo, pero se ultima la campaña y carece de provisión. Desconfía el capitán francés de los alcaldes, y pone a su lado al alguacil que parece más dócil, dirigiéndose a él en busca de información y respuestas. Cuatro cargas envasan en ocho costales que suben a uno de los carromatos. La pobreza del hospitalillo no facilita ocasión a los soldados de apoderarse de cosa apreciable, salvo unas mantas que el alguacil descubre recién llegadas del telar, reemplazo de las que aprovechan a los dos enfermos de tercianas, tan ralas, que se ve la luz atravesar trama y urdimbre, y manchadas, para colmo, del jugo de borrajas que los cura. De la ermita de Jesús Nazareno, pobre de solemnidad, sólo una capa del Cristo, bordada en oro, regalo de los humildes cofrades, pueden llevarse. Postergando la visita al castillo, cuya llave obra en poder del representante del Duque que ya ha sido avisado; y a la iglesia parroquial, al hallarse el cura administrando el viático a un moribundo, dirigen sus miras a la ermita de San Pedro.

Silvino, anciano ermitaño de la Virgen del Consuelo, y sepulturero del Cementerio Municipal, subido a la espadaña con el fin de asegurar bien el badajo de la campana, los ve acercarse. Tiene su vivienda de encargado adosada al campanario, y una

parte de la huesera, libre de calaveras y tibias, hace las veces de huerto; así que ha ido desarrollando creencias sobre la otra vida que no son comunes. Sabiendo forzada a la autoridad no entrega las llaves que piden los alcaldes, y un soldado cualquiera da en el suelo con el cuerpo menguado y lo arrastra inerte tirando de un pie. Es vano el castigo, Silvino no cede. Deciden reventar el portón usando como ariete un banco de roble -medio tronco serrado, el asiento; y las patas, cuatro ramas gruesas- donde suelen tomar el fresco el enterrador y su familia: una esposa encorvada y una hija moza de mediana edad con el entendimiento reducido.

Resultan sólidas las hojas de la puerta, y aferrados a ellas se intuyen los cerrojos internos; unidad forman barras y tablones y, siguiendo el ejemplo del ermitaño, tampoco ceden. Por indicación del alguacil entran en la casa y sacan a las dos señoras, medrosas, asustadas. En sus mujeres violentan a Silvino; un infame uniformado rasga las ásperas sayas con una bayoneta de hoja brillante que araña la piel. Alma impetuosa en cuerpo gastado, el octogenario hace frente al soldado bandido, y recibe un culatazo en el rostro que basta para derribarlo y concluir su diario penar. La esposa, compañera en las encrucijadas, con tal de evitarle tortura facilita las llaves al capitán de la tropa invasora, y se abraza al marido agónico al tiempo de verle dar las boqueadas. El gentío que se ha ido arremolinando, vecinos incapaces para las labores del campo -abuelos de cráneo desnudo, indignadas mujeres y atemorizados chiquillos- observa la avasalladora actitud de los soldados franceses mordiéndose la lengua. Cargan en uno de los carrromatos, de considerables dimensiones para los usos del lugar, algunos cuadros de autor desconocido, dos tallas atribuidas a Alonso Berruguete que forman trinidad con un Cristo, el valioso cáliz y una casulla bordada con hilos de oro.

Un chavalillo atrevido -poco más de diez años- cruza un palo en una de las ruedas para que no partan los ladrones llevándose el botín. Un pescozón lo derriba; y un puntapié, ya en el suelo, remata la hazaña valiente de un militar sin entrañas. La madre del niño acomete al verdugo gritando improperios, pero éste la toma de los brazos desnudos, del talle, y la arroja rodando por la alta lindera que bordea el camino de Taragudo y los montes. Los vecinos, con ademán hostil -tres docenas ya- debatiéndose entre el deseo de venganza y el miedo a las represalias, siguen a la

cohorte extranjera, al alguacil y a los regidores, hasta el castillo. Los hombres que se afanan en el campo conocen lo que ocurre; esposas dolidas les llevan las noticias, y los motriles encargados del aprovisionamiento. Una orden, un ruego reciben del Alcalde Mayor, del Alcalde Ordinario: "Habéis de permanecer alejados de la villa; nada ganamos con el ataque, el destacamento es sólo una avanzada del cuerpo de ejército que ocupa Palencia".

En la explanada del castillo esperan los exigidos bocoyes, colmados del vino que los franceses encuentran suyo en todos los sentidos. Los soldados disponen los carrales de roble en el carretón, y los sujetan con maromas a las teleras bajas y a los travesaños firmes, sirviéndose de los costales para impedir que rueden. Al lado, los santos, acostados sobre las casullas, cubiertos de doradas capas pluviales, atados con cíngulos, parecen ausentes de su misión protectora. Las mantas abiertas, extendidas sobre sacos de yute pletóricos de garbanzos, lentejas y titos, que cuatro uniformados requisaron de vacuas paneras, colman los huecos y completan el carro. No habiendo llegado la llave, aceptan del alguacil la idea de acometer la puerta del castillo con el carruaje desocupado.

Toman de las cabezadas a los mulos, los fuerzan a girar hasta alcanzar la posición contraria, y amenazándolos, golpeándolos, consiguen que cejen, que reculen, hasta fijar los corvejones en tierra y elevar al cielo las manos. Golpea la madera a la madera y en el pulso obligado, sin gran deterioro, cede la puerta. Entran los invasores, observan el patio, se acercan al pozo insondable, recorren las habitaciones, y juzgan el recinto pintiparado para albergar a la tropa y a las caballerías, muy apropiado como almacén de víveres y polvorín. En nombre del General Lasalle y del Emperador Bonaparte toman posesión de la fortaleza; y aunque no dejan guardia, instruyen al alguacil para que el herrero ponga nuevos cerrojos y él guarde la llave. De la Casa Grande parecen no tener noticia, y se salva momentáneamente de la ocupación.

Don Pedro, el párroco, cincuenta años vividos, los diez últimos al espiritual cuidado de Valdepero; flaco, nervioso, recibe a los soldados con las puertas de la iglesia abiertas de par en par. Es pacifista y le producen espanto las armas. Tallas valiosas del altar mayor, madera oscura en su color natural; casullas de gala, tiesas de los hilos de oro que las adornan; la cruz de plata, el incensario

del mismo metal, y la custodia que se muestra sólo el día del Corpus: todo ese tesoro deja Don Pedro que se lleven como si fueran baratijas, como si se tratara de viejos aperos de labranza. Rodeado como está de miradas coléricas, amilanado a la vista de los fusiles y los machetes, aturdido por incomprensibles palabras extranjeras, permite sin oposición que los objetos sagrados vayan a parar al carromato, y allí los acomodan entre cuatro tablas a modo de cajón.

Tiembla don Pedro al lado de la sacristía; teme acaso que los soldados se acerquen al Sagrario, pues dentro está el Copón donde el Dios del Gólgota descansa tras su sacrificio. Eso hacen: al Tabernáculo se aproximan, y usando un sable como palanca saltan el cierre que no es sino un sortilegio, un ensalmo pensado para elevar al Creador sobre las criaturas, al Salvador por encima de los condenados; una clave válida para situar al Omnipotente arriba de los desvalidos humanos, que sólo arrepentidos de sus flaquezas -blanco el interior como armiño- son dignos de recibirlo en su oscura morada. Los ve hacer el medroso don Pedro, y enérgico de una furia que no sabe de donde le viene, como una exhalación se adelanta a los profanadores. Trata de tomar las Hostias consagradas -Cuerpo vivo de Nuestro Señor- quiere comulgar con todas ellas, guardarlas en el recinto sagrado del alma. Ya no siente miedo; se ve gigante y desprecia a las huestes armadas de Satán, desoyendo las palabras sin sentido que profieren. Forcejea con un salvaje, un ateo, un volteriano, con un jacobino enviado del infierno; y lo hace porque ama a Cristo más que a la vida cargada de potencias. Un empujón recibe que lo lanza contra la verja, frontera defensora del *Sancta Sanctórun* frente a las asechanzas del mundo engañoso. Don Pedro, que padece frecuentes arrebatos epilépticos, se agita echando espumarajos por la boca, y bracea y patalea como un poseso. Retroceden los soldados al verlo, quizá creyentes, quizá supersticiosos, y es el propio capitán Bonet quien, para dar ejemplo, golpea reiteradamente el cuerpo con la culata del fusil, y atraviesa el pecho del sacerdote con la bayoneta de uno de los espantados.

Han recibido los agosteros recado de no reñir con los militares, mas las mujeres de Valdepero no entienden los intereses que animan la política, y ante la cruel y despiadada actitud de los franceses, piensan suplir a unos hombres que prestan oídos a la autoridad y se los niegan a la sangre. Hablan en concilio de

cuatro, de seis, de quince, porque se van sumando valientes, acaloradas. Hablan de ir al salón de baile y rescatar a las mozas de su propia cautela, y todas juntas, las unas y las otras -armadas de cuchillos tocineros, de atizadores del hogar, de rústicas escobas- asaltar al destacamento francés y cerrarse en el castillo por si vienen de Palencia refuerzos. Ya lo hicieron sus tatarabuelas en 1521, fecha que está grabada en el frontispicio de la fortaleza para que ningún vecino olvide. La mujer del Alcalde Mayor les baja los humos a las cabecillas con unos humos más altos de alcaldesa consorte, y todo queda en intento.

Está bien avanzada la mañana y el calor aprieta de lo lindo, pese a que unas nubes oscuras nacidas al Oeste se acercan al sol. El alguacil, que ha traicionado a su pueblo en varias ocasiones en lo que va de día, por una sola vez engaña al enemigo. En las indicaciones dadas a la patrulla que quiere ir a Husillos -sólo en él confían los oficiales- aconseja la parte más quebrada, el camino de la Cuesta, y se ofrece a acompañarlos. Almorzarán en las proximidades de la villa y visitarán la abadía, pues tienen noticia de los relieves valiosos que cubren sepulcros de gente principal. Dos chiguitos, previniendo a los que encuentran al paso, se encaminan a todo correr por el pago de las Brujas hasta Villazalama.

Precisamente en esos pastos ocurre la pendencia que enfrenta, unos contra otros, al mundo entero y verdadero. El bosque frondoso tuvo su principio en un insignificante brote, el caudaloso río fue una fuente; en ésta oportunidad el germen estuvo en un leve reproche, dirigido a un zagal por el segador que descubrió el desaguado. Recibió como un cantazo el pastor la reprimenda, y contestó con alguna inconveniencia superior. Su agarrada inmediata resultó un imán para quienes se percataban de cerca o de lejos de lo ocurrido; y ahora, transcurrido un largo rato, salta el calañés por los aires, del jubón de bayeta se toman, del calzón de paño de Astudillo; a tirones descomponen la figura y dan con el oponente en el suelo. Allí las puñadas en el rostro, allí las trompadas en el pecho. Sabino y Tirso defienden antes que a nadie a los trashumantes, a los de chaqueta de piel de cordero, a los que huelen a leche agria; mas no tienen reparos en apoyar a los labriegos, ya sean de Valdepero o de Husillos, y a los segadores recién llegados. La contienda va perdiendo la intensidad inicial, y salvo los heridos a garrotazos que buscan desquite, el resto se acomete con desgana. Dos chavales llegan

corriendo como galgos, y anuncian la cercanía de los franceses. Relatan en dos o tres frases -más no se necesitan- los crímenes cometidos contra el ermitaño y el cura, las heridas causadas a los indefensos, los múltiples robos. El exceso de tensión mata la reyerta, llegándose a la única determinación aceptable.

-¡A la cuesta! -grita un segador- allí los sorprenderemos.

-¡A la cuesta! -repite una voz que es un eco de voces, la unión de veinte voluntades al menos- que cada uno mude sus trebejos en armas: dalles, hoces, rastrillos, horcas, navajas, garrotes. -Añade el segador que parece más decidido.

-Poco somos si no recuperamos los santos y vengamos a muertos y heridos. Poco somos si dejamos marchar a los soldados franceses sin escarmiento. -Así se expresa un desconocido Tirso en la parrafada más larga que de él se recuerda.

Alargan los chavales su carrera para dar aviso a los de Husillos y, al momento, horcas de guinchos puntiagudos -amotinadas, insurrectas- se yerguen amenazadoras; rastrillas de madera exhibiendo unos dientes desiguales, cual pendones de batalla o descabezadas cruces, se elevan hasta las nubes sombrías. Se enarbolan hoces de brillante filo, dalles temblorosos. Cachavas y cayados de fuerte apariencia bailan en el aire. Hondas giran preñadas de piedras. Óyese un fragor de batalla, un rumor de cortejo. Escopetas de relucientes caños se agitan buscando invisibles pechos franceses. Voces airadas maldicen a los culpables de la violencia y la rapiña, votos y juramentos prometen venganza. Sabino y Tirso descubren un uso agregado para sus navajas cabriteras, y de ellas reciben un valor crecido. Hombro con hombro marchan animosos en el grupo que se dirige a la Cuesta. Amigos, hermanos, una espiga forman los que antes se enfrentaban. No los separa el oficio, ni la circunstancia insignificante de haber nacido en un pueblo o en el otro, abajo o arriba; les une la defensa de aquello que les hace infelices, un albur que los lleva y los trae tras cosechas inciertas, a través de pedregales infecundos, apremiados por inacabables obligaciones que requieren el tenaz ejemplo del sol para llegar a término.

En los cárcavos se apostan, en las linderas cubiertas de zarzas. Toman posición en los recodos del camino, en las grietas del barranco. Un cazador queda arriba, vigilante de la tropa, ceñido a su perro. Ya no pica el sol, el bochorno parece venir de las nubes

moradas que cubren el cielo, de los pajizos rastrojos, de los sembrados enhiestos, de los polvorientos caminos. Llegan los franceses con sus lucidos arreos, con fusiles y sables; a lomos de sus caballos llegan, subidos al pescante de los carros. Son lo menos treinta y de sus frentes resbala el sudor. Piensan unos en sus padres, en sus novias, en las esposas dejadas en la tierra patria, en los hijos acaso; otros, los despiertos, los más perspicaces, se preguntan al paso medido de los cuadrúpedos, si es ésta la gloria que vinieron a buscar ilusionados; si es ésta la tierra, si son éstos los hombres, cuya derrota les ha de procurar la perseguida fama, si a contienda tan despareja llamaba el emperador Bonaparte, y si los campesinos ven en ellos la grandeza de Francia: igualdad, fraternidad, libertad y progreso. Ya están al inicio de la cuesta y divisan Husillos, cuando unas gotas enormes se mezclan con la tierra suelta de las roderas, formando una mezcla que se hace barro denso. Cien truenos siguen de cerca a cien relámpagos o viceversa.

El diluvio es una realidad alejada del antiguo mito. Se ha concretado partiendo de un cielo negruzco, para precipitarse en un suelo ávido de líquidos, arcilla reseca. Ignorante de la zalagarda la columna entra en el declive con los carros situados en el centro. Uno va lleno y el otro esperan llenarlo en el pueblo que aparece allá abajo, al otro lado del río. Les ha dicho el alguacil que a la entrada hay una pradera y, en ella, un molino; espacio apropiado para acuartelarse. El camino se inclina por momentos; y a la derecha o la izquierda se turnan el barranco y la alta ladera siguiendo un zigzag que busca suavizar la pendiente. Surge una jauría de perros: sabuesos, mastines y los indefinidos, hijos de cien mezclas; obediente a unas voces cuyo origen se ignora, la horda canina ladra a los caballos de los caballeros, a los mulos que tiran de los carromatos, muerde sus patas, espanta su decisión, muda el sentido de su energía.

Se alzan de manos las bestias y algunos soldados besan el suelo. Se oyen disparos de escopetas emboscadas; no se distinguen las cabezas que miran a lo largo del tubo, no se ven los dedos que aprietan el gatillo. Cazadores, aprendices de bandido y los bandidos hechos han esperado mudos pegados a la yerba seca; respiran hondo, apuntan con tranquilidad y ninguno yerra. Cuatro, seis soldados se doblan en sus cabalgaduras y resbalan hasta quedar tendidos al borde del carril. En personas armadas de hoces se transfiguran las zarzas, de las cárcavas surgen cuerpos

que el chaparrón difumina, en las grietas del barranco nacen figuras espectrales que agitan dalles, rastrillos y horcas. No basta la galga para fijar las ruedas a las hendidas rodadas; crúzanse los carros, siguen la pendiente fácil y su peso arrastra a las mulas. Bestias y carretas descienden dando tumbos, soltando bocoyes de vino, costales de grano, imágenes sacras. Causando un ruido metálico las bayonetas prolongan cañones; se esparcen las órdenes a través de la lluvia, mezcladas con los gritos de pavor y las blasfemias. Los franceses reaccionan, y siguen al pie de la letra el manual que define las maniobras precisas en caso de emboscada.

Un pastor cae malherido cuando la hoja ensangrentada de un sable abandona su pecho. Un gorro militar escapa de la cabeza aplastada por un robusto cayado. Cuatro, seis figuras armadas, procedentes de Husillos, se incorporan desde abajo al grupo atacante. Impetuosos caballos sin jinete se despeñan –ojos turbios en la líquida cortina, cascos torpes en el limo- sumándose a los descoyuntados por las vigas de los carruajes: patas quebradas, pescuezos torcidos, vientres sangrantes donde las astillas se internan, tripas exhalando el olor de la cebada a medio fermentar. Se recortan en lo alto unos contornos esquivos; varios mozos de Valdepero se incorporan al combate. Momentos antes de esparcir su carga preciosa -el mejor vino de la comarca- los bocoyes aplastan a los que llevan las riendas en el pescante: uniformes empapados de caldo, voces reclamando un socorro que nadie puede prestar. El agua baja con poderoso ruido de arrastre, con rumor de torrente; lavándolo todo -rostros y vestiduras- manchándolo todo.

En su nuevo menester las navajas de los dos amigos logran el desquite: fisuras abren a los vientres quietos, a los costados esquivos, cruzan caras y marcan mejillas. Descubre Sabino que atacan a un raposo, a un hortelano de Husillos; ve que una pareja de ventajistas, militares de la Francia invasora, intentan matar a un prójimo de quien ignora el nombre. Bayonetas manchadas de sangre amenazan su vida, una por el pecho, otra por la espalda. Lo ve Sabino y salta como un tigre apretando la navaja en su puño acerado. Tirso observa el movimiento del amigo y lleva luego su mirada al espantado rostro de quien teme ser doblemente ensartado. Basta una seña -ellos se leen la mirada- y cada uno ataca a un soldado. Aprovecha el hortelano el trance y se escurre como anguila. Los franceses, adiestrados en su oficio,

esquivan con facilidad los envites. La rabia que Tirso contagia a su brazo se disuelve en el aire sin más consecuencia. Fatalidad de fatalidades, el empuje que Sabino pone en su navaja, desorientado, se interna en el pecho amigo; y el corazón generoso de Tirso recibe a la hoja del hermano como hermana.

Cesa la catarata y se desvanecen las nubes descubriendo un azul muy intenso; el olor a tierra mojada, a nías húmedas, impregna el ambiente. Sabino, dominado por una pena muy honda que lo ahoga, se sienta sobre una piedra blancuzca, truncada, solitaria; y desde ese punto de mira observa el tétrico paisaje de la cuesta, iluminado por un sol que ya ha traspasado la vertical hace tiempo.

-¡En mala hora compré las navajas! –Exclama Sabino a la vez que levanta la mirada dura y el puño cerrado hacia un cielo que ha recobrado la serenidad.

Ignora a ciencia cierta como se desarrolló el percance, más ya sabe que es el diablo quien temple las hojas de acero. Cree que su torpeza ha robado la vida al amigo del alma, y formando el ánima amiga parte de la suya, queda él incompleto, amputado. La sangre que hace unas horas fluía briosa por las venas, alimentando sueños jóvenes, llevando a la acción los proyectos maduros, se mezcla ahora con el sucio légamo.

-Si en esto consiste la ansiada victoria -se dice asqueado- debiera ponerse sobre aviso a los contendientes antes de comenzar las batallas; porque si esto es la victoria, la victoria en las guerras no existe.

Pregunta su conciencia qué será de los seis hermanos de Tirso, de menor edad que el muchacho muerto, sin padre los pobres y con la madre enferma. En lo íntimo se hace responsable de su suerte, y la liga desde ese momento a la suya. Se irá donde haya dineros, los ganará y ayudará a la familia que él ha desgraciado.

A quince se eleva en el lado civil el número de bajas; cinco cadáveres y diez heridos de importancia diversa; cuenta entre los leves el alguacil, viajero en el carretón desocupado. Del bando militar no quedan supervivientes. Un grupo de caballos que ha salido indemne, mordisquea unos juncos al final de la cuesta, en el pequeño llano que cruza un regato mínimo. Hay soldados

víctimas de sus mismas armas, sables, bayonetas, tomadas por los lugareños en defensa propia, en el propio ataque; pero los hay que presentan heridas de navajas, de horcas, de hoces, y esos, ante el temor de una descubierta francesa que aclare el desastre, son llevados al pueblo y arrojados al pozo del castillo, a la insondable corriente subterránea en que se aprovisiona.

Antes de dar parte a la tropa asentada en Palencia de lo acontecido en el pueblo, se ensaya el teatro que se ha de fingir. Hombres, niños y mujeres participan en la representación, para que a nadie se le escape un extremo que lleve al oville. Restaurada la confianza que en él tenía el Ayuntamiento, el alguacil se revela como un buen consejero. Los muertos propios, caídos a lo ancho de la Cuesta, se colocan en los escenarios del paso francés: el hospitalillo, el pósito, las ermitas, la puerta del castillo y la iglesia. Los vecinos proclives a aceptar en lo inexplicable la intervención divina, encuentran milagrosa la salvación de las tallas robadas al santuario del Consuelo, intactas cuando todo lo demás se ha hecho añicos. Acuerdan restituirlas al lugar de su culto, mas sin volverlas a los altares en previsión de nuevos saqueos; y emparedadas quedan en un esconce bien disimulado.

Inventan, con todo detalle, una explicación del suceso que los exonere de culpas: "Bebieron los soldados en el mesón hasta embriagarse, bebieron los oficiales en el Ayuntamiento; un alto hicieron para resguardarse de la tormenta y, abriendo la espita de los bocoyes, bebieron. Guiaron mal a los mulos que se despeñaron con toda su carga: allí están las duelas tronchadas de las carrales, allí las legumbres y el grano esparcidos, allí las vigas resquebrajadas de los carretones, allí los mulos mostrando sus vientres abiertos, allí están los cadáveres con aliento avinado. Los soldados abrieron pendencia unos contra otros, y unos contra otros los más se dieron muerte, desertando unos cuantos que conservaron la vida".

De la mano muerta de su amigo Sabino retiró la otrora atractiva navaja -puchítera de cabra, pata del demonio- y enlazándola con alambre a la suya -pezuña de lucifer- arrojó con rabia el odioso atado al pozo del castillo, tenebroso agujero, tras los cadáveres uniformados culpables de todo. Evitando enfrentarse a los franceses, temeroso de poner a prueba su rencor, sin tomar hatillo, sin despedirse; escapando de sí mismo e ignorando la

causa, camina el desgraciado muchacho hacia el Norte. Se dice que va a agregarse a la cuadrilla de rebeldes encabezada por el Marquesito. Se dice que se suma a la partida guerrillera, porque odiando las armas odia más a los soldados franceses. Se dice que marcha a Lebanza donde quiere ser lego. Se dice que pretende llegar a Santander para embarcarse hacia América.

Alrededor de 1828 “El desvelado misterio de la Casa de las Ánimas”, leyenda sacada del libro “En torno a Valdepero”

La casa hacía esquina, y entregaba una pared a cada uno de los dos callejones que contribuía a formar, abiertos a la calle Rica por el ángulo. Recuerdo que cuando estaba en su ser -era yo un muchacho de pantalón corto- careciendo de zaguán, un portalón embaldosado de ladrillos recibía desde la calle a las visitas, y las llevaba cortés a la cocina, a la estufa tibia, a una cuadra en desuso y al patio. Se asentaban en el portal, del lado opuesto al pozo, los peldaños que subían a una panera -suficiente no siendo mansión de labradores- y a las cuatro alcobas. Moría la escalera iniciando un desván, al que no me permitieron subir por temor a que manchara de polvo mi trajecito azul de las fiestas. El pozo, tan profundo que era voz común la carencia de base que sirviera de asiento a las aguas, se perforó en tiempos remotos dentro de un cercado que daba acomodo a un palomar y a varias colmenas, populoso de romeros y otras plantas aromáticas. Al levantar la casa se valoró la utilidad del agua en su interior y los muros lo acogieron. Veinte metros de sogas se tendían, que aparecía seca en toda su longitud hasta llegar a unos palmos de la herrada. Si caía algún objeto o se soltaba el caldero de su engarce, ni rebañadera ni garfios lo prendían.

Por aquel entonces –cuarenta y tantos años hace- la “Casa de las Ánimas” estaba con frecuencia vacía; los habitantes, tal vez obreros de año en alguna labranza fuerte, se mudaban a los pocos meses de llegar. No sé muy bien si partían como resultado del cese en el trabajo, o si la causa de que abandonaran la labor provenía de hacerse insoportable la continuidad en aquella vivienda. Más esto último, si hemos de hacer caso a las habladurías. Un temor extremo habían de sentir para abandonar la secuencia de sus pasos, marchando tan aprisa y tan lejos. Fueran reales o supuestas las razones que los impulsaban, eran las sorprendidas desde su punto de observación, y ahí no podemos entrar. En cualquier caso se debe tener en cuenta que el sobrenombre de las Ánimas, indicativo de propiedad, no viene de un día o de un suspiro, sino que es el grito acumulado en decenas de lustros. Apelativo y reputación convocan olvidadas

situaciones que, quiérase o no, influyen en la valoración de los acontecimientos. Pasado el tiempo, repetidos los recuerdos, acción y reacción se mezclan echándose una mano, y entonces resulta imposible distinguir la consecuencia de la causa.

Ha sido práctica corriente en las familias, que a los chiquillos demandantes de sucesos sorprendentes, acomodados alrededor de las brasas en las anochecidas invernales, los más dispuestos de los ancianos describieran el misterio de las ánimas que dan nombre a la casa.

En el estallido de las tormentas, de sus paredes se escapaban borbotones de lamentos; quejidos de quien ha gastado toda esperanza, clamor de almas en pena que arrastran los pesados fierros de su despiadado destino.

Otros dos prodigios asegurábanse la permanencia en la frágil retentiva de los abuelos. Del penetrante pozo -brocal oculto tras la puerta de entrada- a veces surgía un agua clara y fresca que inundaba el portal, la cocina, la pequeña cuadra y el corral donde se criaban gallinas y conejos; salía a la calle por el albañal e iniciando una corriente mínima alcanzaba las malvarreales del callejón, para emprender desde allí la marcha, convertido ya en improvisado arroyuelo, y enviar su flujo calle Rica abajo al Corral del Ganado, saciando en aquel punto la sed del guarizo.

Del conducto utilizado para enrojar la estufa, boca abierta en el portal a tres palmos bajo el suelo, en ocasiones coincidentes o no con las del rebose del pozo, escapaban el fuego y el humo con peligro cierto para las personas y las cosas. Llamadas sorprendentes y humareda que ocupaba los dos callejones, cubriendo de hollín los muebles y las ropas, ahumando las enjalbegadas paredes a la manera del curado de la matanza.

Al parecer, con una periodicidad imprecisa, se percibía en la hornacha la agitación de dos cuerpos sumidos en el fragor de la lucha, formados por las cambiantes pinceladas de unas llamas azules y blancas, amarillas y rojas; cabeza, tronco y extremidades de dos personas enfrentadas en la corriente ígnea. Se presentían dos cuerpos desleídos en el agua somera del pozo, que se aborrecían según opinión de los menos, o se amaban, en el decir de los más. Y si la visión venía acompañada de indefinidos

sones, se escuchaban entonces las quejas de quienes penan disueltos en el vivo fuego, escondidos en el terso líquido.

Volví, no hace aún diez años, en Valdepero, al lugar exacto, territorio delimitado por las dos callejas sin salida. De lo que fue la “Casa de las Ánimas” quedaba en pie el metro y medio de pedregoso muro, base sólida del conglomerado de tierra, paja y cantos -conocido por el nombre de tapial- que elevaba la pared hasta la altura de un piso sobre la planta baja. En el suelo yacían tabiques enyesados, vigas de resistente leño, tablas y tejas que antaño culminaban un conjunto firmemente erguido. Arrancadas de su engarce las fallebas, idos con ellas los contrafuertes de tabla y rotos los vidrios por unos muchachos que precisaban blancos para probar su tino; los moderados huecos de los antiguos ventanales permanecían cuadrículados por las vetustas rejas, íntegras, salvo por un ligero orín que las cubría.

Miré interesado hacia el fondo del saco que forma el callejón izquierdo, y allí estaba el viejo Severino, sedente en el deslucido sillón de mimbre, a la puerta abierta de su casa. Tutelaba el lento crecer de las malvarreales, y el sueño intermitente del asno compañero. Desde su puesto de vigía divisaba el mundo, lugar mínimo donde la calle Rica se dobla para ir al encuentro de la calle Mayor. Casi doscientos años llevaba esperando los acontecimientos, siendo testigo del viento desgarrado que aúlla, que brama, que bufa; del granizo que golpea insistente el caldero puesto a recoger agualluvia bajo el canalón, del suave descenso de la nieve mansa, de los beneficiosos efectos de los tibios rayos de sol sobre los huesos dolientes, de los equívocos provocados por la pálida luna. Inició la actividad su bisabuelo, y la hizo llegar hasta él a través de los varones; vigilantes todos ellos de los diarios sucesos desde mil ochocientos veintiocho, el año preciso en que se reabrió la mina de plata, un montón informe de tierras profundas abandonado en la orilla izquierda del camino que va a Villagimena. Casi dos siglos de continuidad en el nombre, en el testimonio y en la narración. Alguien que toma nota mental de lo que ocurre diez, veinte, treinta metros a lo largo o a lo ancho; enmudeciendo si nadie se decide a preguntar; explayándose, exhibiendo sus conocimientos complacido si alguien se interesa.

Metido yo de lleno en los menesteres de relatar pasados acontecimientos, creí conveniente dirigirme al depósito mismo

de la memoria, el anciano testigo del desigual acontecer. Sin embargo, por no dejar ayudas ocultas, quise escudriñar antes la verdad de las ruinas ganadas por las plantas silvestres; pues si había en ellas alguna traza, de no mediar un curioso investigador se iba a echar a perder como carne sin salmuera. Escarbé en el montón de escombros y, a más de cascotes y tejas quebradas, nada encontré que pudiera dar pistas o marcar caminos, a no ser una veleta, remate de una cúpula de hierro, oxidada sobre el negro del humo. Entonces sí, portando en la mano la férrea pieza, y mostrándola a guisa de asidero de la charla, me acerqué a Severino, informador que por resultarle indiferentes los oscuros sucesos no iba a eludir su evocación.

Dos almas dedicadas al ejercicio de su penitencia según él presume, dueñas de los tornadizos rostros vislumbrados -agua y fuego- y de los tristísimos lamentos, gritos y susurros escuchados. Espíritus desgajados de los cuerpos de dos hermanos mozos, muertos violentamente -mil ochocientos veintiocho- en circunstancias trágicas. Intérpretes ambos de una pasión desbordada, que penan en la casa como otros lo hacen en cualquiera de los siete círculos del infierno o en las no menos estremecedoras elipses del purgatorio; lamentando sus yerros, gimiendo y quejándose en las noches de tormenta, cuando el agua brota espontánea y el fuego ocupa las habitaciones. Dos hermanos, braceros del campo carentes de tierras propias, sembradores de trigo, centeno y morcajo; cazadores de liebres y perdices, vencedores ambos del tiro de la soga y del recto surco del arado romano. Ramas de un tronco común y savia compartida, pajarillos habitantes de un mismo nido cálido, nudos de una escala única, competían los hermanos con todos los demás en juegos y ejercicios; ganando a los niños, después a los muchachos cuando ellos lo fueron, y a los mozos de su edad y aún mayores llegado el caso. Mas entre ambos se asentó la paridad cediéndose el uno al otro la victoria.

Acerca de la belleza de la hiladora, de su candor, de su espontaneidad y de su gracia, se puede hablar sin objeciones; y así la ve Ángel, el menor de los hermanos. Pero sucede, además, que la devanadora es pulcra, abnegada, de ánimo fuerte y decidida a la hora de las resoluciones; y de ese modo la ve Alejandro. Se llama Valentina, a imitación de una abuela o de una tía paterna. Son los dos hermanos distintos de una diversidad tangible, altos los dos, los dos fuertes, nobles y emprendedores.

Ángel posee un carácter plácido, valiente, equilibrado, audaz, conciliador; y sueña con un valle verde de pastos, fresco en el verano, resguardado en la estación fría, salpicado de vivos arroyos y de esponjosas ovejas. Alejandro, afable, apasionado, abierto, impetuoso; imagina sementeras alargadas y cosechas abundantes. Valentina y los hermanos crecen juntos. Juegan en el callejón de ella, más diáfano; se esconden en el otro, donde el viejo Severino monta guardia, más oscuro. La chiquilla está siendo educada a su albedrío, gusta por ello de la libertad y es, para su edad, madura. Dos trenzas rubias, agitándose al correr, la distinguen de las muchachas morenas; rubios tirabuzones la hacen diferente de sus atezadas amigas, suaves bucles de oro, guedejas sobre su frente rosada. Los dos muchachos, cuatro y seis años mayores que ella, cada uno a su manera, la quieren.

-Serás mi novia, mi amada, mi sensatez, mi pensamiento, mi punto de partida -dice Ángel.

-Te casarás conmigo y serás la señora de la hacienda -asegura Alejandro.

-No os dais cuenta, ¡soy una niña!

-Te esperaré, haré un hueco para ti entre mis brazos, asentaré mientras el edén en Vallelpozo -promete el menor.

-Corre, salta, apresúrate a crecer, camina en línea recta, sigue los atajos, -anima el otro.

Y crece perfilándose una espléndida joven que todas las demás copian. Pelo largo ella, y todas pelo largo. Vestido de cuadrillos y todas vestido de cuadrillos. Se corta el pelo, y la peinadora no da tregua a las tijeras; trenzas, melenas, como espigas en agosto. El interés de los hermanos aparta a los otros, que se limitan a mirarla de soslayo sin atreverse a más. La sutileza de sus formas declina sustituida por la precisión, evidenciando a la mujer inicial; y de las labores del hogar aprendidas de su madre, hacendosa, pasa a usar la rueca para conseguir los hilos tenaces y los delicados, que habrán de hacerse bayetas burdas o suaves y cálidas mantas en las fábricas de Amusco y Palencia.

Nació Valentina de un matrimonio desparejo –una muchacha de carácter, maestra de escuela en ciernes, y un joven pastor de bella

estampa y corazón noble -llevado a cabo contra la voluntad del abuelo materno, labrador de dos pares de mulas que rompió cualquier vínculo con los nuevos esposos. Educa su madre a Valentina teniendo en cuenta las virtudes y defectos de su propio estímulo, un amor cazado a lazo, montado al galope, e intenta unos días que no fije sus ojos en menstrales, y otros quisiera repetir la experiencia. Así que la muchacha está desconcertada y no sabe que partido es su partido: bella y fina tentación, flor en pedregal, capullo entre espinas, brote en medio del desierto.

Hay situaciones que se explican por sí solas, de otras no existe fácil interpretación y se especula. Tiene a los hermanos un cariño que la edad acerca peligrosamente al amor, y ama a ambos porque son distintos; se desvive por la mezcla resultante, fundidas las bondades en un crisol de caracteres: fuerte y suave, soñador y práctico, erguido y flexible. Da a los dos muestras de afecto, a los dos da señales de indiferencia, y siempre por los mismos motivos. Así, un día, palabras tiernas, incluso un ligero beso acepta tirado al aire y recogido con fruición, una leve caricia prolongada. Y al siguiente, iluminándose de pronto, recuerda algunos dictados de su madre y es arisca. Los sentimientos llanos de los hombres no saben distinguir la causa de cambios tan acusados, de conducta tan mutable.

Cuando Valentina se encuentra a solas con Ángel, tiene miedo de las palabras que llegan a sus oídos; cálidas como vedijas de lana en las madrugadas invernales, conmovedoras como los sermones del predicador forastero que viene por la fiesta. Se siente a gusto con el muchacho y daría al tiempo lo que pidiera por detenerse, por quedarse quieto al remanso del frutal cercado o del palomar de arrullos.

Si Valentina está con Alejandro a solas, sabe a que atenerse. Ha de estar al lado y separada de él, lo suficiente de cada postura. Se siente protegida por los brazos fuertes, por el pecho hirsuto, por los latidos poderosos del noble corazón; y se advierte combatida por las mismas defensas. Cuando pasean juntos desea la muchacha que las tardes agonicen lánguidas, con la morosidad de las ovejas al regreso del pasto.

Sabe Valentina que ha de esperar todavía un tiempo prolongado. Su madre lo afirma y ella lo repite: "Aún soy una niña". Anteayer jugó a la campana en las aceras de la calle Mayor, a la comba en

el Corro y al escondite en las bodegas; esta mañana, sin ir más lejos, estuvo ordenando sus muñecas. Pero ha cumplido dieciséis años y trabaja en el taller de hilado. Dicen que cardando lana se aprende mucho de la vida, que las conversaciones llegan lejos; sin embargo, no van más allá de la cuestión eterna de la mujer y el hombre: bocado y hambre, estopa y fuego. Sale al camino que lleva a la mina, por si los hermanos vienen; ni el menor ni el mayor, ambos. Y cuando uno pregunta ¿me quieres?, ella responde, os quiero. Hay que dar tiempo al tiempo.

Sus labios, sus manos, qué distintas; su manera de ser, qué diferente. Teme más a Ángel, se teme a sí misma más con Alejandro, porque lo que dicen y la manera de decirlo se le meten muy dentro, donde los recuerdos se adormilan; y luego, en la noche, despiertan y ocurre lo que le da miedo que ocurra, lo que su madre advierte. El contacto de la piel, qué misterioso efecto. Una mano de ellos en su mano, en su brazo, en su cuello, en su mejilla; qué ardiente brasa. Los labios en sus labios, en la frente, cerrando sus párpados; qué devastadores.

Van al monte a buscar manzanilla o a por agua a la fuente de la Atalaya, y la suben cuatro brazos a lo alto sobre los aguaderos y el asno. Tan mayores y, sin embargo, necesitan la respuesta de una niña, esperan la reacción de su recado.

-¿Me prefieres a mí?

-Os prefiero a vosotros dos entre todos los mozos, tanto del pueblo como forasteros.

No les basta, quieren que la definición divida y se concrete; y para demostrar que son distintos entran en habitual disputa, trabajos del campo y trato en el hogar. Rivalidad de extraños enfrentados, mostrada entre hermanos que se aman a raudales y darían al otro la vida propia si le fuera precisa.

Su unión se resquebraja, y da comienzo la interminable pugna que busca establecer un ganador. Nace el ignorado egoísmo y cada uno ansía quedar por encima y dominar más campo. Reabierto en aquel año la antigua mina de plata, la fantasía de los soñadores adquiere su máximo grado de ilusión. Además de los cultivos ajenos, del cuidado de los animales, queriendo hacer fortuna para ser de la moza preferidos -el mayor primero, el

pequeño unos días después- se inscriben como picadores ocupándose en abrir a la tierra sus entrañas. Caída la tarde y hasta entrada la noche, agujonean, cavan, horadan; buscan el filón, la veta que les haga ricos -a uno más que a otro- para ofrecerle a la moza, el más afortunado, el milagro que prefiera: las estrellas frías, la atemperada luna o el ardiente sol.

Los días festivos del invierno el campo reclama pocos cuidados, la mina da descanso a los que hurgan y, a primera hora, los hijos echan una mano en casa, empleados en trabajos domésticos que entran en la jurisdicción de los varones. El fatídico domingo los padres salen de buena mañana con un saco y un canasto; sin duda tratan de recoger mielgas y amapolas para alimentar a los conejos. Más tarde será el tiempo del aseo y de la muda de ropa, después vendrá el ir a misa y el ver a Valentina en el atrio. Antes, la ligera tarea encomendada.

Sirviéndose de la manteca del cerdo, lubrica Alejandro el ingenioso mecanismo que cubre la chimenea –veleta dueña de la voluntad de una chapa dependiente, encargada de orientar la salida del humo a remanso del viento cuya dirección señala- y en cuanto logra el muchacho un giro sin trabas al solo empuje de su soplo, se dispone a enrojar la estufa con sarmientos y paja de trigo. Ángel, entre tanto, saca agua del pozo con la que ha de llenar la pila del ganado, los cántaros y la artesa. Mientras el caldero sube o baja silba una canción de enamorado. Es un cantar de amor que exacerba a su hermano, al recordarle a una Valentina propicia tanto a sus requiebros como a los del competidor. Un puñado de paja arrojado con rabia a las llamas marca el comienzo de la violencia.

Alejandro se yergue con un impulso de resorte, sorprendiendo a su hermano que cesa de silbar y libera la cuerda. El pesado caldero se desploma, raso de agua, ya casi a la vista. Se desliza vertiginosa la maroma detrás de la herrada, a la manera rauda que tiene el cuerpo de seguir a la cabeza. Dada la fuerza que el colmado recipiente alcanza en su caída, un nudo hecho al cabo para que se atranque en la polea y no se pierda, es aplastado por la férrea y estrecha embocadura, y entera pasa la sogá cayendo al pozo de manera inexorable.

Sin armas, que las hay y muy temibles: una garra de punzantes guinchos, una hoz bien afilada, la azada y el atizador de hierro,

rojizo del fuego que le incendia. Se desconocen enfrentados, se saben sólo de sus juegos, de sus peleas fingidas resueltas siempre en tablas. Los puntos fuertes del otro advierten en el primer tanteo; se pulsan, se miden, se tasan, felinos cazadores acechándose. Como caballos alzados muestran los retadores cascos, como toros ofrecen enemiga la testuz. Mueven lentamente las manos desnudas, dibujando un círculo que busca la atención del contrario. Los pies cambian de lugar milímetro a milímetro, iniciando un rito guerrero que tiene por objeto distraer al oponente, entregar información errónea, ganar el tiempo preciso para establecer la táctica. Ya madura el rencor: la callada queja se hace acerba inquina, la amargura atropella el discurso de la sangre, la rabia enturbia el claror de la mirada y todo empuja al desagravio.

Toman contacto, se asen dedos contra dedos doblando en arco inverosímil las palmas; se escurren como peces, resbalan, van hacia las ropas, hacen presa de los pliegues, el cinto encuentran, alternan el izado de los cuerpos en inestable equilibrio, caen al suelo sobre los ladrillos encerados, ruedan; ya son un tronco unido que va de pared a pared, ya se parten por el centro; ora Ángel es superior, ora está debajo y es Alejandro el que domina. Hacia el hogar giran donde el fuego hierve en llamaradas. La espalda de Ángel y su cabeza se someten al calor insoportable, y un alarido desgarrado escapa de la garganta. Lo oye Alejandro y afloja el abrazo, el envite, el empujón; dolido en la carne de su hermano que es su propia carne.

A instancias de Ángel gira el torbellino de sus cuerpos hacia el centro del portal, y allí se levantan a medias, con dificultad se yerguen. Abrazados como están y de rodillas, las puñadas van al estómago cuando se libran por un instante de la prisión de los brazos oponentes. Ángel alcanza una ceja de Alejandro con la mano apretada en la que ha concentrado toda su energía, toda su búsqueda de victoria; y la sangre brota, derramándose en cascada sobre el ojo que se cierra en defensa refleja. Ángel, quizá compadecido porque ve la sangre suya salir de la herida de su hermano, cede y con un pañuelo sucio de sudores, de un apresurado revés que es caricia delicada, limpia la brecha que queda, rojiza y blanca, abierta a la intemperie. Y otra vez los golpes, y otra vez la rabia, y otra vez Valentina elevada a lo alto como premio; de nuevo la indagación de la debilidad del otro para ponerla de su lado. Ya de pie, las piernas afianzan trabas,

quieren tumbar la vertical y dominarla, dar en tierra con el hermano y derrotarlo.

Pero no se ve un campeón, no se vislumbra una flaqueza, y los intentos de derribo, las patadas que hierran y las que alcanzan, los van llevando hasta el brocal al que se acercan con tal ímpetu que nada los detiene. Quedan peligrosamente doblados sobre el círculo de piedra que remata el profundo agujero. Por un instante se intuye un vaivén imperceptible entre la mitad que asoma al hueco y la mitad que cuelga fuera; en ese tiempo ínfimo Ángel se hermana más si cabe al cuerpo de su hermano, y Alejandro trata de soltarse y de soltarlo, mientras la polea, sin sogas que la fije, bambolea lentamente con un áspero chirrido. Ángel muda el intento y Alejandro se unifica; si soltara uno el otro podría aprovechar la desventaja, y no hay posible acuerdo a estas alturas, han ido ya muy lejos. El pozo abre su angosta garganta deseando admitirlos, viajeros de su alargado y oscuro camino sin retorno. En el último momento parece que hay arreglo, se distienden los miembros, los cuerpos se liberan y los brazos agitan toda su potencia para llevar las manos a cercanos asideros que sujeten el peso.

Las piedras húmedas son jabón, son sebo, son grasa de los ejes; y resbalan los dedos, las uñas no penetran, no hay entrantes blandos ni salientes sólidos. Los troncos siguen de cerca a las cabezas y las piernas, solidarias, llevan a los pies tras el principal del cuerpo. Caen separados, cada uno convertido de nuevo en sí mismo, diferenciado del otro, y sin embargo jamás tuvieron tanto deseo de unidad. Alejandro va primero, Ángel ha perdido milésimas de segundo en el desesperado roce con la pared, en choques sucesivos que le envían de un lado al otro lado, piedra primero, después tierra, roca nuevamente, arcilla humedecida. Caen como un sueño lento y pesado que va cerrando párpados, apretándolos para que la luz se quede fuera, para que la oscuridad invada el cerebro y la inconsciencia expulse los dolores. Alejandro baja, desciende su cuerpo ingrávido, lentamente se desliza como una pluma frenada por el viento, deseoso de horizontes próximos, de distancias pequeñas y de capas alternas de aire frío y cálido. Ve su vida representada en la arqueada superficie que va dejando atrás con exagerada parsimonia; entiende pasado, futuro y presente con igual nitidez, como en un lejano cielo sin nubes, a modo de telón oscuro que las estrellas marcan. Parece que espera en su caída a quien viene detrás,

cayendo, apreciando los actos todos de su vida bosquejados, figurados en la pared ante la que discurre su vertiginoso descenso, dotado de la celeridad del acero puntiagudo, de la saeta que busca abajo al objetivo y acelera su marcha para lograrlo cuanto antes. Parece que desea alcanzar al hermano que le espera suspendido en el aire, flotando, para fundirse con él en un abrazo final. Y a pesar de la eternidad de que disponen y de los confluentes deseos, no se encuentran.

Sus gritos, ayes y lamentos, salen del pozo por el brocal, alcanzan la calle a través de la puerta entreabierta, llegan al fondo del callejón donde Severino toma nota mental de lo ocurrido y retornan a la casa alcanzando las habitaciones de arriba. Alaridos, quejas y sollozos quedan adheridos al techo y las paredes; se apropian de los silencios, de la tranquila convivencia de los habitantes sucesivos, y prometen permanecer allí mientras la casa eleve piedra sobre piedra.

Corriendo el riesgo de romper los mitos propiedad de pasadas generaciones, y de quebrar el derecho a ellos de las venideras; cuajado de dudas sobre lo legítimo del acto, en nombre de la verdad que se explica a sí misma, me dispuse a indagar en el misterio de las voces, de los alaridos; en el enigma de la mudada dirección de humo y fuego del hogar, y en la incógnita del agua del pozo que rebosa, inundando las estancias de la planta baja, el alcorque de las malvarreales, la calle Rica y el Corral del Ganado.

No procedían los quejidos de las llamas, ni de los borbotones del agua o del fondo del pozo; no procedían del centro de la tierra ni de lo alto del cielo; pero al común de los mortales no le vale la explicación más lógica, la del viento abriendo sus entrañas en la afilada esquina de la casa que daba dos paredes a los callejones, en la veleta que coronaba la chimenea. No, la gente quiere más, desea llegar todo lo lejos que sea posible, alcanzar alturas o profundidades misteriosas. Por eso la fábula extendida. Sin embargo, el viento produce en las cuerdas vocales la palabra y la música en las flautas.

El efecto de la humareda cesó en los largos intervalos en que la casa estuvo deshabitada y, definitivamente, cuando derribada la chimenea por el abandono se inició la ruina de la casa. Sospechaba yo de la metálica pieza recogida en los escombros,

dando por sentado que su rara estructura encubría la lógica de varias explicaciones. La formaba un anclaje de cuatro patas, prolongación de la chimenea sobre la que siempre estuvo, y el ingenioso mecanismo movido por la veleta. Tratábase ésta de una flecha unida en su giro a una incompleta corona de chapa, capaz de obstruir la entrada del viento; de forma que si mudaba éste, giraba ella, y el humo salía siempre a remanso por el hueco posterior.

Es de imaginar que el ancho decreciente de la angostura, obligaba al aire a acelerar su paso, imitando acaso los sonos humanos de queja y lamento. Y lo que es más importante, falto de cuidados el dispositivo -limpieza y engrase resueltos por el mayor de los hermanos- resulta natural que se oxidara. Supongo que la herrumbre lo soldó en una posición estable que señalaba perpetuamente el Sur; quedando en tal caso el flanco Norte abierto a las corrientes. Por eso cuando soplaba el Cierzo -lo que es frecuente en el lugar- entraba a saco por la chimenea, empujando primero el humo y después las llamaradas hacia su lugar de origen, proporcionándoles salida impropia: portal, alcobas, ventanas y ambos callejones.

Alcanzado este punto, sólo el fenómeno del agua surgida del pozo quedaba sin explicación. Aseguraban los vecinos que a pesar de estar cubierto el brocal con una losa, el agua seguía fluyendo si las tormentas liberaban fuertes lluvias. Dadas las referidas circunstancias, siguiendo el impulso de una corazonada, acudí en Palencia al organismo que se encarga de los estudios del terreno. Son calizas las laderas del páramo -yeseras hay como prueba fehaciente- y están formadas por dolinas que filtran gota a gota el agua. En algunos casos y con el apoyo del sosegado discurrir del tiempo, cuando en el interior se disuelve la caliza, se desploma una reducida superficie descubriéndose un hoyo, una sima pequeña. Sumidero que actúa como albañal, los días oscuros en que las tormentas traen abundantes chaparrones y dan lugar a un torrente subterráneo. Dos capas impermeables de lo que llaman los campesinos, peña; separadas por tres metros de greda y arenisca -lo sabían bien quienes excavaron las amplias bodegas, imposibles en los pueblos colindantes- propician la formación del conducto estanco, que convenientemente lleno de las aguas de tormenta, convierten al profundo pozo en artesianos, es decir, en momentáneo surtidor.

Halladas las razones expuestas, que asumen el rechazo de los que prefieren a la imaginación libre de cortapisas, antes de partir eché una ojeada al callejón. Allí seguía el viejo Severino, vistiendo su raído traje de estameña, chaleco abotonado y tensas presillas; tocado con una gorra gris de visera que ocultaba un cabello ralo. Permanecía el anciano pensativo en su sillón de mimbre, a la puerta abierta que su morada descubre al callejón dándole paso, al lado mismo de las crecidas malvarreales y del burro compañero. Observaba el ir y venir de las personas por la calle Rica, intuyendo que en su recorrido alcanzaban la calle Mayor y el arco que inicia el Arrabal, para tomar los caminos que recorren el país y el mundo. Casi doscientos años lleva, alargado en tres generaciones, siendo testigo y explayándose a gusto con aquel que se decide a preguntar.

7-Mediado el siglo XX “Sueños de un niño malo”, relato sacado de “En torno a Valdepero”

"Ya verás como sí, como la luna asoma y se muestra entre las nubes y después desaparece por arte de magia, blanca y amarillenta, cenicienta y pálida. Ya verás como sí", me decía mi primo Santiago, a quien trataba yo de hermano al no tener ninguno. Efectivamente, una descolorida hogaza, amasada millones de años antes, en una tahona incomparablemente mayor que las de Florentín y Diocle, se reflejaba a intervalos en los cristales, iluminando el arco valiente y el dado de piedra emplazado en nuestra esquina, punto de encuentro de Fidel, Fortu y los Melgos reunidos en animada charla.

El día en que -recostado sobre el colchón y cantando de cuajado alborozo- mi padre me traía en el carro desde el colegio, Santiago salía a esperarme llegando hasta el palomar de don Manuel o el Altillo. Durante las vacaciones iba yo a su casa o se quedaba en la nuestra después de cenar y, entonces, dormía en mi habitación.

Era verano y las noches, indolentes y cálidas, nos veían en el balcón, de codos sobre la baranda, hablando y hablando hasta que pasaban las mulas camino de la era para acarrear las nías. Incansables bestias de carga y tiro llevadas del ramal por adormecidos labradores -acaso Eloy o Geñín, diligentes en su intención de echar tres viajes- a quienes saludábamos con voz medida, cuidando de no despertar a los nuestros, cuyo sueño debíamos interrumpir a la una menos cuarto de la mañana. Cumplido el encargo nos acostábamos en camas gemelas - idéntico colchón orondo de lana, semejantes sábanas de lienzo curado, colchas azules de repetidos dibujos- y tras las palabras no dichas desaparecíamos en la niebla que poblaba nuestros ojos. Después, persistentes, sublimación de los infantiles temores, venían los sueños. Aún hoy, de algunos me acuerdo vivamente, lúcidamente, como de aquel que denominé

“Sueño del pez de arena”

referido al pez que se diluye cada noche en la playa extendida a lo ancho de una antigua postal, enviada por algún abuelo o tío

desde una olvidada guerra o milicia, situada en la sugerente África. Tarjeta guardada entre las hojas de un libro sobre Las Cruzadas, encerrado, a su vez, en el cajón de la mesa de nogal, soporte del que mi madre se servía una vez al año, para preparar el embalsamamiento de las sabrosas tajadas del cerdo. Animal renovado y constante al que yo tomaba cariño cada temporada, quizás por alimentarlo, de ciento en viento, con una masa humeante y odorífica, mezcla caldosa de harina de cebada y salvado de trigo; o con un hervido de patatas pequeñas como ceros mayúsculos, hechos por mi mano o las de Yayo, Lalín, Arsenio, Calleja o el Bala en la escuela de El Corro, destinada a los párvulos.

Ceros titubeantes y amorfos como patatas deformes que el cochino comía deleitándose, ignorante de su trágica y cercana muerte y posterior aderezo, especiado sobre la mesa de nogal en cuyo cajón se guardaba el libro de relatos épicos y pasionales, referidos a las comprometidas aventuras de los Cruzados, que entre sus páginas amarillentas acogía la misiva, avanzadilla probablemente de un mantel bordado con arábigos motivos, desde la impenetrable África, tan a mano en el mapa. Ilustración perfilada con estilo decidido y libre, evocadora de la placidez de una playa vista en sueños, instante intemporal en que unas manos, húmedas de espuma, modelan un pez de arena diluido en las olas.

Peje escurridizo procedente de galaxias un día cercanas a nosotros, alejadas por la expansión hacia los límites del Universo, confines de la imposible infinitud en que nosotros vivimos, vecina de sí, lugar de nuestras cuitas y desvelos, territorio del pez que se licua en mis manos cada vez que los dedos lo apresan por el lomo y la cola, tratando de llevarlo al desván de mi mente, con el único fin, ignorado por él, de ponerlo a salvo del gato y de los peces grandes que, como es sabido, se alimentan de congéneres de menor tamaño. Intento nutrirlo con flores flotantes, tan minúsculas, tan imperceptibles, que se confunden con el aire constituyendo un peligro cierto, pues nadie puede respirar pétalos aunque sean mínimos, ni estambres, ni pistilos, por más que procedan de florecillas microscópicas como las que yo he palpado, caídas quizá de otro sueño que tuve la ocurrencia de llamar

“Sueño de las flores del cielo”

que trata de las flores nacidas del polen trasladado por los insectos o por el Cierzo; viento de mi niñez que los beldadores esperaban como si se tratara de la lluvia del mes de mayo. Agosteros sentados sobre las piedras planas del vallado que, mientras llegaba el soplo idóneo, fumaban cautos un cigarro haciendo pared firme con la mano, y echaban un trago de vino recién traído de la bodega situada bajo la casa del Arrabal; aquel bodegón enorme y vacío, donde yo, juzgándome templado, tenía miedo cuando se apagaba la vela, y buscaba ansioso la mano de mi padre.

Cueva a la que descendía una escalera cubierta de la abundante paja del corral, lanzada por las gallinas en su intento de lograr los granos de trigo escondidos, escarbando, escarbando, peldaños abajo, a pesar de saber como sabían, que sentados sobre los escalones algunas tardes de primavera mi padre y yo merendábamos sardinas saladas, escogidas entre las de mayor tamaño por mi tío Saturnino –estanquero y tendero de ultramarinos- del atabal de dorados arenques dispuestos en rosa de los vientos; o comíamos jamón, curado por mi madre al humo del hogar y a las heladas nocturnas, desde la tarde inmediata a la infortunada muerte del cerdo.

Disolvíamos la sal de las sardinas y del sazonado jamón, bebiendo un vino claro y limpio, elaborado por nosotros tras la vendimia alegre de las uvas plenas, polinizadas a tiempo, henchidas, maduras en los meses de agosto y setiembre; pisoteadas en procesión de pies descalzos dentro de la pila del lagar, prensadas aprovechando la gigantesca viga y el pilón de piedra -en mi sueño se cimbraba tembloroso, incierto, amenazador, colgado del extremo de un tronco inacabable- haciendo contrapeso destinado a estrujar los racimos, y conseguir el derrame del mosto hasta llenar el pocillo perforado al pie. Sucede la acción en un otoño íntegro; teñida ya la tarde de tonos ocres, y de lagarejos la piel oculta de las muchachas bellas, postrado el sol a ras del suelo, cazador del horizonte en el poniente triste, tarde-noche, alfombra de pétalos y polen, aroma de flor polinizada.

Semillas diminutas suspendidas en el aire junto a finísimas gotas de agua, haciéndolas germinar aferradas al rojizo polvo del desierto africano, arena ínfima que el viento ardiente nos envía

raras veces. Florecillas crecientes hasta el tamaño de una décima de milímetro, definidas, más que por su forma, apenas manifiesta, por sus colores: rojo, amarillo, azul, rosa, mezclados. En mi percepción distorsionada de la realidad las veo aumentar de tamaño sueño a sueño, flotando a la altura de un hombre de pie sobre un carro, cayendo suavemente, dignificando las piedras del páramo, las grises yeseras de Taragudo, territorio de Heraclio; realzando los pardos barbechos de la vega, las laderas del monte, las riberas fértiles del arroyo Mayor, y los majuelos generosos de las Altas; llenando el campo de color, floreciendo el pardo y el gris, creando primavera en enero. Mis manos procuran juntar brazados y hacer acopio de gavillas, pero al cerrarse sobre la floral cosecha, los cardos traidores y las gatuñas dañinas punzan los dedos, despertándome.

Regresaba, entonces, a la incompleta vigilia, y me apropiaba de la luz apretando el extremo de la pera que restablecía el circuito. Originábase al instante el brusco avivar de mi entendimiento, intranquilo hasta confirmar la presencia, entre los pliegues de la almohada embellecida de bordados y la azulina colcha, de la revuelta cabellera y los ojos cerrados de mi primo Santiago; y una vez comprobada la compañía y el acompasado respirar de quien no tiene penas ni preocupaciones porque no ve inmediato el peligro, tornaba a dormirme, y soñaba con trompetas de plomo sopladas por ángeles llegados del mismísimo Apocalipsis, posados con un dominio propio de águilas altivas sobre el.

“Sueño de la expoliación de las trompetas del órgano”

que volvía de forma recurrente y alterna, noche sí noche no, hasta el preciso y esencial momento en que los ladrones se quitan el sombrero de paja y la máscara de lienzo raído; retazo de una sábana usada, gastada, rala en los bordes, rasgada en el lugar de los ojos y la boca para que los amigos de lo ajeno vean y respiren. Trozo hermano de pieza del pañuelo que enjuga el sudor de su esfuerzo, separados ambos por la violencia de las afiladas tijeras, y nuevamente unidos durante algunos instantes - los que dura el acto de secar la piel húmeda- cuando la desnudez, necesaria para el enjugado de la transpiración, hace inevitable el descubrimiento de la frente y las mejillas; situándome a punto de identificar sus rostros verdaderos y acaso sus auténticos nombres de ladrones de tubos de órgano. Mas en ese preciso momento el sueño tiene su fin, seguramente adelantado de alguna manera

misteriosa por los mismos que hurtan las trompetas en la iglesia parroquial o por sus encubridores.

El órgano, que desde un lado del coro llega al alto techo, es bajado pieza a pieza por quienes, esmerados, lo acaban de desarmar. Descienden ocultos tras sus caretas de agosteros o atropadoras, cuidando el paso lento: pie derecho moviéndose cuando ya el izquierdo está quieto, un escalón y luego otro, de noche y a oscuras por las gastadas y crujientes tablas de la escalera, hasta alcanzar la calle donde espera en silencio un camión, o una galera de silenciosas ruedas de caucho, tirada por calladas mulas herradas con herraduras de goma; cómplices, herrador, mulas y galera, de los disfrazados que yo estoy en un tris de concretar, cuando debido a alguna acción maligna, dirigida a distancia utilizando facultades singulares, me despierto.

Deseaba iniciarlo exactamente en el corte producido dos días antes, sin conseguirlo; eternamente condenado por algún espíritu protector de los ladrones, a ignorar en su totalidad la segunda parte del sueño, esencial, repleta de claves, imágenes directas; aprendiendo, sin embargo, la primera en sus mínimos pormenores. Una y otra vez volvía a iniciarlo por el principio con distintas variaciones en los protagonistas; grupo de personas que en el sueño aparece, ofreciéndose al azar o a las matemáticas para que jueguen sus mezclas y combinaciones: un padre y tres hijos varones parecidos en el lienzo de sus carátulas; una madre con dos hijas y un hijo, dos jóvenes ayudando a sus padres. Tienen en común las permutaciones una conmovedora escena familiar, que hubiera servido de ejemplo a las generaciones actuales y futuras de ser su propósito confesable, invalidándola sin remedio el empeño puesto en llevarse lejos, a otra dimensión probablemente, las melodías elevadas hasta lo sobrenatural de la Consagración, o las no menos sobrecogedoras del Sanctus; evitando, con su malhadada actitud, que la eufonía propicie ardores espirituales de feligreses tibios.

A pesar de su argucia, los tomadores para sí de la propiedad impropia, hallan en el pecado su penitencia. Sin duda pasan las de Caín, sudorosos bajo las máscaras de lienzo y los sombreros de paja, forzados a fundir el plomo de los huecos cilindros que con el concurso del viento logran maravillas sonoras; obligados a alimentar el fuego del horno y a ofrecer los pesados lingotes

resultantes a Pedro Botero -único postor- en dilatadas negociaciones oficiadas entre calderas de azufre fundido que - como bien conocen quienes utilizan torcidas para desinfectar las carrales- exhala un hedor insoportable.

Y en ese álgido momento, con el olor a alcrebite y el calor extremo, despertaba, o llegaba sin rupturas a aquel sueño horrible conocido como el.

“Sueño del niño malo iniciador de la tromba”

que a más de acongojarme me ponía remordimientos en la sensitiva conciencia, porque el niño malo era yo en la época funesta que quisiera olvidar. Mi nombre de niño malo era Pedro Demonio, puesto en justicia por una mujer íntegra, la esposa del señor Agustín, el albañil, debido a que en reiteradas ocasiones obraba mal, a veces sin quererlo, como aquella vez que junto al arroyo de Valdegayán jugaba con el perro de mi abuelo y lancé una piedra que, cual equilibrada saeta, alcanzó su objetivo: el rabo inquieto y vivaracho del can, hueso exacto sobre el que la rueda pequeña de la segadora pasó el día anterior.

Lejos de mí para intentar morderme, ladra el herido a las cañas que están cerca. Y las cañas -bien porque se asustan, que menudos ladridos son, o bien por el impulso de los agudos sonos- entran en movimiento y con su nervioso temblor alteran la quietud del viento cercano y circundante. De tal modo vibran que causan una ligera brisa vespertina, impulsora, como en broma, de las cañas del arroyo; que, excitadas, agitan al viento que, instigado, zarandea a las cañas. Inician éstas, con su enérgico vaivén, un vendaval que dobla a las cañas hasta un punto cercano a la ruptura. Varas que, al liberarse un instante de tan alta presión, empujan violentamente al viento, situándolo al borde mismo de la galerna, y recibiendo su brutal azote en las tiñas, en las acintadas hojas y en el erguido tallo. En lanzas, flechas y arcabuces los convierten, y como catapultas lanzan el viento huracanado contra los árboles y las paredes de las casas, de las casetas, de los palomares, de los cercados que, como los endebles naipes de las casitas infantiles, se desmoronan.

Íntegros tejados cruzan las calles, perros y gatos huyen despavoridos, hombres, mujeres y niños son alzados en volandas por el ventarrón, y dejados caer sin ningún miramiento. Relación que es tan sólo una muestra de efectos de la airada tromba, concluida, en apariencia, al detenerse las piedras más alejadas

junto a la pequeña parva del arroyo. Renovada súbitamente al quedar una de ellas, y no precisamente la mas liviana, sobre el rabo dolorido del perro, cuyo aullido mueve a las cañas que habían tornado al reposo y, al moverse de nuevo, agitan al viento motor de las cañas, y así, tiempo y tiempo, hasta que de las paredes no queda piedra sobre piedra ni adobe sobre adobe, y nada hiere al dolorido rabo y todo se calma.

Sosegado el entorno abandonaba el sueño, como si el sosiego no fuera de mi interés o me escociera la conciencia, arrepentida de la época en que yo era un niño travieso y, sin querer, ofendía. Por esta razón, tratando de mejorar mi ánimo, me alejaba hacia otro sueño que llamo

“Sueño de la ermita de los desesperados”

iglesia de erguida espadaña, edificada hace cientos de años por piadosas gentes que, en añadidura, plantaron los árboles del Rabanillo, cuya fronda cortábamos los chavales -ramas verdes de hojas nuevas- transformando las de grosor adecuado en chiflitos. Dábamos valor al sobrante doblando arcos de enramada en las calles recorridas por el Santísimo -interior sagrado de la custodia de plata- el día del Corpus; y por el señor Obispo, repartidor de sopapos llegado el momento de la Confirmación.

Chopos y ermita eran testigos, la tarde de los jueves, del sorteo abastecedor de chavales a dos bandos opuestos, moros y cristianos, dirigidos por don Roque, el maestro bueno que venía de Monzón en bicicleta. La tarde gozne de la semana olvidábamos la enciclopedia y el "paramijo", para convertirnos en héroes de simuladas aventuras. Descendíamos por el interior de la chimenea negra y roja al horno de la tejera romana -fuego extinto hace veinte siglos- atacándonos con toscos palos a modo de espadas y lanzas. Disputábamos luego el resumido campanario, y los valientes que allí se encaramaban sustituían el culto de los vencidos por el de los vencedores.

Santuario ceñido a las novenas encargadas por cofradías devotas de la Madre de Dios y de su hijo el Cristo Crucificado; propio - por razón de proximidad con el Camposanto- de las misas de difuntos, repetidas hasta conseguir la eterna salvación del encausado. Solemnidades celebradas frente al altar mayor, consagrado a la Virgen del Consuelo, refugio final de los desahuciados por el médico del pueblo y los especialistas de la

capital. Rodean su efigie múltiples ofrendas de apariencia inquietante, que en mi mente nocturna, en mi sueño agitado, llenan la estancia y pueblan la cama.

Cuelgan los exvotos del techo del altar, cubren las paredes, abarrotan la bóveda sobre la imagen venerada de la Virgen. Cabezas, piernas, brazos, niños enteros semejando infantiles muñecos de figura patética, que en la pesadilla invaden el dormitorio y se alzan hasta donde yo estoy, asiéndose con fuerza a mis manos, a mis pies, a mis cabellos; hasta que la Virgen del Consuelo -inspiradora de fe tan desmedida- los aparta y me arropa restableciendo la calma.

Ofrendas hijas de ese crédito inextinguible que mueve montañas, alegóricas donaciones como la muñeca de madera colgada más alta que ninguna, correspondiente al cuerpecito de la niña que en un descuido de su madre, mientras enroja la trébede de la estufa, prende sus ropas en la más violenta llamarada -cambiante, esquiva, devastadora, amarilla, rojiza- y arde como una antorcha, víctima inocente en inútil holocausto. Crepúsculo escarlata cuyo significado los médicos no saben descifrar, dadas las confusas explicaciones de la angustiada madre, que teniendo siete hijos más quiere viva a la infanta, y entra en las llamas como si fueran las aguas de la acequia. Sale al instante, forzada por el insoportable vulturno, y cuenta que el encargado de los trueques no admite el cambio de su vida por la de la hijita, inmolada sin objeto en el ara de la hornacha.

O como aquel pedazo de madera labrado a mano usando un cuchillo doméstico, representación fiel de un torso masculino, armónico y vigoroso, esculpido y donado a la ermita por una moza a la que de pronto poseyó una manía incurable, tras ser durante veinte años sensata y reflexiva. Conmovedora historia recreada por mi mente, inquieta de suyo, en el

Sueño de la muchacha que va con frecuencia al río en busca del mozo que representaba el papel del novio en el teatro de la vida, quien en un momento muy apurado decidió iniciar la estirpe de pobladores de las aguas. Creyó de buena fe el joven que las profundas simas arañadas por los remolinos, guardaban la llave del equívoco y podían demostrar mejor que él su inocencia. Pensó que el líquido fluido disolvería la calumnia como si se tratara de los dulces terrones traídos de la azucarera,

al reemplazarle el compañero del siguiente turno y salir corriendo, corriendo, impulsado por el deseo irrefrenable de ver a la novia.

La moza toma cada tarde el camino de Husillos y baja la cuesta con un sentimiento cambiante, movedizo entre la esperanza y el abatimiento. Arrepentida del crédito dado a las hablillas que lo dibujaron amando a otra; pesarosa de la momentánea duda que la hizo mostrarse hosca con la sangre de sus venas y el aire de sus pulmones; camina como si no existieran más galanes, como si la vida se fuera apagando en cada vela consumida ante el altar de la Virgen del Consuelo; como si creyera ajada y pálida la tersa y rosada piel y la edad se manifestara gris en sus dorados cabellos. Llega a la orilla, busca en la agitada corriente y no ve con claridad el amor que la estimula; no se muestra con total nitidez pero, en ocasiones, el torpe torbellino semeja un rostro, un cuerpo hundido en las revueltas aguas que arrastran tierra de torrenteras desnudas y estériles.

De vez en cuando se bosqueja el semblante sereno y el talle joven que, atraídos por el profundo silencio de los misterios oscuros, navegan río adentro hasta el centro de la tierra. Se evapora en el núcleo el jugo de las nubes cuando toca el fuego volcánico, y sube lentamente formando burbujas, violentos borbotones simuladores de un rostro identificado por la moza, que toma confianza en el hallazgo y regresa de nuevo a la corriente en busca del prometido, diluido en el agua con el único y exclusivo fin de ser buscado por ella mil veces y otras mil más. Plena de firmeza, arrastrando su fe y su pasión desesperadas, pregunta la moza a los barbos, y sabe por ese conducto que su amor bracea eternamente entre dos aguas, una cálida y otra fría. Corrientes opuestas que no se mezclan jamás, porque si lo hicieran, los cuerpos de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, infantes y doncellas, ahogados desde que el mundo es mundo, saldrían a flote y los que buscan perderían la expectativa.

Angustiado por el temor de estar dando cumplimiento a un sino inevitable, abría los ojos a la realidad y me agitaba durante minutos que se me hacían horas; hasta soñar con la vieja que me causaba un desasosiego distinto a todos los sentidos en mi niñez, mezcla de temor y lástima; añosa desdichada, habitante del

“Sueño de la anciana que comía barbojas del campo”

invasor de mi mente cada vez que llenaba yo el estómago más de la cuenta. Acostado en la casa solariega del barrio del Arrabal, frente al arco, escuchaba el tictac del reloj de pared, monótono e incansable, y seguía con los ojos cerrados el vaivén del péndulo, hasta caer lentamente en un sopor que progresando imperceptiblemente anulaba los sentidos. Parece ser que la oscuridad envolvente y la pesada digestión intrigaban para forzarme a imaginar las zigzagueantes andanzas de la andrajosa protagonista del sueño.

Vive sola en una casuca de las afueras, y aparece nubosa su faz arrugada, manzana marchita de áspera piel, pasada la época de vegetal esplendor, cuando el abierto bocado se llena de jugo y produce placer a los dientes, a las encías, al olfato, a la mirada. Vieja renegrada lanzadora de venganzas envueltas en fórmulas mágicas que, por fortuna, no surten efecto inmediato. Sabe conjuros que abren los sedimentos prietos del misterio y, cuando habla sola, no hay tal; conversa con invisibles interlocutores. Existen testigos confesos que aseguran haberla oído en horrendos coloquios con pájaros negruzcos, que la responden profiriendo graznidos terribles o con lobos de ígneos ojos y aires esquivos que aúllan incomprensibles discursos.

No tuvo amores de joven y siendo ya mayor acumula odios y desconfianzas; amargura y recelo visibles en el brillo apagado de los ojos, dormitorio de su enigma. Esquivada por los vecinos que ella misma trata de evitar, camina por las orillas de la vida en común para alimentarse de gallinas enfermas que le tiran al paso: aves de corral de vientre vacío -sin claras ni yemas, sin prendeduras de macho que prolonguen la casta- víctimas de la difteria y la peste que los perros respetan y ella descuartiza con sus manos huesudas. Otros días devora, como inficionada alternativa, cadáveres recientes de conejos de ojos hinchados, inflamados globos glaucos, esferas viscosas a punto de estallar, que tratan de salir de las cuencas, de escapar de sus órbitas para irse a circunvalaciones lejanas donde la epidemia que los mata sea ignorada, evitando así un triste final al borde del camino de Valdespina, junto a los molederos de más allá de las bodegas. Lugar exacto en que ella, decrepita y repudiada, en defecto de la carne que las enfermedades le entregan, busca, para comerlas, barbojas que limpia de tierra e insectos con enérgicas sacudidas impropias de su edad, y rocía con aceite de lubricar charnelas,

contadas gotas de bálsamo verde y amarillo. Vegetal sustento, manjar de menesterosa cuando los vientos frescos y saludables alejan la peste que abate a los animales domésticos: gallinas cluecas, pollas ponedoras y lucidos conejos.

Me inquieta el sueño cuando me imagino llevando a la anciana la ración de matanza en una cesta de mimbre, y en un puchero de barro el chichurro. Para llegar a su casucha he de seguir un tenebroso sendero que cruza el monte, adentrándose en las Covalañas repletas de salteadores armados con pistolones antiguos. Quédanse los bandidos la mitad de las viandas, y la vieja agradece la otra mitad con una sonrisa mal dibujada debido a la falta de costumbre. Regreso con el regalo de la piel de un cordero devorador de barbojas que la anciana -a quien el destino mostró siempre el envés- supo desollar sirviéndose de sus manos descarnadas como garfios. Lanudo pellejo que hace de alfombra tendido a los pies del lecho.

Un ruido de carros me pone en guardia, desvelándome, hasta que sumido yo en un letargo desparramado y tierno navego en círculo por la vasta noche, sorteando escollos rocosos de un mar aventado en exceso. Desde las abisales profundidades llego a interminables desiertos sembrados de diamantes gélidos y esmeraldas de un verde codiciado. En los infinitos espacios situados al otro lado de las estrellas incontables, lo Imposible y lo Inexistente se deslizan francos vistiendo sendas capas de impoluto armiño, y entablan conversación con el que Soy y el que No Soy, fundidos en una sola pieza. Del candoroso manantial de mi mente brota lo diverso en sus formas más dispersas y alejadas, líquido que mi legitimidad bebe hasta ahogar su contenida sed de figuraciones, de imaginaciones, dando rienda suelta a la nocturna pluralidad que torna al día monótono y vacío. Temeroso del alba, aguerrido y esforzado, me abrazo a los instantes seguidores del caprichoso albur; luchando a muerte en defensa de una entelequia que, aún hoy, no acierto a abarcar. Y continuo soñando hasta que me extravió en algún sueño, confundiendo los puntos cardinales durante el resto de la noche.

Cansado de tanto trajín imaginario acababa despertándome y me levantaba a las mil, cuando entraba el sol a raudales por las rendijas de la ventana, golpeándome insistentemente en los ojos y forzándome a abrirlos. Mi primo Santiago había desayunado

sopas hervidas en cazuela de barro, rebañando la sabrosa tosta que tanto le gustaba. La realidad se hacía un hueco sumándose al bando enemigo, y aprovechaba mi débil posición para obligarme a poner la vista sobre su espalda polvorienta y su caminar rectilíneo. Inmisericorde y tozuda se empeñaba en hacerme seguir los marcados surcos, ajena a otras posibilidades abiertas que yo veía y ella simulaba no percibir, con afán de alejarme definitivamente de mis deseados y temidos sueños; dando fin al verano y situándome, de pronto, en el día del regreso, con la compañía grata de Honorio, Vicente y José, al internado de los frailes del babero donde ella, la realidad invariable, era señora.

Animaba mi padre a la mula Francesa con interjecciones que sólo los dos entendían, y yo, recostado en el colchón, iba dejando con aflicción creciente el viejo casón de La Hermandad, el corral de Baldomero, la Casa Grande donde nací, la Iglesia en la que fui monaguillo con don Jesús el bueno, y el recio Castillo de mis juegos más audaces, para iniciar la borrosa vista del encuentro de San Bernardo y Colón, confluencia en que imaginaba erguidos y amenazadores la torre del Colegio y el pabellón alto del dormitorio común. Incluso cabizbajo como iba, percibía detalles cada vez más nítidos, apoyada la cabeza en las manos y los codos en las rodillas, hablando tristes palabras con mi primo Santiago que, en su despedida, me acompañaba hasta el Altillo.

8- Lo que va de 1946 a 1962 en Valdepero Poemas sacados del libro “La deriva del hombre”

CINCUENTA

Se nos pierde lo propio en lejanía, deshoja la amapola un suave viento, reverbera la imagen de la espiga y el otoño amanoja los sarmientos.

El pesimismo entre nosotros mora, abundante experiencia da razones: las desgracias nunca vienen solas, son reatas de ganado atadas las cabezas a las colas.

Basta presentir que la semilla ha germinado el surco, para que la sonrisa se apunte en los labios confundidos y retorne esperanzada la esperanza, desdibujando el rictus habitual de escepticismo.

CINCUENTA Y UNO

Si se hace necesario mi gente es solidaria, y abundan los ejemplos de su conducta entregada.

El temblor anaranjado de la temida hoguera, devastador incendio de sembrados marchitos, armados de herramientas congrega a los vecinos.

Se ignora por lo general quien deja, herrada y sogá junto al brocal del pozo, bebederos del campo y los renueva, o quien allana los caminos rotos.

Si un carro abocina y entorna en la ladera o quedan presas sus ruedas en el barro, fuertes brazos abandonando las tareas, ayudan a las mulas a librarlo.

Acorazada de ilusión, pletórica de miedos, la experiencia de los míos rezuma realismo, y saben que sólo con esfuerzo se da forma al destino.

CINCUENTA Y TRES

Reparto en una cesta la ración de matanza, el chichurro en un puchero; y tantos amores tengo que no bastan las quince arrobas del cerdo.

Los acontecimientos más notorios, ¡qué sutiles! -niebla, etéreo tul- ¡qué breves!, ¡qué imprecisos!; no conozco aún los detalles y ya el meollo olvido. Por el contrario, hay hechos anodinos, que se asen a la mente con todas sus fuerzas y la memoria los mantiene vivos.

Me refiero a las sufridas lavanderas -ropa sucia, azulete, jabón y banca- camino de la turbia acequia, buscando el celo purificador del agua.

Hablo de la tajada de carne en la fiambarrera, bamboleo acompasado de las alforjas, sobre el ancho lomo y las ancas sueltas, cansino regreso de la mula torda; torta de anises, turrón de almendra, el bocado que mi padre se quita de la boca en el barbecho, me trae la fragancia de la tierra recién abierta.

Aludo a las tormentas de verano, a los broncos truenos, al fugaz relámpago, al viento huracanado y al chaparrón intenso; a los quebrados caminos y al caballo Lucero, que me aleja del peligro a trote lento.

Afirmaban los pedreros las calzadas calizas: vara larga del martillo lanzando esquirlas, humanos golpeados devolviéndole sus golpes a la vida.

Al aire, al aire que vibra en los oídos, quiero leer el manifiesto de mi sentir más arraigado, porque dentro de mí bulle el hombre conmovido. Me hiere la creciente escasez de los necesitados, los progresivos excedentes de los ricos, y tiemblo como nido de gusanos, como epicentro sísmico, como revuelto poblado.

CINCUENTA Y CUATRO

Testigo fui del lento discurrir por los caminos, de las mulas con el carro, la araña o el arado; del último giro de los trillos.

Observé resignado la agonía de la cultura rural equilibrada, arraigadas costumbres campesinas, rendidas a la actividad industrial y ciudadana, más fuerte, más eficaz, menos ingrata; y conservé las imágenes postreras, honda raíz, tibia nostalgia.

El milagro tantas veces repetido de la vida, el reposado surgir del agua en los claros manantiales, las leyendas y las rimas, soledades, el padre Duero, las cárdenas encinas y el romancero gitano, en la trova gozosa y dolorida me iniciaron.

Las muchachas rosadas y las inquietas palomas, ampliaron mi ideal de belleza liberada, iniciado por la frágil flor de la amapola. Sin abandonar mis quehaceres me convertí en poeta, y musa me dictaba loas dulces, amargas elegías; versos formados de pétalos de rosa y humanas calaveras, principios dispares que enmarcan biografías.

Poemas y relatos ciento y uno componía mi propósito; palabras trabajadas con la obstinada insistencia de quien rotura un baldío o puebla de árboles un soto, pensando en las generaciones venideras más que en beneficio propio.

CINCUENTA Y CINCO

Si la dulzaina se hubiera alzado en símbolo, a fuerza de compendiar, de sintetizar los gritos; el tambor encarnaría, indefenso, los golpes recibidos.

Ondeando orgullosa en el otero, a la autonomía convertí en bandera, encarnada en los trilleros. Abarrotado de mazos y de trillos, hacían del carro su hogar, su ambulante domicilio. Eran más listos que el hambre, comían pan de muchos hornos, ignoraban el porqué pero sabían demasiado del cómo.

Mi admiración fue para el hojalatero errante, que iba y venía desmigando una jornada en cada sitio; como la libertad perseguido, de la libertad amante.

A semejanza de los mendigos más ufanos, mostraba un color saludable y la mínima expresión de tejido adiposo; vestía con estudiada elegancia sus andrajos, era desprendido y pródigo, moderadamente vago e independiente por encima de todo.

Ascendía difíciles peldaños, montaña del infierno, capitán y naufrago de su propio barco; arrecifes, bajíos, témpanos de hielo, calma chicha, viento de costado.

De una sola cosa estoy convencido: las fortunas deben ser colectivas, porque la existencia de un rico mil necesitados determina.

CINCUENTA Y SEIS

Arenales, canteras, hornos de yeso, adoberas: cualquier constructor poseyó la materia.

Padecemos penuria de arquitectos dignos de tal nombre, dominadores de la vertical infinita, de la inclinada sometida a la ley de los ritmos; unos pocos iluminados por la recta doctrina, ocupados en elevar iglesias y castillos.

Fueron los albañiles quienes tomaron la iniciativa: orgullosa piedra de las casas solariegas, humilde adobe de las viviendas campesinas.

Carecimos de una decisión esencial, enérgica como un rayo, luminosa como un relámpago. Faltó la voluntad a la importante cita, y faltaron el ímpetu necesario, la oposición al destino o la osadía.

CINCUENTA Y SIETE

Es absurdo dudar sobre la forma del mundo: a pie rozado, sobre mula torpe o en pesado carro -mañana y tarde- el campo es llano hasta el cansancio.

Miradas de mi tierra que todo lo escudriñan, ni las huidizas culebras resisten la batida; el costrollo es sorprendido si se aleja descuidado del recóndito escondrijo; no hay abismos ni hondonadas que sirvan de eficaz guarida o den sólido cobijo.

Es fácil orientarse: cielo e infierno, risa y llanto, blanco y negro. Todo lo ven los ojos, todo lo oyen los oídos, todo lo intuye el corazón, todo lo piensa el cerebro, todo lo odia la envidia, todo lo ama el cariño.

Caminos de plata toman los fugitivos.

CINCUENTA Y OCHO

Es nuestro entendimiento con la Naturaleza -leyes y excepciones-humedad que fecunda las semillas y hace medrar tallos y flores.

Si no dominaran su ignorado imperio, podrían trastocar la esencia de las cosas el guarda del guarizo y el chivero. Conocen voces mágicas, eficientes conjuros, palabras, gestos y cálculos arcanos; que obligan a obediencia a los obstinados mulos, incrementan la leche de las ubres y las crías de los partos, hacen hablar de múltiples maneras a los objetos mudos, y trascender cien veces potenciados del fondo de la noche los apagados murmullos.

Nadie sabe más de vientos que el aventador de bieldo, nadie entiende más de lluvias que el labrador de secano, tienen los libros de la Naturaleza perpetuamente abiertos, leen los volubles escritos de las nubes, a la luz de las sombras más negras perciben los oscuros misterios, interpretan las puestas de sol y traducen los aullidos de los perros.

CINCUENTA Y NUEVE

Un verano alto, cuajado de cosecha, la cesta de la merienda traías bajo el brazo, cuando agonizaba el sol en la era.

Te creí el verso que faltaba al poema, la nota musical cierre del canto, la pincelada resuelta que daba fin al cuadro. Yo era el labrador, el filósofo, el esteta, el músico, el pintor y buscaba sin tregua.

Campanas, trompetas, sonajeros; venías del Norte, mujer, y llenaste todos los huecos.

SETENTA

Evidencias te anuncian que apenas distingo, te percibo en las nubes y en el aire limpio. Del silencio me llegas improvisando una danza, de infinitas abejas blancas. Vienes a mí mansamente como la noche amiga, y me cercas trazando travesuras de niña.

Cuánto bien me hace la apacible tregua, que abres en mi alma al bajar dispersa.

Eres una y eres tantas, tan iguales, tan perfectas, que la suma de todas resulta incompleta. En el desierto de tu cuerpo me extravió; sin horizontes, sin puntos cardinales, sin referencias concretas que me ubiquen en la uniforme diversidad de tu paisaje.

Tu inocencia se funde en mis manos tibias y ya no vuelves a ser la misma. Nieve gélida, porque te amo intacta te amo efímera, y le pido al sol de enero sus tenues caricias.

SETENTA Y DOS

Cuando en las tardes sosegadas de mayo, el campo entero se convierte en una sencilla caja de música, abierta por los grillos a las chicharras y a los pájaros, los perros obedientes caminan orgullosos al lado del pastor, atentos a sus señas, vigilando a las ovejas con inexplicable rencor.

Muestran los agudos colmillos como navajas inciertas, a la cordera que desoyendo ladridos trisca separada de las apacibles y sumisas compañeras, o destaca del conjunto blanco por su lana negra.

SETENTA Y TRES

Todo tiende al orden, todo tiende al caos; y el leve peso de un grano de trigo, lleva la indecisa balanza al súbito desequilibrio.

Es pronto hasta que es tarde. Existe un punto idóneo de límite impreciso, para llevar a término feliz quehaceres muy variados, tan fugaz y pasajero, que cuando llega a ser deja de serlo.

Yo soy el que labra la tierra y la vacía de minerales, el que se sumerge hasta las perlas y los arrecifes coralinos; quien transforma las materias primas en productos elaborados y el servidor de sus vecinos.

Cuido el sembrado hasta la siega, bajo a la mina, pesco barbos en el río, trabajo de sol a sol en la tejera; paso hambre, sed y frío y mi cuerpo ha de enfrentarse solo a las dolencias: soy el bracero desconocido, el nuevo atlante que porta el mundo sobre su cabeza.

Estoy cansado de ser el héroe esforzado que hasta la noche eleva la mañana, y la deja deslizarse pendiente abajo buscando el alba; un animal que adiestra su criterio y marca veredas con la sangre, empeñado en actuar como testigo, juez y parte.

Si al menos tuviera al mar por compañero, peces, veleros y gaviotas, pero he nacido tierra adentro.

OCHENTA Y TRES

Desde el ojo que entrega el corazón a la nostalgia, encaramado a los recuerdos miro, torrenteras sedientas de corriente, laderas de reseco pergamino; y veo en los páramos de piedra, vallados que gobiernan los caminos, escudos no labrados de casas solariegas, catedrales sombrías y castillos dormidos aún en la cantera.

Luchas y abandonos repetidos: yo soy mi patria: alegrías y pesares buscando el equilibrio, lo que voy ocupando y cediendo a mi paso, excusas, vagidos, besos al leproso, garabatos; y cabe en el país de un abanico, en la oquedad de un relicario.

Analizo la postergada panera, acopio de los años, costal de obras de la urgencia: pensamientos que la cabeza alumbró y las manos practicaron, ideas nuevas temidas por intrépidas, sistemas y procesos contrastados, y me sorprende de la mejor manera, el patrimonio que he ido acumulando.

Recio carácter, mi tierra permanece anclada en su propio giro, inalterada e inmutable, desde antes de nacer la materia agobiada de conflictos, cuando eran clara oscuridad las fuerzas reunidas en el abismo temporal de los inicios.

El conjunto es mío en este instante, se me ha dado en usufructo por entero, he de cuidarlo con amor de amante y entregarlo mejor que me lo dieron -gallina convertida en ánade, ganso transformado en cisne- cuando me haya de hacer palabra sin alcance, memoria insustancial, barro insensible, polvo neutral imperturbable.

OCHENTA Y SEIS

Rodilla en tierra te vi en la fuente bebiendo el agua, cuenco imposible de las manos cálidas; te hallé de nuevo sentada en corro con las vecinas, cuando bordabas el ajuar de novia a la atardecida; volví a encontrarte en la fiesta alegre de la patrona y bailamos sin reposo hasta el alba roja.

Al amor jugaban arroyos y jilgueros, campo de las dudas y de los secretos; te supe mía al darme por entero y nutrían mi boca tus sabrosos besos.

Medio siglo después, cuando entendemos la ingenuidad desnuda de la vida cierta, y bajo una sola manta pasamos el invierno, enfrentados nuestros pasos a diez mil barreras, mi corazón te canta enardecidos versos.

OCHENTA Y OCHO

Un deseo me invade incontenible de herramientas usadas: pala y pico, azadas; de barbechos abonados con detritos, surcos humedecidos de sudor y tierra abierta al polen tibio, a las mínimas esporas, al esperma blanquecino. Un ansia me ocupa de espesos cebadales, de siegas en sazón; una avidez de aperos de labranza, arreos de cuero trabajado, colleras, collerones, cabezadas.

Surcos quiero y abro surcos.

Soy la reja rasgando el año en estaciones, soy la templada punta, soy la vertedera que obedece las fases de la luna; soy el arado, soy la tierra húmeda, la mala hierba y el punzante cardo.

Soy la ubérrima simiente que en el barbecho germina, soy la brizna verde, soy el tallo erguido, soy la preñada espiga; soy el grano desgranado en el redondel de la trilla.

Soy el Cierzo enfurecido que separa del pétalo la espina, soy trigo molido, soy la blanca harina. Soy la masa inerte y comprimida, soy la levadura, soy el fuego, soy la leña encendida; soy el pan del sacrificio, sacerdote, altar y víctima.

Tomo el color del día que me cerca, y soy azul, rojizo, gris o cárdeno, como la tornadiza faz de la Naturaleza.

Preferido al mármol frío, al imán y al esmeril; por encima de cualquier herramienta: el hacha y la azada, la rueda y la palanca; desde el punto de mira del poeta, soy el lugar donde puse mis pies sobre la tierra.

NOVENTA Y OCHO

Cuando dan las dos de la tarde en el altivo reloj de la iglesia, y el mes de julio llega a los dos tercios, no se atreve el día a cruzar las rastrojeras.

En la crítica hora de la siesta -Tierra de Campos, Cerrato, mil novecientos sesenta- seis lagartos censados en el páramo y vecinas del arroyo diez culebras, del calor extremo se defienden ocultos bajo peñas.

Resbala por la frente el sudor, enturbia la mirada, es salado en la punta de la lengua, sobre los sedientos labios descansa, riega el fuerte cuello, el pecho enmarañado y las espaldas.

Es el tiempo inaplazable de los hechos, cuando se quiebra el tallo de la espiga, y desgrana el oro de los granos el incandescente sol de medio día.

Deseosas de emplearse en la faena, la pericia del oficio practicado y la fuerza de los brazos se liberan, cuando derrama el jugo de su miel repleta de dulzura la colmena, cuando regresan

cansadas de los pastos, ubérrimas de leche las ovejas y en la recia fragua del herrero, encendido de llamas y tizones, rojizo sobre el yunque espera el hierro.

Ahora el cielo concede sus favores, cosecha plena en la llanura y en el valle; ahora que el día se alarga luminoso y la tarde no muere hasta muy tarde. Ahora alcanza su esplendor la exuberancia carnosa de la pulpa, y la firme tersura de la piel puede llegar a la ruptura, inflamada más allá del límite de tan lozana y tan madura.

Hay que despojar de fruto a los frutales, que luego se desvanecen los aromas y la lluvia quedamente acumulada con premura apresurada se evapora. Hay que poner a resguardo la cosecha, ahora que las nubes se oscurecen de improviso y descargan su fardo destructor sobre espigas, almendras y racimos.

Es la hora de los brazos en refriega: atropadoras diligentes y agosteros armados de rastrillas de madera, de horcas de guinchos afilados, de hoces que agavillan y enmorenan.

Es tiempo de esforzadas voluntades: fuertes torsos de purrir las nías, de subir a la panera los costales, ingenio de idear economías: aptitudes enfrentadas al destino, resistentes a la sed y a la fatiga.

Llegó la hora de la verdad de las verdades, la culminación del esfuerzo prolongado; hay que recoger las frutas en sazón y los maduros cereales, y todo debe hacerse ahora, porque después es tarde.

CIENTO TRES

Chubasco, chaparrón, nubada: se oye el murmullo de la lluvia en los cristales, dilatadas pupilas de la casa; rítmico repiqueteo, monótono, insistente, furioso en ocasiones, sosegado a veces.

Como si se tratara de esas aves viajeras, que emprenden el periplo migratorio, preludios de invierno o primavera; como estorninos dispuestos a iniciar sus vuelos acrobáticos, las diminutas gotas se esperan atadas las unas a las otras, unidas a las tejas del tejado, al vidrio asidas, sujetas a las esplendorosas hojas de los chopos erguidos en el llano.

La ley reprocha su conducta, restringe valiosas libertades, y las gotas reclaman su derecho a reunirse y concentrarse.

Cuando su número basta y llega al peso crítico el volumen congregado, se deslizan raudas ventana abajo, pared o tronco abajo, hacia la horizontal impávida, tonos grises o pardos.

Refresca el bochorno dominante, el aire aligera su presencia y en el precipitado ataque, recelosas se estrellan -tierra, piedra o follaje- contra un suelo que opone menguante resistencia.

Cesa el repiqueteo, el susurro acompasado declina y las gotas gruesas -suma de la suma de las más exiguas- extenuadas, abatidas, enfermas, reúnen sus fuerzas rendidas en charcas dispersas.

Llegan de aquí y de allá, de todas partes; se juntan, forman balsas y lagunas, se multiplican, rebosan, invaden y en la reguera gestante de hostilidad y furia, incorporan el valor a una marcha imparable.

Van calle abajo empujando obstáculos, rompiendo presas, abriendo caminos, izando cayados, hoces, horcas, picas, dalles; con el bronco canto de los rebeldes que labran su propio cauce.

Segunda mitad del siglo XX “La carretera de Valdeolmillos”, sacado del libro “Ad memoriam”

Estudiante en vacaciones, vería Cesáreo con ojos seducidos, como quien observa el efecto de la piedra arrojada al estanque, brigadas de obreros en trance de ensanchar el carril que, desde el antiguo camino real de Cantabria, atravesando la ruta de Astudillo, conducía al monte. Llamamos así a una elevación de tierra rojiza sita en el confín oriental de Valdepero, poblada de encinas sobre todo, que perteneció al municipio antes de pasar a manos de una familia rica de la capital. Hallaría sorprendente encontrar peones armados de picos y palas; parejas bien avenidas en las que uno removía la tierra y el otro la apartaba, extendiéndola como quien siembra, imprimiendo a sus brazos, a su cintura, ese movimiento de abanico que se abre y se cierra. Se trataba de la primera consecuencia de una acción administrativa iniciada meses antes: la expropiación de los linderos labrantíos.

Germinaría en ese período, a buen seguro, un tema único de conversación, absorbente o imán de los otros, fuente de disgustos sin cuento; porque las autoridades, insensibles a las emociones generadas por sus actos, puestas las miras en el bien común, obligaban a ceder unos metros de la orilla, derecha o izquierda, de un terreno fértil en su mayoría, excepcional en el caso de la vega formada por el Arroyo Mayor. Se mejoraba un camino transitable y cómodo, pues en él, siendo llano el terreno que recorría y estando afirmado a conciencia, la erosión malgastaba su esfuerzo. De manera que no se desprendía gran ventaja del hecho de ensancharlo y consolidarlo. Es cierto que alcanzaba el monte, pero al monte, salvo los que poseían alguna tierra en sus laderas o los que bajaban leña para el hogar una vez al año, pocos subían. De ahí que, nutrida por el avance de las cuadrillas destinadas a marcar el recorrido y eliminar obstáculos, anidara entre los vecinos la sospecha de que la vía proyectada podía atravesar el monte y alcanzar la otra vertiente, llegando hasta Valdeolmillos.

Era Valdeolmillos poco más que un nombre, un nombre de pueblo apenas oído en aquellos días; el nombre nunca escrito en

los mapas usuales, de una villa que presentaba no pocas incógnitas: la ubicación exacta, el tamaño de su población y la ocupación de los vecinos. La curiosidad llevó a recabar datos, y los datos dijeron que su término municipal lindaba con el de Valdepero, que los cascos urbanos de ambos distaban tan sólo una legua y que el monte hacía de frontera infranqueable. El monte y la inexistente necesidad de contacto, claro. Nadie, que se supiera, había ido de Valdepero a Valdeolmillos. Nadie, que se supiera, había hecho el camino inverso. Sin embargo, quienes subían al monte a por ramas de encina, destinadas a cebar el fuego del hogar durante todo el año, acercándose al extremo situado a levante, podían ver las casas rodeando la iglesia si tenían ese capricho.

Que la proyectada carretera perseguía la línea recta quedó acreditado ya en los primeros desmoches. Taludes se originaban en los altozanos, inclinaciones pronunciadas desprovistas de vegetación. Antiguas curvas, acaso las menos despejadas, aparecían de pronto sustituidas por una tangente, por una calzada que las empujaba dentro de las tierras de labor. Algunas parcelas sufrían una división drástica y se las veía partidas en dos por el trazado nuevo, tieso como una vela. La propiedad privada a la que se sometía el viejo camino, recibía un buen empujón en aras del bien común y de la lógica. El cerro conocido por "La Campiña", que sin duda sirvió de pared al foso del castillo en la lejana época del furor guerrero, hubo de ser acometido hasta lograr una pared vertical que permitiera el paso a los carros cargados de nías, los que alcanzaban un volumen mayor.

Descubrieron los cavadores en ese tramo multitud de calaveras, tibias, radios, costillares, y la diversidad de huesos que da forma a cualquier esqueleto humano, incluidos aquellos que vivieron hace mil años o más. Descubrieron los azadones utensilios domésticos antiquísimos, y monedas en vigor en épocas pretéritas, restos romanos y celtibéricos que las palas cubrían o las manos escamoteaban depositándolos en las faltriqueras si lo permitía el tamaño, o en los amplios fardeles destinados al transporte de la fiambreira; pues los capataces trasladaron a los peones la orden recibida de callar el hallazgo, debido a las consecuencias perjudiciales que podían producirse.

Vería Cesáreo, curioso como era de cuanto acaecía en su entorno, que a los trechos terminados de allanar, los ya ensanchados, en

los que la tierra presentaba un color más oscuro, llegaban los burreros. Vería hombres altos, altivos, sirviéndose de una vara fina, entre aguijón y bastón de mando, para guiar con imperio largas reatas de jumentos portadores de piedras. Observaría los pedruscos, irregulares, dotados de caprichosas formas, sacados a barrenazo limpio y golpe de pico de los inacabables yacimientos del páramo por trabajadores toscos, obstinados, capaces de arrancar a la naturaleza la materia prima de las invenciones humanas en verdad duraderas: cimiento y muro, puente y arco, estatua y obelisco.

Hasta medio centenar de asnos vería Cesáreo avanzar, seguros del oficio adquirido por la repetición de gestos; jumentos escépticos ordenados en hileras de cinco, de siete, de ocho; parsimoniosos hasta ser aguijados o momentos después, ya olvidado el estímulo. Vería admirado a los cuidadores que los sendereaban, maestros de un arte que en las empinadas laderas de las altas montañas se muestra en toda su belleza y dificultad. Vería a los muchachos de doce o trece años, todavía en edad de ir a la escuela, que cambiaban, acaso con inexplicable placer, el aprendizaje suave de la teoría, de las primeras letras, de los primeros números y de los últimos juegos; por el atajo arduo y monótono de la práctica, por la cruda realidad del trabajo y de la vida adulta. Los vería Cesáreo descender desde las canteras del páramo hasta los tramos lisos y anchos de la calzada nueva, decididos a cumplir a rajatabla la orden de callar los hallazgos de monedas y piezas de cerámica antigua, huella y testimonio del paso del hombre imperecedero, de su forma arcaica de vida, origen de la nuestra. Vería los baqueteados serones, trabajo de artesanos del esparto, cuyo sustento dependía de que las carreteras llegaran a su término justo, sin demoras originadas por percances graves o descubrimientos que obligaran a investigación. Senos repletos de piedras blancas manchadas de tierra roja, colocadas por manos expertas de forma que se ajustaran a los huecos y el transporte ahorrara algún viaje. Vería vaciar las alforjas, y crecer los montones resultantes a intervalos parejos, medidos con pasos forzados. Vería Cesáreo Gutiérrez Cortés la sincronía de los movimientos de unos y otros, y tomaría nota mental para luego, llegado a casa, reflejarlo en sus ensayos de escritura, notario del diario acontecer.

Cuando los picapedreros: varones de diversas edades, calzando botas de cuero y vistiendo pantalones de tejido consistente, pana

o lona, tocados con boinas o viseras, portando anteojos entelados de alambre para protegerse de las temidas esquirlas; cuando los picapedreros, sirviéndose de martillos de mango alargado comenzaron a dividir las piedras íntegras, convirtiéndolas en cantos del tamaño de un puño; cuando la primera cuadrilla de esos ásperos vareadores rompió el silencio con sus acompasados golpes, ya hubo sobre la carretera en ciernes tres actividades distintas, cada una de ellas ocupando una sección no más larga de setenta metros.

Pero no paró ahí la cosa. La maquinaria pesada hizo acto de presencia, estableciendo otro eslabón, en cuanto el primer tramo quedó cubierto de piedras disgregadas y los picadores llegaron al segundo, recién abandonado por los burreros que ya tomaban el tercero, liberado éste de la presencia de los hombres del pico y de los hombres de la pala, que conquistaban en ese preciso instante el cuarto cantero. La calcadora: un monstruo con hechuras de máquina de tren, que avanzaba bufando, expulsando vapor por sus narices; la apisonadora, nombre usado por los propios operarios, dotada de un enorme cilindro de hierro a modo de rueda delantera, compactaba las piedras y la tierra. Avance, retroceso, lentos giros a derecha o izquierda: un maquinista experto movía el impreciso timón de hierro, y dirigiría con admirable pericia el rumbo del provocador armatoste. Acosaba su lenta marcha, perseguidora impaciente, una cisterna subida a un carro de varas. El gitano que encaminaba a la mula marcándole el ritmo, y dosificaba el caudal de espitas y bitoques, cumplía sin despilfarros el encargo de regar la calzada en busca de su inmediato apelmazado.

Los vecinos que estaban al tanto de la evolución y el desarrollo de las técnicas fabriles, quienes habían oído hablar de las ventajas del trabajo en serie implantado en las factorías, al ver la acometida equilibrada de los cuatro oficios, uno tras otro, día a día, pensaron: “Eso es; ahí está la cadena industrial traducida a las obras, acercándose al campo; los adelantos de la producción ya llegaron, sólo falta que los apliquemos a las tareas agrícolas y la prosperidad se instalará entre nosotros”. Iba a suceder, sí; pero de otra manera. El tres de julio de unos años después, pudo verse, girando en cuadrada espiral, midiendo sin pausa el perímetro cada vez más reducido de un extenso terreno sembrado de cebada cervecera, una máquina capaz de segar, trillar, aventar y ensacar casi de forma simultánea.

Los peones contratados para el movimiento de tierras, hombres y muchachos amoldables, habituados a llevar a cabo cualquier tarea que requiriera fuerza y habilidad, eran vecinos de Valdepero y dormían en sus viviendas. Burreros y picapedreros, especialistas retribuidos con mejores salarios, iban de obra en obra, de carretera en carretera, y estaban habituados a alojarse a pie de tajo en los pueblos limítrofes. Originarios de lugares lejanos, comarcas deprimidas que los expulsaban faltas de ocupaciones bastantes, los había que ahorraban para la familia, esposa e hijos necesitados de sus duros; y quien gastaba en jaranas nocturnas lo ganado en el tajo durante el día. Los servidores de la calçadora se daban una importancia que los distanciaba de los otros, y llegaban al corte en grupo desde Palencia, caballeros sobre motocicletas que avanzaban despacio y sumaban su ruido, alborotando.

Un buen número de casas valdeperinas acogieron huéspedes; en general los hogares obreros, pero también los de algún labrador pequeño, de esos que pasan apuros para cubrirse todo el año con la capa de la cosecha. Ciertos alojados conocían los inconvenientes de vivir en el domicilio de otro, y habían desarrollado desdeñables mañas, opuestas con clara ventaja a la imperceptible desconfianza desplegada por los lugareños. Salvo estimables excepciones pretendían los foráneos, según fuera su índole, darse buen trato en la mesa a bajo precio, enamorar a las muchachas deseosas de pretendiente o incrementar la soldada a costa de los jugadores bisoños. Ganaban en osadía los burreros; los pedreros, pareciéndose, quedaban lejos de mostrar conductas perversas. Derivación de tales presencias venía a ser el hecho inusitado de que el pueblo anduviese revuelto, convertido en un mar de hablillas que relacionaban a unos y a otros en lances situados fuera de los usos aceptados por la comunidad. Las tiendas, los vecinos que vendían alimentos de temporada, las cantinas y los que recibieron a personas decentes, que las había entre tanto desvergonzado, aprovecharon la oportunidad de sacar en limpio cuatro perras, y las destinaban a echar algún remiendo a la casa o al ajuar.

La nueva calçada, ancha, recta y plana; avanzaba mostrando patentes ventajas sobre el antiguo camino: motos y bicicletas circulaban con una suavidad desacostumbrada; hasta coches y camiones alcanzaban una razonable velocidad sin peligro. El

traslado de los ingenios de labranza sobre el nuevo firme ganó en viveza y comodidad. Quedó claro: se ahorraba tiempo evitando el deterioro de los enseres y disminuían los percances sufridos antes por las personas. Eliminados los baches y cubierta la alterable arcilla de una capa de piedra sólida, se eludían peligros ciertos para los carros, como volcar o quedar presos por las ruedas en un hoyo de lodo. Las mulas caminaban sueltas, llegando descansadas a los pagos alejados del pueblo. Incluso el esfuerzo extremo de subir la cuesta del monte, antaño tan temido por bestias y dueños, se aminoraba considerablemente. Por añadidura, suavizada la inclinación y empedrado el suelo, esa bajada, tiempo atrás la más peligrosa del término para los carros que volvían al pueblo cargados de leña, mejoraba su seguridad; el efecto de la galga bastaba para evitar que se precipitaran dando tumbos.

Poniendo la innata buena intención de la gente a valorar los logros de la carreterilla, como se dio en llamarla en comparación con la otra, la que va y viene de Palencia a Santander, podía entenderse que llegara al monte, pues aunque se cifraran en cincuenta los viajes hechos al cabo del año por los vecinos de Valdepero, concentrados, además, en el período otoñal previo a los fríos invernales, la ganancia se palpaba. Que la vía alcanzara Valdeolmillos ya era otro cantar. En su último tramo los efectos beneficiosos de la obra se desplazaron al pueblo de arriba: contratación de operarios, demanda de hospedaje y las compras de alimentos.

Y el prometido interés por la contraria vertiente, vencedor de la secular indiferencia, ni asomó el flequillo: los habitantes de Valdeolmillos y Valdepero daban aún la espalda a los otros, sin pararse a tasar los beneficios del conocimiento mutuo. En conjunto, el bien público resultaba menos evidente que el privado. Los propietarios del monte, dueños también de una casa de recreo levantada en la finca, tuvieron un acceso acomodado a las sensibles ruedas de sus coches. Llevar la carretera más allá de la entrada, obligarla a llegar a Valdeolmillos, no parecía tener un objeto distinto del disimulo y la justificación. La propiedad privada, herida en las rectas iniciales o en las intermedias, tierras correspondientes a labradores comunes, donde cruzan parcelas sin miramientos, buscando el bien común; la propiedad privada, digo, triunfaba a la postre, demostrando así la relatividad del

derecho a la tenencia y disfrute de bienes, que es, a ojos vistas, menos vulnerable en el caso de los ricos.

Debió de impresionar a Cesáreo el revuelo nacido en torno al afirmado de la referida carretera, pues en su libro de primeras memorias trata el asunto con minuciosidad. Dedicó un capítulo entero a los sucesivos trabajos, y en el apartado correspondiente a las personas, destaca, por encima de todas las conocidas durante el maremagno constructor, al burrero Máximo; un soñador que desde el pastoreo de ovejas por cuenta ajena, iba en su cabeza para propietario de una bien nutrida recua de asnos de transporte, estando ya en seis bestias de buena estampa, añadidas a la cola de la reata a modo de apéndice que él consideraba indispensable. Marido desviado de la mujer por desgaste del primitivo amor, y falta de hijos a quien inducir con el ejemplo, hizo Máximo buenas migas con el joven Cesáreo, hasta el punto de relatarle sus ajetreadas vivencias y las penurias y riquezas sufridas o gozadas por otras personas, a quienes el relator había conocido en sus viajes interminables por la geografía quebrada del Norte de España.

Hija interesada por las razones del padre, pensé, nada más acabar la lectura de sus recuerdos, que la comprobada inutilidad del cabo de la calzada, el trecho que va a Valdeolmillos desde el monte, pudo fijar a su carácter alguna porción de pesimismo. Pero ¡quia!; por aquel entonces veía mi padre a la humanidad bien orientada, alcanzando el ramal apropiado del laberinto, enredo próximo a la salida. La decepción no llegó a anidar en él; mantuvo viva la utopía de una improbable distribución de la riqueza. Es de creer, yo así lo pienso, que la carretera de Valdeolmillos, verdadera expresión del quebranto de la justicia social, victoria de los poderosos sobre el pueblo llano, supuso para él un desafío que exigía acción permanente.

Admiró Cesáreo la vida de los burreros, trashumantes que recorrían con sus jumentos la geografía regional, conociendo gentes y costumbres diversas, lugares que eran tonos múltiples de un mismo color y hasta colores distintos de una paleta enriquecida. No había comenzado a viajar mi padre, pero procuraba entablar conversación con quienes pasaban a su lado, escuchando embebecido sin importar cuanto se alargara el relato. Leyó un compendio de “La descripción de las maravillas del mundo”, en una edición española titulada “El libro de Marco

Polo”, propiedad inicial del antepasado boticario; y al instante quiso emular al viajero. Lo cuenta al inicio del tercer artículo perteneciente a una serie de cuatro, dedicada a Venecia y aparecida en una revista difundida en todo el país; donde resalta el aspecto fabril de la ciudad lacustre, patria del inquieto comerciante del siglo XIII.

Si en la vida de cualquier persona, aspiraciones y realidades se entrecruzan apoyándose, dando y recibiendo en especial simbiosis; en el caso concreto de Cesáreo Gutiérrez Cortés, ese entreverado se hizo de modo consciente. Amalgamadas iban en su persona las experiencias con las imaginaciones, y pareciéndome bien, así las dejo. Confío, no obstante, en la habilidad del lector para deslindarlas si lo desea.

10-Ayer “El alcance de la mirada”, escrito para la revista Horizontes.

En mi niñez Palencia era una ciudad cómoda y tranquila; pero yo la encontraba agitada en exceso al medirla con Valdepero, Husillos y Monzón, mi pequeño mundo. Llegaba a la capital temeroso, dominado por un recelo incierto ante todo lo que la apartaba de lo conocido: la profusión y altura de las casas, la longitud de sus calzadas limpias, el enigma imponente de las oficinas públicas y el imparable trasiego de personas y vehículos.

Los hechos acaban siendo sus consecuencias: las sensaciones que producen, la intensidad con que se graban en la mente. Los recuerdos procedentes de mi niñez, relacionados con la ciudad, se apoyan en sonidos, olores y tonalidades que la distancia ha ido atemperando. La ilusión convertía los días de viaje y visita en festivos y resplandecientes; incluso aquellos oscurecidos por nubes fuscas. El camino formaba ya parte de la meta; la misma alteración, semejante gozo. Encontrábamos, no obstante, odiosos los preparativos: el aseo profundo, la muda de ropa, el adelanto de las tareas ordinarias. Llegar hasta las afueras capitalinas en carro nos llevaba en torno a los tres cuartos de hora; y los nombres dados a cada tramo del recorrido, al ser alcanzados, evidenciaban la consistencia de la progresión y la presteza del avance. La soberbia vista del Cristo del Otero afirmaba la dichosa existencia de una ciudad encantada, conocida por el sonoro y melódico nombre de Palencia.

Comenzaba la aglomeración urbana en el pago de El Barredo; y hacía de endeble muralla una fila de casuchas bajas, rurales aún; avanzadilla o retaguardia ciudadana de humilde presencia. La acequia discurría por allí subterránea, apareciendo al otro lado de la carretera con sonoro rumor de cascada. Antes de alcanzar el carro la vertical de la acequia, oía yo el zumbido intenso del agua despeñándose, y al no vislumbrar el pie del tajo lo imaginaba misterioso y fascinador. Hubiera dado todas mis canicas, las pepitas de albérchigo, los billetes usados de tren, la peonza de aguijón templado, el aro veloz y el pinche de punta resistente; por bajar hasta la desembocadura para observar de cerca el salto enorme del rabión, por ser espeleólogo y acompañar,

iluminándome con una lámpara autónoma, al alborotado torrente desde la negra embocadura.

Subido a la torre de costales repletos de grano, carga valiosa destinada al Servicio Nacional del Trigo, único comprador autorizado, me venía al pelo mi puesto de vigía. En aquel punto fronterizo de El Barredo descubrí vagonetas cargadas de arcilla - una, dos, tres, cuatro- arrastradas por parsimoniosos mulos sobre carriles de una vía férrea de juguete. Su destino era la cercana cerámica de don Cándido, que liberaba engreída un humo denso y oscuro, sinónimo por aquel entonces -lo que son las cosas- de industrialización y progreso. Prestaba yo atención a la paulatina merma del cúmulo de aprovisionamiento de la caravana, terrosa colina que junto al otero del Cristo se elevaba abreviada; temiendo que una vez agotado el más pequeño de los alcores, iban a continuar su labor devoradora en el que cimentaba la ermita -escenario del cruel asesinato narrado en coplas sobre papel rojo- y de la colosal imagen del Cristo.

De la tejera en adelante la calzada iniciaba un descenso patente, de manera que los carros aligeraban la marcha en ese trecho de firme adoquinado, obligando a los mayores a elevar el tono del reducido parlamento. Al tiempo, los niños iniciábamos un cantar desfigurado; clara expresión del desarrollo de la alegría. Llegados a la estación de ferrocarril, si la suerte nos acompañaba y el operario erguía los longos varales, apresurábamos el paso sobre el entramado de rieles, para evitar que la barrera nos atrapara si bajaba de improviso. Resultaba hartamente frecuente la imposición de una larga espera. Quedábamos quietos tiempo y tiempo con los ojos puestos en los vagones, que realizaban prolongadas maniobras arrastrados o empujados por ruidosas máquinas de vapor. En ocasiones, bien porque se olvidara el guardabarreras de franquear el tránsito o debido al retraso de un tren que no daba muestras de presentarse, debíamos iniciar un largo rodeo hasta alcanzar el cruce de los Tres Pasos, pues la empinada pasarela de Villalobón representaba un impedimento insalvable para el carro cargado.

Palencia ofrecía un armazón de calles y plazas hormigueadas de gente anónima, por donde transitaban coches que sacudían los oídos con la estridencia de sus bocinas. La calle Mayor y la plaza del Ayuntamiento se distinguían de las demás por los soportales regados de tiendas. Recuerdo los irresistibles mensajes recibidos

de las pastelerías, ante cuyos tentadores escaparates –ojos brillantes, boca encharcada por el estímulo- me detenía goloso. Arrastré a mi madre más veces de las que acepta la razón, hacia el interior cautivante de un paraíso de aromas, con la insistente demanda de un bollo suizo de peseta; pero una vez dentro, situado frente al pastelero, cuando ya la suerte estaba echada y todo dependía de mi honestidad y de la tolerancia materna, pedía un empalagoso mil hojas que costaba, a mayores, setenta y cinco céntimos, tres reales exactos, un poco menos del doble.

Un día cualquiera, muestra del encanto que sobre mí ejercía la ciudad con su oferta inacabable de maravillosos objetos, sucedió otro hecho pintado de un mismo trazo. Ante el vaciador situado a dos pasos de la Delegación de Hacienda, vertí lágrimas cuantiosas dirigidas a ablandar la firmeza de mi padre. Trataba yo de conseguir con pujos de llanto una mínima navaja, de adorno casi, que en el campo sería objeto de bromas. Pero a mí me llamaban con voz mimosa sus atractivos colores desde la vitrina, cortaplumas esmaltado en tonos verde, marrón y amarillo. Dos escudos, cortados siguiendo un patrón análogo, que se adherían por la espalda a las cachas, tiraban de mis ojos, ellos de la voluntad y ésta de los pies, dirigiéndolos hacia el interior del establecimiento. Capricho fugaz, que una vez satisfecho, tras pasar una semana de un uso intensísimo alejado de mis ocupaciones principales, guardó la navajita en el cajón del olvido. En esos días tan bien aprovechados confeccioné chiflitos partiendo de una rama de chopo, seccioné juncos, afilé lápices y grabé el nombre de Juanita, la hija del cartero, en un álamo de la carretera.

Durante las esporádicas visitas a Palencia, Plaza de Abilio Calderón, endomingados, solíamos dejar el carro en las dependencias de la antigua Plaza de Toros: piedra sobre piedra y sobre la piedra hierro. Algún lejano parentesco debía de unirnos a la familia encargada de la custodia, una madre viuda y sus hijas solteras. Se hallaba muy próxima la avenida Casado del Alisal, capaz de aceptar el holgado fluir de vehículos y personas y el estacionamiento de los carruajes llegados de los pueblos; área que nosotros usábamos cuando, por alguna razón, el coso nos estaba vedado.

En este segundo espacio quedaba abarloado nuestro carro al costado de otros –livianos de varas y pesados de par: dos

maneras distintas de entender la agricultura- buje contra buje, prieta la galga. Las mulas permanecían enganchadas, y de los pescuezos, como medallones, colgaban las cebaderas. Abundante paja de trigo y una buena ración de cebada, el pienso, hasta quedar unas granzas duras en el fondo, entretenía la impaciencia animal y evitaba trastornos al vigilante: un mutilado de guerra de edad mediana, manco por obra de la metralla en el frente del Ebro, a quien pagábamos cinco reales en concepto de tasas.

El verdadero ambiente ciudadano lo encontraba yo en los comercios de telas y de utensilios para el hogar, en las ferreterías antiguas y en los almacenes de aperos de labranza; pues las casas tristes y oscuras de los distintos artesanos, tejedor, cacharrero, herrador, guarnicionero, a las que iba acompañando a mi padre, eran aún pueblerinas. En particular la del guarnicionero, un anciano achacoso que, sirviéndose de lezna, aguja y bramante embadurnado de pez, confeccionaba resistentes arreos, olorosos del recio cuero que les daba cuerpo. Vivía en compañía de una hija moza en la buhardilla que era su taller, comedor y alcoba; cuyo techo caía hasta el suelo siguiendo la dictadura del tejado. En su parte más baja, cercadas por una alambreira, se criaban ocho o diez gallinas abastecedoras de huevos frescos; y unas cuantas parejas de palomas, involuntarias donantes de sus tiernos pichones a la gula despertada por celebraciones muy señaladas. Constituían permanente testimonio de la presencia animal, un vulturo cálido, el tufillo característico de los nidales y una permanente algarabía de cacareos y arrullos.

Al medio día, sentados en la trasera del carro o recostados sobre la ancha acera en torno a una manta desplegada a modo de mantel, atacábamos el contenido de la fiambreira: lomo en aceite, bonito guisado o filetes de vaca en jugo de tomate; según se terciara. Hacían de tenedor o cuchara y hasta de escudilla, los pedazos del pan cocido en el horno de Diocle o Florentín, absorbente miga y resistente corteza. A veces la taleguilla se iba con algún randa hábil, de modo que nos veíamos obligados a buscar un arreglo rápido en los puestos de la vecina Plaza de Abastos.

Mientras mi padre abrevaba al ganado, mi madre visitaba a sus hermanas. Acompañando a mi padre podía adentrarme en el palpitante mundo de los Almacenes Canales, porque las mulas bebían en la pila de su patio. Para explicar la magnitud inusual de

las dependencias y el continuo ajeteo que las ocupaba, basta decir que en su interior penetraban vías y vagones para la carga y descarga. Tenderos de la capital y de los pueblos se abastecían allí; y mi tío Saturnino era uno de ellos. Siguiendo a mi madre me distraía a cada paso con lo visto y oído, hasta que ella, para abreviar, me agarraba de la mano. Tras cruzar la bulliciosa Plaza de Abastos nos dábamos de bruces con el bello edificio de la Diputación; luego venía don Sancho, una calle solemne, formada por comercios de empaque.

Las posibilidades de los Cuatro Cantones me desorientaban: Norte, Sur, Este y Oeste. Pasábamos ante la Oficina del Banco de España, y allí conducía a mi conductora hacia el portal con el fin de ver los leones de imitación. En un periquete, siguiendo General Amor, llegábamos al pasaje privado de la fábrica de gaseosas Prádanos; lo recorríamos a hurtadillas, y al salir ya estábamos en General Sanjurjo, antigua Rinconada de San Miguel. Ese espacio, ocupado en tiempos por el antiguo cementerio de la iglesia, sus aceras de cantos rodados, el pedregoso suelo sobre el que los muchachos jugaban al balón - mis primos y otros de una edad pareja- me mostraron la indiscutible animación de la ciudad, pues la plazoleta rebosaba vida. Cohibido yo ante chavales tan despiertos, tan osados, tan parlanchines; dueños de expresiones cortantes, definitivas, alejadas de las oídas por mí a diario, más sonoras, más modernas; apenas participaba. Apabullado por su palique y desenvoltura quedaba a la espera de una oportunidad que me tornara existente para ellos, digno de consideración. No sé que porción del pretérito hubiera alterado con tal de dominar la técnica del juego, por saber contar chistes graciosos en tiempo propicio, por correr más que ninguno de ellos; pero, acostumbrado a la yerba de las eras, me encontraba torpe y los guijarros suponían para mí un serio impedimento.

Abundaban *in illo tempore* unos triciclos portadores del depósito de acarreo delante del ciclista; los vi en sucesivas ocasiones trasladando gruesas barras de hielo, artículos de limpieza, botellas de refresco, cestos de pan o cajas de frutas y verduras. Los jóvenes repartidores impulsaban aquellos velocípedos de carga merced al gran esfuerzo concentrado en los pies, y los conducían, carentes de manillar, forzando con las manos un tirante horizontal que iniciaba el arcón delantero. De modo que se contorsionaban como azogados cuando el peso de las

mercancías era extremo, y exhibían su destreza dibujando florituras próximas a lo circense en sus cómodos viajes de completo vacío.

Uniforme de pana marrón con gorra de plato de la misma tela, me resultaba insólito ver a los parsimoniosos barrenderos tras el carrito de chapa galvanizada y el escobón de ásperas raíces prendido en su engarce. Se ocupaban en la recogida de un rosario de excrementos que las caballerías de tiro dejaban como testimonio incontestable de su paso. Bosta apreciada que ciertas vecinas les solicitaban para abonar los tiestos: geranios, alegrías, begonias, reducidos rosales de pitiminí. Guardias del orden armados de su orgullo, inquietos viajantes de comercio, mujeres presurosas, forasteros desorientados, algún ocioso: gentes muy diversas recorrían tal encrucijada. Realidad que en mi imaginación llevé al paroxismo, cuando acerté a cruzarme con un oriental de ojos achinados y una joven de piel tan oscura como la pintada en las antropomórficas piezas de cerámica que hacían de hucha en la colecta del Domund.

Habitaban mis tías un edificio de dos plantas que se abría a la rinconada por la parte dorsal de la iglesia. Desprovistas de corrales y paneras, así como de cualquier forma de alojamiento animal: cuadras, gallineros, conejeras, establos; en las viviendas de esa casa descubrí yo la original forma de vida imperante en la ciudad, tan distinta de la establecida en el pueblo, que parecía de otro país, de otra época. Singulares sonidos y penetrantes olores dominaban unas cocinas faltas del hogar que albergara llamadas de leña, pucheros nuevos o renegridos y sartenes dotadas de patas. Asumía la función, ampliándola, un horno de carbón nombrado cocina económica o bilbaína. Entreví su vientre en ignición, infierno sometido que calentaba el recinto a más de cocinar la comida. Poseía, recuerdo, un depósito equipado de grifo, mínimo surtidor que provocaba murmullos de ordeño al liberar un chorrillo de agua a punto de hervir.

En uno de los dos domicilios hallé el hongo milagroso del que tanto se hablaba por aquellos días. Puesta de moda entre las familias capitalinas, sumergida en la solución conveniente, una seta crecía en depósito de cristal sobre la cómoda o la mesa del comedor. Bebían del líquido los crédulos a diario, con tal de librarse de todo género de enfermedades y hasta de los primeros

envites de la muerte. No curaba males de importancia, ni mucha ni poca; pero no añadía nuevas dolencias.

Hablábamos alto, nos admiraba todo, carecíamos de buenos modales, exagerábamos el llanto y la risa; con razón o sin ella, los de Palencia nos miraban por encima del hombro a los pueblerinos. Fue en la Plaza de Abastos, cuya estructura de hierro siempre me admiró, donde comprendí que, azacanes del campo y todo, en la ciudad nos necesitaban. Agricultores y ganaderos de los pueblos próximos contribuíamos a proveer su despensa a diario. Pan de trigo, lentejas y garbanzos, carnes tiernas y sabrosas de lechazos, pollos y conejos; leche y queso de oveja, huevos de gallina, frutas y verduras. Aún había más; nuestras compras salvaban los balances anuales de sus comercios. Y por si fuera poco, el artesano que forjaba primores muy cerca del Puente Mayor, en cuyo taller compraban mis tías Julia y Fabiana soportes para los tiestos de los balcones, era un herrero que en Ampudia, su pueblo, tuvo fragua y fama de entendido en el temple; y el jardinero encargado de cultivar las plantas del Salón, un podador de rosales experto, fue hortelano en Rivas. Nos atendían en las ventanillas los capitalinos, abriéndonos los laberintos de las gestiones administrativas; pero sin nosotros no podían llevar su vida fácil, carecerían de un porvenir tan halagüeño. ¡Somos como ellos!: me dije: ¡son como nosotros! Pero no acabó ahí el cotejo, prosiguió hasta que la evolución de la sociedad nos fue asemejando: preguntas y respuestas coincidentes, las mismas soluciones para idénticos problemas.

“De los centauros y sus modos”, relato de la “Antología de cuento breve”, Salón del libro Hispanoamericano, México, 2009. Publicado en portugués por “Cronopios”, Brasil.

A mis nietos Lucas, Naia, Adriana María, Sergio, Óscar y Judith, infantes que ya distinguen a los centauros de los hombres.

Se ignora el carácter de la coyunda, así como el tiempo que necesitó para obrar. Pero un frío domingo del mes de marzo correspondiente al año 2009, prodigio del nuevo milenio, en el lugar del globo llamado Villazalama, tierra de abundantes pastos situada entre Valdepero y Husillos, empezaron a nacer caballos con torso, brazos y cabeza de hombre o, visto de otro modo, hombres con lomo, cola y patas de caballo. La combinación genética había aportado una especie nueva: los centauros, realidad culminante de la fantasía humana que los creó, aquellos hijos de Ixión y de la nube Néfele, Hera mentida. Su presencia dio pie a preguntas carentes de respuesta lógica. Animales o personas: la duda inundó las calles, llegó a los pupitres de las universidades, a los claustros de profesores; y de allí al intelecto de los filósofos. Las leyes vigentes resultaron inútiles para regular la convivencia de lo nuevo y lo viejo; mero papel mojado y tinta desleída. Desde los púlpitos los aguerridos prestes lanzaron anatemas que se oían en los despachos de los gobernantes. Los parlamentos trataron el asunto en sesiones agotadoras, y acabaron aprobando la elaboración del pan de cebada y la venta de alfalfa en las verdulerías. Aparecieron en el mercado ponchos-manta antes inimaginables, y los negocios de construcción y equipamiento enriquecieron a los osados.

El hombre siguió el camino abierto, y su natural abusivo quiso confinar a los cuadrúpedos racionales. No pudo. Alas brotaron a los de mayor alzada, a los más ágiles. No eran gran cosa; dos apéndices lumbares emplumados que les permitían elevarse por lo aires y desaparecer. A los seis meses se demostraron transitorios; aún así, durante el medio año que duraba la metamorfosis, los centauros se expandían formando nuevas

colonias. De modo que la especie recién nacida se distribuyó por los cuatro puntos cardinales poblando la tierra.

Los monstruos nacían domados y nada añadió el hombre en ese sentido. La cabeza humana regía sus actos de bestia, humanizándolos; y la nobleza de la bestia parecía neutralizar los sentimientos egoístas del hombre. De manera que los nuevos individuos exhibían conductas íntegras añadidas a extraordinarias facultades. Temores y acusaciones iban perdiendo intensidad, hasta que la rutina quiso regresar a lo suyo. Púlpitos, tribunas y otros estrados reticentes acabaron tolerándolos. Se adaptaron los usos y las herramientas a las necesidades anatómicas de los híbridos, y en poco tiempo a los nuevos seres les resultó innecesario demostrar una superioridad evidente. Fueron penetrando en las formaciones castrenses, en la representación social y en la judicatura. Pronto ocuparon puestos de relieve en las empresas y en los ministerios; y ayudándose los unos a los otros, hasta los peor dotados alcanzaron buen acomodo.

Transcurridos cincuenta años, los centauros dominaban las variadas pirámides del poder, y pudieron abandonar el disimulo heredado de las personas. La raza humana, alejada de los centros de decisión, se vio confinada en el entorno de los trabajos manuales repetitivos, llevando a cabo tareas sucias o tediosas.

Por mis conocimientos de la antigua cultura, fui uno de los destinados a escrutar los viejos libros impresos sobre papel, única fuente de sabiduría permitida a las personas, a quienes nos está vedado el ingente acervo electrónico. Debía censurar cualquier asomo, por sutil que fuera, de los llamados valores humanistas. Antiguos impresores, también forzados, editaban nuevos libros imitando la estampa de los viejos. Los lectores humanos iban abandonando las reivindicaciones de especie.

Yo conducía una conspiración callada, y para servir a los propósitos rebeldes, todos los libros corregidos por mí esconden estas líneas en extensos párrafos insustanciales.

Los centauros, recelosos e inteligentes, han descubierto mi estratagema. Las leyes castigan con la muerte a los traidores; mañana me cocearán en círculo hasta la expiración.

Mañana “A propósito del Juicio Final” relato publicado en portugués por Ars Litteraria y en castellano por Horizontes

__Prometieron los distintos dioses, a fieles e infieles, un examen imparcial para el final de los tiempos; y un veredicto concluyente. El premio o el castigo eternos serían las ineludibles consecuencias. Pues bien, los habitantes pasados y presentes de todos los planetas y galaxias del Universo, han de saber que la hora ha llegado.

Así inicia su parlamento el maestro de ceremonias escogido en Castilla y León por el Dios de los Cristianos, dirigiéndose a la vasta multitud de individuos variopintos que escucha abajo. Aparecen embutidos muchos de ellos en cuerpos recién resucitados; almas incómodas aún con el molde. De buena figura arcangélica, se yergue el heraldo en la prominencia que representa Valdepero respecto a Tierra de Campos. Esa vasta llanada desprovista de árboles que se extiende por las provincias de Palencia, León, Zamora y Valladolid, es la platea del auditorio. Va mediado el dieciséis de marzo de dos mil diez, y la cúpula celeste emerge sombría, iluminada apenas por un sol lívido.

__Ha querido Nuestro Señor reunirlos en este lugar, idóneo para acoger tal aglomeración, porque el punto donde se levanta el estrado, arriba de la cuesta, pertenece ya a El Cerrato, geografía semejante al Valle de Josafat referido en los libros sagrados. En aquel espacio oriental rinden sus cuentas los judíos, congregados en torno a Yaveh.

Se silencia la voz, y diez mil trompeteros la remachan con una ráfaga musical a la vez inquietante y tranquilizadora. Bien visibles desde abajo, los músicos, situados en hilera alargada desde el Sendero Vallejo hasta el pico de La Miranda, dan muestras de complacerse en su labor. Un gesto enérgico, casi militar, del maestro de ceremonias, los enmudece.

__Nuestro Señor examinará a cada individuo por separado, pero el conjunto va a declarar de manera simultánea. Los evaluados

ejercerán su propia defensa, siendo, a la vez, acusadores de sí mismos. Capaces de emociones y sentimientos, para someterse a idéntico escrutinio se suman los animales domesticados y los independientes. Si alguien tiene dudas acerca del trance, ahora puede resolverlas, porque una vez iniciado el ejercicio todo transcurrirá mentalmente.

Eso dice el heraldo, y hace un corto mutis esperando a que alguien de entre el público concrete el gesto inquiridor. Regresa a primer plano cuando una mano se eleva a lo lejos pidiendo la palabra

__Hable señor Sebastián, vigésimo cura de Villalpando, ¿cuál es su duda?

__Entiendo que se va a juzgar a las conciencias y a las voluntades, ¿es así?

__Así es; la diferencia existente entre la idea que tenían ustedes de la manera justa de obrar y el comportamiento desarrollado a la postre, establecerá la cota de mérito atribuida. Ese análisis harán en el interior de los corazones los cuestionados, y Nuestro Señor lo conocerá al instante.

__Diga usted, Ceniciento, asno servidor del primer alcalde de Bolaños, ¿cuál es su duda?

__Aaahhh, aaahhh...

Oigo un rebuzno claro, rotundo, casi inteligible a pesar de la enorme distancia que me separa de la bestia. Y al momento escucho la palabra del portavoz, descifrada por todos los presentes, luciérnagas y cigarras inclusive.

__La obediencia debida, como usted, Ceniciento, llama a la fuerza que le obliga a ir y venir, es común a todas las especies, incluida la humana; y exime de culpa si se luchó con energía contra ella en defensa de los propios convencimientos.

__Es su turno, hormiga sin nombre, habitante del término de Sahagún, entre los ríos Cea y Valderaduey, a mediados del siglo dos de nuestra era, ¿cuál es su duda?

Percibo un balbuceo reiterado, y de su entonación se desprende juventud, adolescencia acaso, puede que infancia ingenua y confiada. Recia e instantánea llega la respuesta del maestro de ceremonias.

__Quienes fueron alimento de otros al principio de la existencia, careciendo de tiempo para decidir por su cálculo de manera responsable, y los que nacieron muertos o fallecieron antes de nacer, recibirán otra oportunidad. Una vida nueva los espera, independiente de la anterior, sin conexión alguna con ella. Van a ser el principio de otro ensayo divino, que se beneficiará del progreso conseguido en el que ahora tiene término.

__Pregunte, virus del tipo A(N1H1), difusor de la epidemia de gripe de 1918, ¿cuál es su duda?

Escriba yo y notario, mero espíritu sin carne ni hueso, la inaudible expresión del virus me produce un mudo estremecimiento del que, sin embargo, extraigo este sesudo mensaje:

__El contagio que yo contribuí a extender y a prolongar, mató a setenta millones de personas, ¿agrava mi pecado la enorme dimensión de la tragedia ocasionada?

__Usted fue instrumento de las leyes naturales en vigor, tira y afloja que busca el equilibrio y la mejora de todo lo existente; si no puso intención adicional, vengativa por ejemplo, nada tiene que reprocharse en ese sentido.

Termina el preámbulo aclaratorio, y en ese preciso instante, cuando alcanza el sol su prístina excelencia luminosa, envuelto en una ensordecedora trompetería de cien mil elementos, irrumpe el Dios de los Cristianos en forma de nube transparente que lo llena todo, juez supremo de sentencia inapelable. Se hace entonces el silencio universal, y en los diversos lugares del Cosmos en que existe o ha existido vida, los dioses de todos los tiempos, *exempli gratia*, Alá en la explanada de La Meca, Zeus subido al monte Olimpo, Tao en la inmensa China, y Teotl entre los aztecas -mañana, tarde o noche- inician el juicio final.
